

**Claude Simon**

**El Palace**

Premio Nobel 1985

Traducción de Manuel Serrat Crespo Título de la obra original: Le Palace  
Maqueta de la colección y diseño de la cubierta: Viola amp; París © Les Editions de  
Minuit, París, 1962 Esta edición es propiedad de Ediciones Versal, S. A.

Plaza Lesseps, 33, entresuelo. 08023 Barcelona Teléfono (93) 217 20 54. Télex  
98634 VSBN E Primera edición: diciembre de 1985 Depósito legal: B-42.185-1985

ISBN: 84-86311-21-7

Impreso en España - Printed in Spain Imprime: Sirven Gráfic. Gran Vía, 754.  
08013 Barcelona Nota del editor En el original francés aparecen expresiones en  
castellano. Para su identificación por el lector, dichas expresiones figuran en cursiva  
cuando aparecen en minúsculas en el texto, y con mayúsculas cuando corresponden  
a titulares, respetando la forma en que aparecen en la edición francesa.

Revolución: Movimiento de un móvil que, recorriendo una curva cerrada,  
vuelve a pasar sucesivamente por los mismos puntos.

Diccionario Larousse

ÍNDICEI InventarioII Relato del hombre-fusilIII Los funerales de PatrocloIV  
En la nocheV La oficina de objetos perdidos

## I INVENTARIO

Y en cierto momento, con una brusca agitación del aire inmovilizado inmediatamente después (de modo que estuvo allí -con las alas ya replegadas, perfectamente inmóvil- sin que la hubieran visto llegar, como si hubiera no ya volado hasta el balcón sino aparecido súbitamente, materializada por la varita de un prestidigitador), una de ellas vino a abatirse sobre el pretil de piedra, enorme (sin duda porque siempre se ven a lo lejos), extrañamente pesada (como una paloma de porcelana, pensó, preguntándose cómo en una ciudad donde la preocupación general era encontrar algo que comer se las arreglaban para estar tan gordas, y también cómo era que no las atrapaban para meterlas en una cazuela), con su sedoso plumaje manchado, gris oscuro, de reflejos esmeralda en la nuca y cobrizos en el pecho, sus patas color coral, su pico en forma de coma, su garganta abombada: permaneció allí por unos instantes, con ojos estúpidos y redondos, volviendo sin razón la cabeza a derecha e izquierda, pasando de una posición a la otra con una serie de minúsculos y breves movimientos, y luego (sin duda porque uno de los que estaban en la habitación hizo un gesto, o un ruido), tan bruscamente como se había posado, se echó a volar.

Y esto: la estancia aguardillada o mejor con las paredes decoradas mediante franjas de molduras que perfilaban paneles cubiertos con esa pintura gris Trianon que parece ser una especie de librea, el cosmopolita revoque estándar fabricado en serie, al mismo tiempo que los trajes de los grooms y los uniformes galoneados de los porteros, para dispensar a los millonarios en viaje el costoso privilegio que consiste en poder hacerse transportar, a precios exorbitantes, por medio de paquebotes, aviones o coches-cama, a través o por encima de los mares y los continentes, de un apartamento a otro apartamento idéntico, por medio de lo cual se consuelan sin duda de la maldición que les fuerza a vagar sin tregua de un palace colocado, o mejor izado a hombros sobre las brillantes nieves, a un palace rodeado de palmeras (luego otra vez al seno de las heladas soledades, luego otra vez bajo el rumor áspero de las palmeras balanceándose, y todo sin esperanza de final ni de cambio sino, de vez en cuando -por lo que se refiere al paisaje que se asoma a la ventana-, un escaparate de joyero), la estancia, pues, de paredes gris Trianon y desnudas donde, en el centro de cada panel, un rectángulo ligeramente más claro indicaba el lugar que había ocupado uno de esos grabados también de estilo

Trianon- y cuyo título, tradicionalmente en francés (l'Escarpolette o la Chemise Enlevée), figura en la parte baja, en un letrero rodeado de guirnaldas de rosas (las mismas -las mismas flores, el mismo color- que se enrollan por las cuerdas del columpio o tiñen el pezón de un seno), enteramente despojada de su mobiliario (lecho, sillones, cortinas, alfombras, también de ese estilo estereotipado y cosmopolita imaginado en vísperas de una revolución (como si, al margen del reposo de millonarios fatigados, los grandes hoteles sólo hubieran sido concebidos para verse periódicamente requisados por gobiernos más o menos provisionales, y sus bañeras ocupadas alternativamente por los depilados cuerpos de ricas argentinas y los expedientes policiales), mobiliario aparentemente encargado en serie (lámparas, elegantes escritorios y butacas lacadas) en la fábrica automática que no deja de verter en las montañas, a la orilla de los mares y en el centro de las grandes capitales toneladas de guirnaldas esculpidas y pintadas a máquina, de ministeriales escribanías, de desnudeces sorprendidas y de melancólicos mandolinistas con tricornio vestidos de seda brillante), enteramente despojada pues (e incluso más que despojada: mondada, rascada), sin duda en virtud de la ley que quiere que toda entidad humana constituida en tropa armada se asigne como principal tarea la sistemática mudanza de las casas conquistadas, como si revólveres, fusiles o metralletas sólo hubieran sido inventados para constituir un estorbo y una carga suplementaria, puestos de cualquier modo al hombro, balanceantes, con el tirante resbalando por el brazo a cada movimiento y el arma, acero grasiento y negro, golpeando ruidosamente con una especie de furor maligno (revancha o venganza de la materia que aguarda desde la noche de los tiempos en el seno tenebroso de la tierra ser así extraída para cumplir su vocación de crimen y de poder, y en cambio es ignominiosamente mezclada en tareas domésticas) las tibias de los mozos de cuerda con casco y botas que jadean por las escaleras donde las periódicas migraciones de colchones y relojes van, poco a poco, dando forma a la misteriosa Historia y a los destinos del mundo.

Sin embargo, supuso que al mismo tiempo debía de actuar otra ley (una especie de corolario) algo parecida a la de los vasos comunicantes y según la cual el nivel de contenido en los distintos continentes debe ser igual en todas partes, en virtud de lo cual la Historia no se constituía por medio de simples migraciones sino por medio de una serie de mutaciones internas, de desplazamientos moleculares (como se dice que en el interior de un metal martilleado para ser atarragado se producen verdaderas trashumancias -o mejor contradanzas- de partículas), de modo que le parecía ver, jurando, tropezando y cruzándose por las escaleras, dos hileras (los que bajaban y los que subían) de conquistadores-mozos de cuerda plegándose bajo el doble fardo de su equipo guerrero y (para unos, los de la fila que bajaba) de muebles de marquetería, de tocadores enguarnaldados de incitantes

desnudeces, cruzándose (llevado por los otros, por los de la fila que subía) con el equipo funcional que las necesidades de la Historia exigen en lugar y en vez de los elegantes accesorios concebidos para poner remedio al nostálgico exilio de los millonarios brasileños, es decir (entre las cuatro paredes aguardilladas y gris tórtola): en primer lugar: una gran mesa de madera ordinaria con la parte superior recubierta por una hoja de zinc (¿o de plomo?) doblada en los bordes y clavada por debajo, como las que sirven en los refectorios de los colegios o de esas instituciones caritativas donde se practica el intercambio de alimentos terrenales (proporcionados por la institución) por valores espirituales (la plegaria, el benedicite o la acción de gracias recitados o más bien masticados por la otra parte contratante, escolares o vagabundos), mesa proveniente, pues (otra mudanza), según todas las apariencias, de un convento, de una escuela o de un asilo (lo que, en un país donde las órdenes religiosas poseen -o mejor poseían aún pocas semanas antes- el monopolio de la instrucción y de la recuperación de las ruinas, sin duda era lo mismo). Sin embargo, eso no provenía de la mesa; a menos que se supusiera que los innumerables pasos por el metal blanquecino (al modo como se dice también que éste "recuerda" los martillazos recibidos y que a partir de cierto número se produce una especie de saturación, un cambio de estructura -y tal vez entonces se hubiera hecho poroso, capaz de retener en invisibles alveolos de la materia inagotables fuentes de hediondez-) de las innumerables bayetas que habían dejado tras de sí en la superficie barrida finas estrías paralelas, curvas y perladas, hubieran a la larga terminado por impregnarla del fétido hedor de los refectorios, transportando a casa de los millonarios los nauseabundos olores de puerros, coliflores, melones y aceite rancio acumulados, tibios e intestinos, no sólo en las habitaciones gris Pompadour, sino también en los corredores y las escaleras ocupados antaño por los pródigos venezolanos y los lores ingleses, como, diríase, la visceral exhalación de un organismo de tripas pantagruélicas en cuyo interior ellos mismos se hallaran ahora -hasta que abriendo la ventana se recordaba que no era el hotel (la fastuosa orgía de cornisas, volutas y petrificadas ondas desviada de su destino primigenio) lo que olía así, sino toda la ciudad, como si estuviera pudriéndose, amarillenta, polvorosa y fosilizada por encima del sofocante dédalo de sus cloacas. en segundo lugar: dos sillas de comedor de falso estilo Renacimiento alemán, de elevado respaldo esculpido en madera negra, el cual presentaba en lo alto una especie de escudo oval ligeramente abombado enmarcado con volutas que imitaban hojas de pergamino arrolladas, los dos montantes laterales del respaldo y las patas en forma de columna salomónica, los asientos recubiertos con terciopelo afelpado de un pelado granate que dejaba ver, en el centro, la amarillenta trama. en tercer lugar: una mesita de despacho repleta de papeles y con una máquina de escribir negra, con la marca de fábrica (Remington) en letras doradas medio borradas. en cuarto lugar: un gran canapé (verosímilmente sacado no ya de un

convento sino de un burdel de lujo, a menos que lo fuera del palacio de un obispo) de madera dorada (no chapada, sino con la ayuda de esa pintura barata de un amarillo a base de bronce -lo que inclinaba el pronóstico a favor del burdel-), recubierto de seda de un rojo ajado o más bien rosáceo, con reflejos tornasolados, en bastante buen estado todavía en el respaldo, pero gastada en el asiento, deshilachándose en escalonamientos de fibras paralelas y finas como cabellos. en quinto lugar: una mecedora de madera barnizada amarilla, con el respaldo y el asiento de rejilla en bastante buen estado. en sexto lugar: una silla de cocina de madera, con el asiento de paja. en séptimo lugar: clavadas con chinchetas en la pared (aunque no exactamente en el lugar de los grabados galantes descolgados, de modo que los rectángulos claros eran netamente visibles) y puestas frente a frente en ambos muros laterales (los muros perpendiculares a aquel en que se abría la ventana), dos fotografías de idéntico formato (no muy grande: aproximadamente el de un folio mecanografiado, más un margen blanco de unos dos dedos de ancho) que representaban en papel brillante la una la cabeza de un hombre con barba y cabellera de profeta bíblico, con el busto vestido sin embargo con una chaqueta, abombada y alta la frente, los ondulados cabellos cayendo hasta más abajo de las orejas, la otra un hombre sonriente, de rostro cuadrado, negro mostacho, vestido con una cazadora de tela oscura y cuello de corte militar. en el panel de la izquierda de la ventana (por encima de la mesita que soportaba la máquina de escribir, dispuesta en diagonal en el ángulo de la estancia) un plano de la ciudad con sus manzanas de casas representadas en amarillo, sus calles trazadas en cuadrícula regular ("...como la reja de una cloaca, decía el americano, y si la levantáramos encontraríamos debajo el cadáver de un niño muerto al nacer envuelto en periódicos viejos -viejos, es decir, viejos de un mes- llenos de títulos incitantes. Eso es lo que hiede así: no las coliflores o los puerros en las escaleras de los cuchitriles, ni las letrinas atascadas, sólo una carroña, un feto con la cabeza demasiado grande amortajada con papel impreso, sólo un pequeño macrocéfalo muerto antes de término porque los doctores no eran de la misma opinión y arrojado a las cloacas en un sudario de palabras...", el tipo con cabeza de maestro de escuela que se mantenía tras la mesita en su silla (o mejor su cátedra) de obispo alemán de la Reforma mirándole entonces con aire reprobador, diciendo: "¡Oh, basta ya!", el americano sentado con una sola nalga en el borde de la larga mesa de refectorio colocando la última bala en un cargador de resorte, metiendo el cargador en la culata de su enorme pistola, diciendo: "...una hedionda momia envuelta y estrangulada por el cordón umbilical de kilómetros de frases entusiastas escritas en la cinta de una máquina por el entusiasmo armado de los corresponsales extranjeros de la prensa liberal. Víctima de la enfermedad preinfantil de la revolución: el padrinzgo y la estima del honorable Manchester Guar...", y el maestro de escuela: "¡Oh, cierra la boca!", el americano levantándose (eclipsando su

nalga, dejándose resbalar, irguiéndose -o mejor desplegándose, desdoblándose en altura-, metiendo el revólver en el cinto de su pantalón, abotonándose la chaqueta sobre el ombligo, acercándose a la ventana, asomándose al balcón, diciendo, con la espalda vuelta a los ocupantes de la sala, como hacia el cielo (pero en español, sin embargo): "¿A qué hora es entonces este entierro?", el maestro de escuela lanzándole una ojeada, encogiéndose luego de hombros), sus avenidas paralelas cruzadas por diagonales cortando oblicuamente las manzanas de casas regulares en forma de cuadrado (pero las esquinas de cada cuadrado truncadas, de modo que tenían en realidad, con cada uno de sus ángulos cortados, la forma de un octógono con cuatro lados grandes y cuatro pequeños), y al estudiante le parecía verla enteramente, de un amarillo sucio, a orillas de su mar de un azul sucio, descolorido, bañando en esa especie de bruma blanquecina mezclada con humo que la débil pero tozuda brisa de alta mar (no lo bastante fuerte para agitar las inmóviles hojas de las palmeras, pero lo suficiente para drenar lentamente las toneladas de aire opaco y pegajoso) empujaba sin respiro sobre ella, ahogando, pesando sobre las perspectivas de palmas polvorientas, los parques de polvorientos verdes, las taciturnas y pesadas sucesiones de inmuebles uniformemente cubiertos de esa roña amarillenta, indeleble, los pesados palacios de bizcocho, las plazas de toros, las pesadas fuentes complicadas, relucientes y sin frescor, las taciturnas y aplastantes sucesiones de calles, de plazas, de avenidas con nombres de reyes, de santos, de dogmas, de batallas; bárbaras y floridas, como un terrorífico catafalco, como una muerta en un lecho de pétalos, un lúgubre inventario, la lúgubre letanía de una implacable religión, de la implacable, arrogante y misteriosa Historia cubierta de pus, de infectos e incurables estigmas:

Calle de la Cruz Calle del Sepulcro Calle de la Sangre Calle del Rosario Calle de San Cristóbal Plaza Real Cuartel de Caballería Calle de Floridablanca Vía Augusta Arenas Monumentales Calle del Consejo de Ciento Calle del Concilio de Trento Calle del Hospital de Infecciosos pudiendo ver en colores violentos -como en las tapaderas de las cajas de cigarros, enmarcadas en medallones ovales y gemelos en medio de una exuberante profusión de volutas y lazos dorados y ligeramente en relieve al tacto- generaciones de reinas idiotas coronadas con diademas y de reyes con mostachos ganchudos, con mentones desmesurados; y tras ellos un hormigueo de gobernadores, de virreyes y de generales con cascos puntiagudos y caras de bandido, con vientres de odre, con torsos embutidos en uniformes de suaves tonos (blanco, junquillo o azul mariano) y constelados de diamantes, de obispos con picos de gavilán, duquesas, coristas, diputados traficantes, notarios o abogados de pelo ondulado con tenacillas (y hoy calvos, con gafas de montura de oro y ternos a la vez oscuros, ricos y llamativos, a rayas, como los de los macarras), banqueros, lanzadores de bombas, doncellas con tubulares delantales, limpiabotas, camareros

de café o de bar con gastadas chaquetas llegados de las provincias del sur, donde tradicional y apaciblemente la gente se muere por las buenas de hambre, con treinta mil de las cuarenta mil putas necesarias (como complemento de los servicios municipales) para la cotidiana evacuación de las basuras de la ciudad, para el buen funcionamiento y la tranquilidad, por así decirlo, de sus órganos bajos, importadas a título de ganado vivo y de instalaciones sanitarias, como los reyes extranjeros de linaje austroalemán injertado (por las mujeres) de sangre inglesa o francesa, utilizados para la publicidad de marcas de habanos o la decoración de estuches de alineados confites, prietos como batallones de opereta, con sus estridentes colores de opereta (verde, amarillo, rojo, naranja) bajo su capa de azúcar en polvo, en sus cunas, con sus gorgueras de papel festoneado.

Luego se vio, es decir, años más tarde, y él, ese residuo de cinismo, o mejor esa huella, esa mácula (ese excremento en cierto modo), dejado tras de sí: irrisorio personaje a quien se ve agitarse, ridículo y presuntuoso, allí, muy lejos, como en el extremo menor del catalejo, gesticulando, repitiendo eternamente a petición de la memoria (e incluso sin su petición: haciendo irrupción sin ni siquiera haber sido invitado, como esos actores, esos cabezudos cinematográficos muertos y olvidados desde hace mucho tiempo y siempre dispuestos a hacer que reviva sin fin en la cabrillante pantalla la misma estúpida escena de seducción o de heroísmo, abriendo la puerta a la señal del director, avanzando, sonriendo, levantando la mano; luego una vez más el olvido, la nada donde sin duda siguen en alguna parte, vestidos, maquillados, infatigables, sedientos de aplausos, de pie sin duda tras esa hoja de puerta sencillamente plantada con su marco en el plató, en la ansiosa espera de la señal, es decir, del momento en que el hastiado operador de uno de esos cinematógrafos ambulantes que pasa viejos retazos de películas al aire libre, en las plazas de los pueblos o los graneros, pondrá en marcha su motor, permitiéndoles por millonésima vez abrir la puerta, avanzar, sonreír y levantar la mano, siempre con ese mismo rostro intacto, empolvado, irritante y fatuo), repitiendo indefinidamente el mismo fragmento de vida, inoportuno, odioso, imponiéndose, inmiscuyéndose a la fuerza; pudiendo, pues, verse con una especie de asombro algo molesto, de incredulidad, pensando: "¿Eso soy yo? ¿Eso...?", contemplando el doble microscópico y asustado de sí mismo: era casi quince años más tarde y ahora estaba sentado o mejor encaramado ante una barra, en un asiento de molesquín rojo con brazos, soportado como una especie de seta por un tubo de acero de casi el grosor del brazo clavado de pie en el suelo con remaches parecidos a los de un blindaje, como si el bar, el restaurante todo con sus cobres, sus relucientes cromados, su decoración pompeyana de mujeres glicinas y semidesnudas de porcelana barnizada e incomedible hubiera sido concebido de acuerdo con el modelo de un tanque o un barco de guerra en vistas o mejor en previsión de eventuales asaltos lanzados por

una cuadrilla de corsarios frenéticos, piojosos y hambrientos, capaces en un abrir y cerrar de ojos de llevárselo y devorarlo todo, no sólo lo que podría normalmente ser comido, sino incluso el mobiliario, acero, molesquín y crin comprendidos; el propio alimento (las bandejas llenas de gambas, de calamares, de salchichones, de bígaros, de jamones, de pimientos, de tajadas de melón o de rosbif, los pollos asados, las naranjas, los plátanos y los viscosos pasteles) expuesto tras el mostrador con esa profusión, esa ostentosa orgía que sólo se encuentra entre los pobres, protegido por una mampara de placas de cristal y metal bruñido -es decir, a la vista y fuera del alcance del público, pero no de los camareros ni del polvo- y aparentemente intocado e intocable, no destinado a ser comido -al menos por los clientes-, sino puesto allí (gambas, sandías, pollos de cartón y pastelillos barnizados) de una vez por todas, como esas provisiones llevadas a las tumbas para alimentar a los muertos, el propio guardián (el camarero) parecido a un muerto (o al menos constituido, como los pollos, por una materia pardusca y acartonada), con su chaqueta blanca, ligeramente roñosa, con el rostro terroso, descarnado, los ojos enfebrecidos, la cabellera rizada y pegada con brillantina como si fuera también ficticia, activándose con una especie de frenesí entrecortado, impersonal, hosco y macabro, como un autómatas, un soldado en la instrucción; y exactamente el mismo olor, los mismos hedores de aceite rancio y de lavabo, y más allá del cristal exactamente la misma plaza, los mismos macizos de laureles, las mismas palmeras, las mismas palomas panzudas caminando pretensiosamente por el borde de chorreantes pilones o debatiéndose alrededor de los viandantes, y más allá todavía, detrás, o a través, o a pesar de la fachada del banco que habían edificado en la plaza (finalmente había ardidido, continuaba allí, de pie, terrorífico, con su interior de complicada anatomía (no ya las vísceras acolchadas y forradas por donde habían deambulado, comido, evacuado, dormido, crecido y multiplicándose los millonarios holgazanes, sino un entrecruzamiento de vigas de carbonosas escamas) y su fachada perforada por las ochenta ventanas abiertas a una y otra parte hacia el cielo pero de las que parecían escapar siempre, en una oleada inmóvil, furiosa y vertical, los fantasmas petrificados de llamas gigantes; de modo que ahora parecía amurallado, encastillado, como si continuara manteniéndose, monstruoso, abierto de par en par, atigrado e invicto, inmediatamente detrás de la muralla babilónica y revanchista de piedras votivas traídas una a una por la celosa ferocidad de los avarientos pequeños ahorradores, y recogidas, reunidas y amontonadas en forma de fructíferas hileras de cifras por los banqueros), y más allá, pues (más allá de las altas y delgadas palmeras; y uno de los niños que echaba grano a las palomas tuvo que correr, asustarlas, pues echaron a volar bruscamente, como una nube de plumas, el aire de la plaza punteado por completo durante algunos instantes - por una palpitante y nivea cortina recorrida por remolinos, por corrientes múltiples (algunas de las palomas descansando ya mientras otras apenas iniciaban su vuelo) y (por el hecho

de que el dibujo del vuelo seguía una espiral ascendente y luego descendente alrededor de la explanada) contrarias, los centenares de manchas claras y estremecidas cruzándose como dientes de peine en distintos planos de izquierda a derecha -los más cercanos-, y de derecha a izquierda -los más alejados-), como una cortina moviente más allá de la cual, a través del espejo del bar, le pareció verlo, intacto, irguiendo su arquitectura pedregosa, abotargada, sobre la que corrían de un balcón a otro las franjas de estameña colocadas (al modo de las sobrecargas en los sellos, transformando con una breve fórmula el sentido y el valor de lo que el grabador se había esforzado en simbolizar mediante un festival de cifras, alegorías y adornos afiligranados) como enfáticas e ingenuas proclamas extendidas con letras rojas y negras por toda la longitud de la fachada, orgullosas y mágicas fórmulas de conquista y posesión; la estremecida bandada de palomas ondulando, cambiando de dirección, cayendo de nuevo, posándose por fin, la muralla fría y desnuda del banco reapareciendo otra vez, geométrica, cuadrada, y destacándose encima, el rostro pintado sonriéndole, y él preguntándose cuánto tiempo hacía que estaba sentada allí (no en el asiento inmediatamente vecino al suyo -había dejado uno de intervalo-) -bajo la seda brillante y negra su joven y pesada carne como un misterioso hervor, un secreto-, sonriéndole con esa expresión a la vez humilde, incitadora, boba, mercantil, hasta que él se volvió, sacando de su bolsillo un fajo de algo (no de papel: más bien unos a la manera de delgados y afelpados fragmentos de secante, y, aparentemente, tampoco dinero, es decir, que era imposible leer una cifra, distinguir algo más que una especie de moho roñoso, pardo o verdusco), y llamando al camarero, viéndole surgir del otro lado del bar, febril, consumido, disponible, mientras la mano que mantenía los billetes mostraba el vaso vacío, intentando al mismo tiempo calcular la edad que él (el camarero) podía tener (y concluyó: aproximadamente la misma que él), y no pudiendo entonces abstenerse, contenerse, haciendo un gesto en dirección a la explanada, al banco babilónico, diciendo: "Bueno. ¿Eso es lo que han construido en su lugar?", el camarero arrojando una breve ojeada, salvaje, muerta, neutra, a través del cristal, luego volviéndose, diciendo con aquella voz impersonal, sumisa y trompeteante con la que anunciaba los pedidos: "¡Sí señor!", el rostro impenetrable, descarnado, mientras contaba los billetes, y él hablándole de nuevo, irresistiblemente, incoerciblemente, diciendo la fecha, el año, la añada que para todo el mundo en la ciudad no era la de un caldo, sino la de algo (no embriaguez -o entonces mucho más-) que ningún vino, ningún licor puede nunca provocar (la añada cuyo enunciado ante un camarero y una puta constituía por sí solo una indecencia; y entonces tal vez no lo dijo al fin y al cabo, consiguió contenerse, es decir, su lengua, sus labios, pues aparentemente fue como si lo hubiera dicho), el camarero diciendo o mejor aullando de nuevo: "¡Sí señor!", mirándole sin ver con sus mismos ojos, ardientes, la moza diciendo en aquel momento al camarero algo que sin duda le

concernía, a él (él, con su puñado de billetes roñosos todavía en la mano, su ropa confortable, sus frases indecentes), pero demasiado deprisa para que pudiera comprenderlo (podía todavía leer los periódicos, entender algunas palabras si se hablaba clara y lentamente, pero no de otro modo: también eso estaba ahora demasiado lejos, como todo lo demás), sin duda algo despectivo (no a causa de lo que había recordado -de lo que ni ella ni el camarero se preocupaban ya ahora, en quince años habían aprendido a no preocuparse, ya que nadie se preocupa de un sueño, en exceso violento, en exceso lejano, en exceso esplendoroso para que sea posible creer en su realidad, recordarlo de un modo distinto a una aventura absolutamente increíble que os ha sucedido mientras dormíais-) o, más que despectivo, hastiado (y tampoco por despecho de mujer rechazada o ignorada: fríamente profesional -el tipo de frase que intercambian dos asalariados que trabajan en ramas apenas distintas de la misma especialidad-), el camarero no parecía escucharla aunque algo imperceptible se produjo, emanando de él (sin que pudiera decirse exactamente cómo: su rostro siempre impenetrable, su cuerpo siempre atento, disponible), como un furioso y lacónico asentimiento; en torno a la terrosa muñeca la manga de la chaquetilla se deshilachaba en flecos desiguales, el puño de la camisa se deshilachaba también; la mano arrebató los tres billetes tendidos, los tres harapos felposos y verde oscuro, se inmovilizó como si no comprendiera, contó y volvió a contar los billetes, advirtiéndole que sumaban más del doble del precio del vaso; pero no hizo ninguna de las dos cosas que hubieran podido esperarse, o sea, bien embolsarse los billetes sin hablar, bien decir: "Se ha equivocado usted", la voz infatigable y extenuada aullando sólo: "¿Otra cerveza?", y él diciendo: "No", con la cabeza inclinada, permaneciendo allí bajo la doble mirada, despectiva y reprobadora, de la moza y el camarero, como si en aquel momento, pese al confuso tumulto de las voces, el tintineo de los vasos y los platos que entrechocaban, sólo ellos tres existieran en el bar: él, el venal y dulce hervor de carne bajo el centelleante traje de viuda, y el camarero que, pensó, con su chaqueta blanca y su rostro oscuro parecía, en negativo, llevar también (rostro claro y chaqueta negra) ropa de luto ("Pero, pensó además, ¿acaso en algunos países no es también el blanco el color de la muerte?"), como el oficiante, el celebrante de algún culto macabro velando sobre los alimentos consagrados a las sombras y que sin duda venían a devorar, durante las horas de cierre, esqueletos gastronómicos (de modo que creía percibir, ascendiendo de los alimentos votivos expuestos en las pequeñas bandejas -las carnes endurecidas, las rosáceas gambas, los mejillones, los langostinos de ojos blancos, los blandos calamares-, un a modo de débil olor marino y de putrefacción parecido al que exhalan en las playas esas cosas gelatinosas, grises y relucientes abandonadas por las olas y que hieden al sol bajo un enjambre de moscas y pulgas de mar), llegándole de nuevo la voz del camarero a través del estruendo, aullando con todas sus fuerzas y sujetando los billetes como si fuera a

echárselos a la cara: "¿No quiere usted otra cerveza?", y entonces se levantó y salió muy deprisa, con la cerveza tibia bailando en su estómago como una especie de cuerpo extraño, inasimilable y podrido.

Había botellas de cerveza en la larga mesa de refectorio con la parte superior cubierta de zinc, y otras, abiertas, amontonadas debajo; las botellas de cerveza eran de un amarillo oscuro, casi marrón, con el nombre de la marca y de la fábrica escritos en el cristal con caracteres grabados en círculo, aproximadamente a media altura del cuerpo de la botella. Había también varios periódicos arrojados en desorden (y, a decir verdad, a causa de la penuria y, a la vez, de la mala calidad del papel y del contenido, más que periódicos, especies de panfletos, de proclamas con títulos violentos y enfáticos), y no sólo varios, sino sin duda alguna todos los que aparecían, comprados a la vez y leídos en cierto modo igual, es decir, recorridos a toda velocidad por esa mirada selectiva que poseen los profesionales, capaces de detectar en algunos segundos en el montón de artículos sobre mítines, discursos, resoluciones y cotidianos boletines de victoria, las dos o tres frases comestibles; un amontonamiento desordenado de periódicos, pues, comprados, desplegados, leídos, digeridos, vueltos a doblar y dejados (o mejor arrojados) en el tiempo que necesita un hombre normal para tragar velozmente su desayuno, y que el americano descubrió al levantarse, dejando la mesa en la que estaba sentado, desordenando el montón de diarios, su nalga y luego su muslo arrastrando los que se encontraban debajo de él de modo que uno (el primero de la pila) llegó a sobresalir por la parte superior de la mesa y quedó colgando a medias, como una esquina de mantel, dispuestos los demás sucesivamente ofreciendo la forma aproximada de un abanico, de manera que más tarde el estudiante recordó que se había visto obligado a inclinar la cabeza para descifrar maquinalmente una vez más (desde la víspera lo había leído ya mil veces, un poco por todas partes) el mismo gran titular extendiéndose arriba y a toda la anchura de la primera página y repitiendo con ligeras variantes la misma interrogación sangrante, deletreando esta vez, y al revés, en la primera página:

### ¿QUIÉN HA MUERTO AL COMAN

el final del título oculto por otro periódico que parecía además haberse atribuido la tarea de terminarlo retomándolo a partir de la última palabra, al modo de esas voces de un coro de ópera cuyos cantantes repiten en tonos distintos el mismo motivo musical:

## EL COMANDANTE SANTIAGO GIGANTE DE LA LUCHA

la primera línea por completo visible esta vez, pero no la segunda, de la que sólo se distinguía la parte alta de los enormes caracteres, el periódico que las ocultaba retomando al revés la información, dando en cierto modo la solución antes que la noticia propiamente dicha, como si el acontecimiento, el acto, sólo fuera la ilustración, un simple episodio de un estado de hecho que, por así decirlo, lo contenía:

### LA QUINTA COLUMNA A LA OBRA: SANTIAGO ASESINADO

el americano volviéndose, alejándose ahora del balcón al que se había asomado (y en ese momento pudo ver entre las pilastras de piedra una de las franjas de estameña que corría a lo largo de la fachada con, cortados por las balaustradas, fragmentos de letras leídas esta vez desde el interior y al revés, la delgada trama del tejido visible así, a contraluz, como una fina cuadrícula, sobre todo en las letras, más oscuras, pudiendo leer (o mejor adivinar, reconstituir) de derecha a izquierda una B invertida, luego una A, luego una J, también invertida, advirtiendo entonces que la oficina (la habitación donde antaño habían descansado y se habían reproducido, contemplando las compuestas butacas y las ninfas calipigias, las ricas brasileñas, los propietarios de minas de oro y las ladies) se hallaba en el ala izquierda, casi al extremo norte de la fachada, puesto que su balcón soportaba aproximadamente la mitad de la palabra TRABAJADORES, la última de la pancarta), el americano regresando entonces al centro de la estancia, con su aspecto indolente, desmañado, diciendo mientras señala los extendidos diarios:

"¡La Quinta Columna!, un buen hallazgo, ¿eh?", el tipo con cara de maestro de escuela mirándole de nuevo (con ese modo especial que tenía de hacerlo: sin volver el rostro, sus dos pupilas deslizándose muy deprisa, horizontalmente, e inmovilizándose luego en el rabillo del ojo), diciendo: "¿No crees en la Quinta Columna?" -o tal vez no dijo nada, tal vez tampoco el otro no hubiera dicho nada, tal vez nada de todo eso se había producido nunca, tal vez allí hubiera habido siempre, desde el principio, un banco, tal vez nunca hubieran existido realmente, tanto ellos (el americano, el maestro de escuela, el hombre-fusil y aquel que iba

vestido con un uniforme de oficial, a menos que fuera de policía -él (el homúnculo, el estudiante) no sabía todavía distinguirlos bien- pensando: "¡Estudiante! Dios mío: ¡estudiante!" con una especie de furor, de dolorosa indignación, la del jugador que ha pagado muy cara una falsa información o del tipo que confiando en uno de los miríficos anuncios que aparecen en los periódicos recibe a cambio de su giro el nauseabundo e inutilizable galimatías de buenos consejos y buenas fórmulas, pudiendo ver de nuevo en una rápida e irrisoria aparición el amontonamiento de libros de historia, de tratados de filosofía o de economía, y ahora eso), tanto ellos como ese decorado, esos jirones desnudos, despojados y que, en su espíritu, eran como el polvoriento disfraz del viejo y gordo general que, durante una mañana, había resistido allí, con un puñado de oficiales, bravos, crueles y despectivos, disparando ellos mismos las ametralladoras -o tal vez, pensó también, del viejo portero-, y del que se hubieran arrancado galones y condecoraciones, es decir, no las oficiales, pedregosas y minerales cruces de diamantes o de oro constelando ostensiblemente la guerrera amarillo azafrán, sino las que el general llevaba en el interior: las rosas y juveniles carnes desveladas, cosidas en el dobladillo gris ratón; las imágenes de inmortal y falaz juventud, de risueños e impúdicos pimpollos, debatiéndose, jugueteando en el corazón reseco de un anciano.

"Sólo que el general ya no está dentro, le han matado (tal vez sea eso lo que hiede así en alguna parte), o ha huido, escapándoseles, habiendo dejado tras de sí con su uniforme como una maldición, un legado envenenado, un persistente potencial de violencia y de crimen...", pensó, con la cabeza por completo vuelta ahora, descifrando al revés, letra tras letra, el gran titular (rojo esta vez) del penúltimo periódico, que decía una vez más la misma cosa de un modo apenas distinto -otra variante, como si todos los periódicos se hubieran pasado la consigna, consultándose sus respectivos redactores de común acuerdo por teléfono para no emplear la misma fórmula, éste imprimía:

#### LA MARCA DEL CRIMEN ES INCONFUNDIBLE

y ellos (los cuatro hombres -que, con él, eran cinco-) manteniéndose allí, brotados de esa nada a la que debían regresar casi en seguida tras una breve, violenta y meteórica existencia durante la cual les habría visto actuar y comportarse como seres de carne y hueso (con la diferencia, sin embargo, de que la vida humana -comenzando por la suya- no parecía tener para ellos importancia alguna, bien

porque hubieran desaprendido a amarla, bien porque jamás hubieran tenido ocasión de aprenderlo, considerando sin duda que ahora era de todos modos demasiado tarde y ya no valía la pena); manteniéndose, pues, allí, insólitos, e incluso ligeramente increíbles, ligeramente irreales, ligeramente antañones, entre los fantasmas entrados en carnes de las criadas cabalgadas y de las bañistas sorprendidas, como si ellos mismos fueran algo parecido a espectros dispuestos a reintegrarse (y lo hicieron) al lugar de donde habían salido: esa especie de inagotable y vaga reserva donde se mantienen aquellos a quienes hemos encontrado durante algunas horas o algunos días, sin pasado, sin porvenir, escapando a esas fatídicas servidumbres a las que habitualmente están sometidos los humanos, es decir, principalmente pasar por fases sucesivas (la infancia, la adolescencia y, por fin, la inevitable decrepitud), cambiar de rostro, de vestido, tener un nombre (a excepción de aquel que parecía un maestro de escuela y que se llamaba Álvarez (o Martínez, o Sánchez, o González, o Gómez, no lo recordaba, jamás había podido retener el bueno), lo que no significaba más nombre que si le hubieran suspendido del cuello una pancarta con la palabra "español" escrita en ella); y más tarde le parecerá verlos, inmovilizados o conservados como en una fotografía, en esa especie de materia inmóvil y grisácea que es el tiempo pasado, esa especie de gelatina que conserva indefinidamente cosas y gente como en alcohol, ligeramente deformados sin duda, pero intactos, o mejor, en lo que les concernía, no del todo, porque nunca lo habían estado sin duda: ya medio destruidos en cierto modo, exhalando algo a la vez peligroso y lastimero, parecidos (iba a pensar más tarde) a armas desquijaradas: no ya (con sus voces demasiado tranquilas, roncas, demasiado lentas, demasiado gastadas, demasiado reposadas -salvo el americano-), no ya la violencia sino, una concentración, un condensado de ésta: la propia idea de furor y de violencia, como la que se desprende de un coche de carrera detenido, de un obús sin estallar o mejor (con ese aspecto eternamente asesino y martirizado -e incluso crucificado-) de los cañones destrozados, abandonados en los fosos, con sus cureñas o sus ruedas rotas, terribles e inutilizables en sus tres cuartas partes, capaces todavía de tirar, pero de cualquier modo: sólo tirar.

Y todavía: en algún rincón (¿pero acaso los vio? o en una de esas villas abandonadas por sus propietarios -como en verano, cuando éstos se marchan a buscar frescor en las playas o la montaña en espera de que hayan pasado los asfixiantes meses durante los cuales la ciudad, las calles, las interminables y desiertas avenidas, las tiendas con las persianas echadas, bajas las cortinas, están abandonadas a los pobres- sólo que esta vez los calores serían algo más largos que de costumbre y los propietarios de las ricas villas se habían visto obligados simplemente a alquilar otras en el extranjero, para aguardar pacientemente, leyendo el periódico, el momento en que éste (como se acecha la información

meteorológica) diría que podían de nuevo hacer sus maletas, regresar a la ciudad y reinstalarse en sus elegantes barrios residenciales con rosales y buganvillas, entre jardines sembrados de adelfas, camelias y magnolias de hojas relucientes, sus lujosas mansiones intactas aunque vacías de su primitivo contenido no robado sino penosamente transportado a hombros y con sudor humano, de la una a la otra, y luego de la otra a otra más, y de nuevo, y eso hasta que se haya por fin realizado la definitiva y uniforme mezcla de mesas de café, butacas Luis XV, archivadores metálicos, canapés, máquinas de escribir y sillones de cuero reventado que parece constituir el invariable y reglamentario decorado de los locales requisados para usarlos a guisa, como el palacio, de dormitorios, oficinas, arsenales, cárceles particulares (en los sótanos), salas de redacción, de interrogatorio, de complot y de consejos de guerra), en algún rincón, pues, tal vez bajo la mesa, donde el abanico de periódicos seguía proponiendo su muestra de variaciones sobre la misma y lacerante pregunta:

### ¿QUIÉN ASESINÓ A SANTIAGO?

y sin más respeto ni consideración que por las vacías botellas de cerveza, o mejor en una villa: en la bodega, disimulados bajo la provisión de carbón dejada por los propietarios, y tratados con idéntico desprecio, idéntica ausencia de miramientos -e incluso menos- que si hubiera sido carbón: algunos ladrillos demasiado pesados para estar hechos de carbón, y simplemente envueltos en papel de periódico (sin duda con el único fin de ocultar su color), y que se podían encerrar y llevar bajo el brazo a razón de dos en una caja de zapatos siempre que se procure que nadie intente levantarla creyendo que contiene zapatos y se la deje caer en los pies (porque los dedos de los pies pueden ser aplastados tanto por un lingote de oro como por un lingote de plomo, al igual que el tipo que lo ha puesto junto a vuestra maleta o vuestro propio paquete en la red de equipajes del compartimento de ferrocarril o de un tranvía, con su traje arrugado, sus zapatos gastados, su mirada apagada, su rostro ajado bajo una boina (y probablemente un gran revólver oculto en alguna parte) puede abatirlos con tanta limpieza como un gángster pese al hecho de que, en cierto modo, es exactamente lo contrario de un gángster (aunque probablemente lo que lleva en la caja de zapatos proviene sin embargo de un atraco a mano armada y con fractura) en el sentido de que para él las armas no representan un medio de procurarse oro, sino el oro un medio de procurarse armas); y el americano diciendo (es decir, acaso no aquella mañana, en la oficina, sino en otro momento, acaso cierta vez en la que había bebido demasiada cerveza (pero no necesitaba haber bebido demasiada cerveza para decir ese tipo de cosas) y acaso tampoco en presencia del maestro de escuela, Martínez (o Alonso), aunque pareció complacerse diciendo este tipo de cosas precisamente en su presencia), diciendo

pues: "Pero no cañones ni tanques. No. De eso se ocupa el gobierno" (diciendo las últimas palabras vuelto hacia el maestro de escuela, mirándole, con la botella de cerveza mediada en la mano, algo de espuma pegada todavía al labio superior, repitiendo "El gobierno" con una especie de ironía fría, sin alegría, esperando luego, no moviéndose el maestro de escuela, el oficial (o el policía) sentado en el canapé entre jirones de tela rosa quitándose la gorra, echando una ojeada al maestro de escuela y rascándose el calvo cráneo con el dedo meñique de la mano que sujetaba la gorra (la huella del cuero del tocado dibujándose en un ligero surco, una magulladura de un rosa pálido en el cráneo muy blanco sobre el rostro atezado), poniéndose de nuevo su gorra y bajando los ojos, el maestro de escuela inmóvil siempre, el americano manteniéndose sentado con una sola nalga sobre la mesa de refectorio, bebiendo de nuevo un trago de la botella, diciendo luego una vez más en dirección al maestro de escuela: "El gobierno se ocupa de ello, ¿no?" y el maestro de escuela: «Sí. El gobierno», con voz perfectamente neutra, paciente, aplicada (y en ese momento el estudiante se dijo que parecía más un campesino que un maestro de escuela -o quizá uno de esos institutores pueblerinos, o un alcalde de aldea (o mejor secretario de alcaldía -¿o sencillamente bedel?-): los cabellos recios, grisáceos, una cabeza redonda, arrugada, sin edad, el cuello de la camisa viudo de corbata pero cuidadosamente abotonado, la americana, abotonada también, de uno de esos trajes de tejido de mala calidad, de corte confuso y feo que él no había ciertamente mirado nunca, ni siquiera el día que lo compró (sólo la etiqueta, el precio), sus pies echados hacia atrás bajo la silla, calzados con alpargatas de punta gastada, ensanchada (con la cuerda despeluzada, formando, en el extremo, un como tapón chato, de un gris amarillento, deshilachadas las suelas, ligeramente alabeadas de un lado, sin duda por un defecto de aplomo cuando se mantenía de pie que le hacía caminar un poco sobre el empuje de tela), sentado hacia adelante en el borde de su silla, tras de la mesa donde se encontraba la máquina de escribir echada a un lado, con los dos codos apoyados en la mesa, las manos unidas; y emanando de él, de su mirada apagada, muerta, habitualmente baja, de su inmovilidad, de su ausencia de prisa, de su voz controlada, reflexiva, algo a la vez episcopal (quizá a causa de la silla -la cátedra-), doloroso y temible), el americano lanzando una carcajada golpeando la chaqueta en el lugar bajo el que se hallaba el enorme revólver, diciendo: "Sólo chirimbolos para disparar por la calle. De una esquina a otra, ¿eh? O por pasillos como ese que está detrás de esta puerta. De una habitación a otra. De un balcón a otro, de un...", y el maestro de escuela, sin levantar la voz: "Oh, cierra ya la boca", y el americano: "De un balcón a otro. ¡Ja ja ja!... De una esquina a otra, de un tejado a otro, de una habitación a...", y el maestro de escuela siempre perfectamente inmóvil, con las manos siempre unidas (un puño cerrado en la otra palma abierta), mirando al estudiante, diciendo: «Está loco. Todos los americanos están locos», y el americano echándose a reír: "¡Sí!" (inclinándose para dejar la botella vacía junto a

las otras bajo la mesa y, en el movimiento que hizo, arrastrando con el codo los periódicos ya casi sin apoyo, cayendo una parte al suelo, el americano teniendo, cuando se levantó, varios de ellos en su mano, lanzándolos uno tras otro sobre la mesa, como si distribuyera cartas, riendo todavía, diciendo a medida que los arrojaba:) "¡EL GIGANTE DE LA LUCHA!... ¿QUIÉN ASESINÓ A SANTIAGO?... ¡EL CRIMEN HA SIDO FIRMADO!... ¿QUIÉN HA MUERTO AL COMANDANTE?... ¿QUIÉN ES EL ASESINO DE SANTIAGO?... ¡Sí! ¡Completamente locos! ¡Ja ja! ¿Quién ha matado al hermoso pardillo? ¿Eh? ¿Qué crees tú?" el maestro de escuela levantando esta vez con viveza los ojos, mirándole fijamente, pero con la voz, cuando se elevó, siempre tan pausada, lenta, fría, diciendo: "¿No has leído lo que dice el periódico?: la Quinta Columna", luego dejando de hablar, pero mirándole todavía, sin cólera, sin impaciencia también, mirándole simplemente, el americano diciendo: "Sí. La Quinta Columna. Lo he leído. ¿No ha dicho acaso el periódico que todas las armas deben estar en el frente?" el maestro de escuela moviéndose entonces por primera vez, quitando sus antebrazos de la mesa, irguiendo el busto, abriéndose la chaqueta para que pudiera verse su camisa sobre el flaco busto, el cinturón de su pantalón, bajando un instante la cabeza, vuelta a la derecha, luego a la izquierda, una sola vez, como si inspeccionara sus flancos, luego levantando la cabeza, diciendo simplemente: "No las llevo encima. Pero si quieres mirar en mi cajón...", abotonándose luego de nuevo la chaqueta, colocando de nuevo los codos en la mesa, apoyando los antebrazos, las manos unidas como un instante antes, el puño izquierdo cerrado en la palma de la mano derecha, el americano encogiéndose de hombros, con las cejas levantadas, el aspecto vagamente interrogador (¿o sorprendido?, ¿o asombrado?, ¿o reprobador?), aguardando, manteniéndose en esa especie de expectativa apacible, paciente, con ese algo indestructible que emana de esta especie de hombres, es decir, que es posible matarlos -siempre es posible-, pero todo lo que se mata entonces es su voz, sus palabras, no su cuerpo, porque no se hallan aquí o allí en un momento u otro, sino en todas partes y siempre, reaparecen sin fin (en las estaciones, donde se detienen los trenes, se retrasan inexplicablemente, en mitad de la noche, cuando el viajero dormido es despertado por el silencio, la inmovilidad, y sale bostezando del compartimento, encendiendo un cigarrillo en el pasillo, pegando luego el rostro al cristal, con las manos como anteojeras, para mirar al exterior, el viento nocturno y frío barriendo el andén desierto, haciendo oscilar las lámparas, los círculos de luz amarillenta yendo y viniendo sobre el cemento gris, y dos hombres calmosamente atareados, oscilando también sus sombras, parecidas a grotescos y telescópicos dobles alargándose, acortándose, contrayéndose y luego estirándose de nuevo mientras se afanan (¿por qué?, ¿separación, yendo cada uno de ellos a partir de ahora en una dirección distinta?, ¿repartiéndose entonces lo que habían puesto en común o mezclado durante el viaje que les ha traído hasta aquí?, ¿o tal vez,

terminado el viaje y en previsión de tener que caminar con sus equipajes, equilibrando las cargas?) alrededor de sus maletas abiertas; una, de madera, puesta en el suelo, las otras dos de tela con las esquinas reforzadas con piezas de cuero (o más bien sin duda un sucedáneo de cuero, pues sus bordes y los arañazos ofrecen ya ese aspecto gris y afelpado del cartón) en un banco, la tapa de la maleta de madera blanca abierta e inclinada hacia atrás exactamente frente al vagón de modo que puede verse pegada en el interior, pero en sentido longitudinal, es decir, horizontalmente, una gran foto (sin duda la portada de una revista) de estrella de cine muy joven, rubia, con grandes senos, el peinado cayendo asimétrico a un lado del rostro, y en sentido contrario (es decir, perpendicularmente a la foto y en el intervalo entre uno de los lados de ésta y el borde de la tapa) cinco o seis estampas piadosas del formato de una tarjeta postal y en colores que representan: la Virgen María con la cabeza cubierta por un velo azul celeste, un copón del que sale a medias una hostia rodeada de rayos dorados, el Cristo con los cabellos rizados y la barba de un castaño claro apartando con sus manos un manto rojo rosado y mostrando con el dedo sobre su túnica de lino un corazón sangrante, también rodeado de rayos, y dos escenas más con varios personajes imposibles de distinguir bien desde el vagón (¿un Nacimiento? ¿una Crucifixión?) a la luz avara de las lámparas de la estación que el viento sigue balanceando sin tregua.

Los dos hombres de este tipo mediterráneo oscuro, taciturno, paciente y famélico (huella o más bien semilla o más bien morena polución o más bien eyaculación vertida por generaciones de conquistadores o piratas árabes a lo largo de las costas), el más joven de ambos de rostro atezado, cabellos negros y ondulados, con el labio superior adornado por un pequeño bigote, vestido con una camisa blanca, sin corbata, con una chaqueta gris claro, con un pantalón más oscuro, arrugado, con bolsas en las articulaciones, y en la abertura de la camisa puede verse la parte superior de una camiseta, completando el conjunto unos elegantes zapatos de cuero amarillo muy resquebrajado; el otro, de más edad, con la nuca agrietada como terracota color ladrillo, los cabellos grises y duros cortados a cepillo, el rostro ligeramente prognato, el cuerpo pequeño y lomudo, llevando una camisa de cuadros azules y violeta y un traje azul a rayas, ropa que tuvo que ser en su tiempo la de los domingos, porque los pobres sólo pueden comprar, cuando tienen un poco de dinero, vestidos de fiesta que se ven luego condenados a llevar incesantemente como irrisorios testimonios de imposibles ambiciones. Éste calza zapatos de tela.

Se interrumpen un instante para encender cigarrillos que mantienen luego entre el pulgar y el índice, con la brasa oculta en el hueco de la mano para protegerla del viento.

El de más edad arrollando de nuevo calmosamente la mecha de chisquero.

El viento agitando (haciendo estremecer) sus cabellos como en la cabeza de los muertos (moros), hinchando y haciendo palpitar los múltiples saquitos de tela a cuadros (rojo y blanco, verde y blanco, violeta y blanco) que se alinean en el interior de las maletas junto a los efectos personales y la ropa interior.

El más joven cerrando por fin la tapa de la maleta de madera en la que, entonces, puede verse caligrafiado en pirograbado (es decir, en color tostado y ligeramente ahuecado) el nombre:

*Jesús Nicolás Hernández*

y luego atando prolongadamente sobre la tapa una manta de un blanco sucio doblada en ocho.

Cerradas las maletas, atada la manta, ordenados los últimos efectos, permanecen de pie uno junto a otro sin hablar, chupando silenciosa y económicamente sus cigarrillos, aguardando sin duda la partida del tren para pasar a otro andén o tal vez otro tren para enlazar, con la mirada vacía, los rostros extenuados, circunspectos, pasivos...), el estudiante pensando: "¿Pero dónde?, donde...", luego lo recordó: las mismas miradas, los mismos rostros desgastados, impenetrables, intercambiables y sin edad (hombres, mujeres, ancianos, niños, el eterno y milenar cuadro de todas las catástrofes y todas las migraciones) entre el confuso amontonamiento de fardos, colchones y maletas encordadas, y el andén de la estación reluciente de lluvia, y el ruido monótono de las gotas sobre el techo del vagón, cayendo la noche, de un gris oscuro, el cielo de un gris oscuro acarreado a ras de los edificios, depósitos, señales, inagotables masas de algodón empapado que el viento empujaba o más bien aspiraba sin tregua del mar y que se vertían sin fin, ahogando, disolviéndolo todo; las relucientes vías, el balasto, las inmóviles, milenarias y pasivas siluetas sentadas o de pie (con una manta, un paño, un pedazo de hule -o simplemente una tela de saco-en la cabeza) en medio de los amontonamientos de miserables equipajes con la bandera (o lo que había sido una bandera, triunfalmente izada un día y ahora olvidada allí, al parecer, irrisoria, irónica: un pedazo, o dos pedazos de tela groseramente cosidos juntos y que tal vez habían tenido color (rojo -o rojo y negro-), y que pendía ahora, escurriéndose lentamente, ni roja ni negra, simplemente oscura, empapada, demasiado pesada a causa del agua para moverse con las ráfagas del magro viento que apenas la balanceaban), luego dejó de mirar afuera, tomando de nuevo conciencia de la voz que le hablaba, examinando como si lo viera por primera vez al italiano con un

pardo mono de mecánico (y aparentemente, junto con el par de alpargatas puestas en sus pies, eso era todo lo que llevaba encima, e incluso todo lo que poseía, como si participara también de esa especie de despojamiento, de total y cataclísmica indigencia que era atributo -o patrimonio- de la gente embarrancada en el andén, con la diferencia sin embargo de que el único equipaje que se preocupaba por arrastrar con él era un fusil) sentado frente a él en el otro asiento del compartimento y que estaba ahora contándole cómo, algunos años antes, había entrado una noche en un restaurante, en pleno París, y había abatido de tres tiros de revólver a otro italiano a quien nunca había visto sino en las fotografías de los periódicos, vestido -o mejor disfrazado- con una camisa y una especie de gorra negra, con una borla, en medio de una ceremonia que en sí misma parecía una mascarada, de modo, dijo...

## II RELATO DEL HOMBRE-FUSIL

...DE una ceremonia que en sí misma parecía una mascarada, de modo, dijo, que, sin su disfraz de Carnaval, había tardado bastante rato en reconocerlo entre los demás comensales, contando que había permanecido mucho tiempo en la acera, plantado ante aquella luna de restaurante para intentar distinguir algo a través de la cortina de fino lino más allá de la que podía ver brillar suavemente las lámparas: una mezcla de silencio, lujo y buenos alimentos (es decir, cuando los alimentos no son ya alimentos) en forma de luz, dijo: como si sólo utilizando bombillas con forma de llama y pantallitas rosa pudieran conseguir haceros creer que camináis ya sobre una moqueta de tres centímetros de espesor y que tenéis en la boca ostras o carne de caza mientras los pies están todavía en el cemento de la acera y el frío os corta los labios (hablaba con una especie de apacible indignación, como si, llegados a este estadio, el escándalo, la injusticia, no fueran ya sino una especie de entidades abstractas que escaparan a cualquier noción de bien o de mal, como el cáncer o la tuberculosis, y como ellos sólo merecedores en justicia de operaciones de desinfección por los medios más rápidos, por ejemplo, el fuego o las bombas). Entre el cristal y la fina cortina que impedía ver con claridad el interior, había sólo, contó, en medio del escaparate, una de esas frutas escamosas y emplumadas ("Un ananás", dijo el estudiante. Le miró: "¿Qué? -Un ananás. Algo parecido a una piña con una pequeña palmera que sale de arriba. -Sí, algo así") en medio de otras colocadas en pirámide; pero lo suponía, no las vio realmente: sólo objetos bruñidos, refulgentes ("¿Platos, copas?", dijo el estudiante. Y el italiano mirándole de nuevo, diciendo, algo molesto ahora: "Sí. No lo sé. Probablemente"), y tal vez cosas más raras y más caras todavía que frutos exóticos: pescados ahumados que parecían de cartón, gris oscuro y arrugados, como los que están expuestos en los museos de historia natural, y cosas en lata, con, como marca de fábrica, un nombre armenio o ruso (o ambos a la vez); leyéndolo y volviéndolo a leer sin duda sin ni siquiera advertirlo, permaneciendo de pie en el frío, temblando tranquilamente (para que no fuera detenido en cuanto entrara por el primer maitre que le viese o incluso, antes de entrar, por el portero engalonado, el amigo en cuya casa se alojaba le había prestado uno de sus trajes, aproximadamente de su talla y con el que, pensó el estudiante, debía de tener un aspecto casi tan tranquilizador como el de un zulú que, para pasar inadvertido, hubiese tomado prestado un traje Luis XV con bordados; pero no habían podido encontrar un abrigo conveniente, decidiendo (es decir, el amigo

en cuya casa se alojaba y que aparentemente pensaba por él; y el estudiante podía verlo tan bien como si hubiera estado en el almacén, respirando el sutil hedor exhalado por los cortes de tela arrollados en delgadas tablillas que se amontonaban en los estantes; no un almacén, una tienda para ganar dinero, y tampoco para servir de fachada, de biombo: simplemente abierto, aprovisionado y explotado como se come no por placer sino porque uno está obligado a alimentarse, es decir, absorbiendo justamente la comida necesaria para no tener ya hambre, o como se visten ropas porque es preciso protegerse del frío; una tienda, pues, como las que pueden verse más en una pequeña ciudad de provincias que en una capital, con un escaparate sin atractivo y, en el interior, tras el mostrador, entre cortes de telas de algodón floreadas y pañería barata, un tipo casi tan parecido a un comerciante como un águila a un ave de corral, con una cabeza de marqués o de potestad renacentista, arrugas como cicatrices, una mirada aguda, rápida, y esa actitud excesivamente calmada, excesivamente apacible, de esa clase de hombres en quienes los complots, la clandestinidad, la ilegalidad y el riesgo de muerte violenta han creado una especie de segunda naturaleza (a menos que posean una inclinación natural a los complots, la ilegalidad y el riesgo de muerte violenta), capaces de no demostrar nada, no sólo ninguna emoción, sino ni siquiera signo externo alguno de percepción si alguien que con toda evidencia nada tiene que hacer en una tienda de tejidos penetra en ella más o menos precipitadamente, diciendo sólo el comerciante de mirada de águila que está mostrando cortes a una cliente: "Si me lo permite, mi esposa continuará atendiéndola...", sin cambiar de voz, sin levantar los ojos, rodeando ya un extremo del mostrador, volviéndose la cliente, percibiendo justamente entonces la espalda del visitante que está franqueando la puerta de la trastienda, la mujer ya en el lugar donde unos instantes antes estaba su marido, diciendo con voz perfectamente apacible: "¿Se había fijado ya en alguna cosa? Puedo enseñarle..." (también la esposa de un género especial, bastante gruesa, gorda incluso, algo untuosa, con un vestido negro sin adornos (como si, no en señal de aflicción o resignación sino por comodidad, sentido práctico, se hubiera puesto de una vez por todas de luto en recuerdo o previsión de algo que no podía o bien olvidar o bien dejar de acontecer), con el labio superior tal vez sombreado por un ligero bigotillo, y con la piel todavía ambarina y los ojos de madona, negros, profundos, apacibles, mientras despliega los cortes -tal vez también tan interesada por lo que hace como lo estaba antes el tipo de mirada de águila, aunque sea ella la que tuvo la idea de abrir el comercio, porque una mujer siempre puede arreglárselas con unos retazos de tela, y en cualquier caso mejor que un profesor de historia o de derecho, en un país extranjero-), y los propios hijos (pues esa gente también tiene hijos -hijos que van a clase, como todos los demás, con la diferencia de que hacen los deberes y dan las lecciones en una lengua que no es la suya-), a los que ni siquiera ha sido necesario enseñar a no hacer nunca preguntas ni asombrarse

ni hablar de lo que pueden ver, que saben por instinto todo eso (no como las crías de los hombres, cuyos primeros pasos es obligatorio guiar sosteniéndolas, vacilantes, blandas, babosas y atáxicas sobre sus piernas torcidas, sino como el aguilucho sabe naturalmente volar, o los alevines vivir y escurrirse por el agua como flechas), cruzando la tienda, por la tarde, hacia las cinco, sin detenerse, con sus carteras bajo el brazo, presentando a los clientes si los hay los mismos rostros de adultos, impenetrables, cerrados, ausentes y, puesto que pese a todo es preciso que tengan al menos alguna faceta de niños, despectivos)... el amigo en cuya casa se alojaba habiendo decidido, pues, que podría pasar por alguien que acaba de dejar su coche); permaneciendo entonces allí, intentando dominar el continuo temblor que le sacudía, mientras a su alrededor se extendía la noche malva de la ciudad agujereada por los anuncios de neón con colores de caramelo (el cielo, cuando se levantaba la cabeza, rosáceo por encima de las casas oscuras, es decir, de un rosa sucio, negro, resultante del reflejo difuso y nebuloso de las luces en el techo bajo de las nubes, los anuncios de neón encendiéndose y apagándose con esa especie de brutalidad mecánica y monótona de prescripción, de lección repetida para cretinos); era en febrero, contó, y podía ver la gente sentada en el interior de los cafés, como si hubiera sido pintada sobre los cristales amarillos, la gente o mejor los bustos que jamás se miran, que parecen puestos allí, solos o de dos en dos ante las mesitas en posturas hieráticas, tan impersonales, tan inhumanos como los regimientos de zapatos alineados en el escaparate vecino, bajo el mismo chorrear de luz artificial y buscona que parecía resbalar como un agua negra en deformados reflejos por las relucientes y oscuras curvas de los autos circulando lentamente uno tras otro, entrecruzándose (de modo que el mismo rectángulo iluminado parece distenderse, retorcerse, ondular, estirarse, mientras resbala de izquierda a derecha, luego de derecha a izquierda, si bien en realidad nunca cambia de lugar, sino de soporte), el reloj neumático de la esquina indicando las nueve de la noche, luego saltando bruscamente la minutería a las nueve y dos, lo que le hizo, dice, como despertar, tomando conciencia del tiempo que había transcurrido desde que estaba allí, es decir, de esa progresión extraña y entrecortada, discontinua, del tiempo hecho aparentemente de una sucesión de (¿cómo llamarlos?) fragmentos solidificados (había uno de esos anuncios, contó, uno de cuyos elementos era una flecha azul que corría a lo largo de la fachada de un inmueble (que otro inmueble, formando la esquina de la calle, ocultaba en parte, de modo que no podía ver dónde terminaba el trayecto, ni lo que la flecha invitaba a mirar), no desplazándose en realidad la flecha, sino siendo creada la ilusión del movimiento por el hecho de que varias flechas de neón, dispuestas en una línea, una contigua a la otra, se encendían y se apagaban sucesivamente de modo que el ojo, la conciencia engañada, atraída, cautivada por la luz, creía seguir el curso de algo que no se movía jamás). Lo contó, pues, sin orden (pudiendo el estudiante reconstituir el todo por ensamblaje, como

ese anuncio publicitario que el italiano recordaba también, y que representaba un negro de rostro azul, turbante y pantalón bombacho rojos, que tenía en la mano una botella verde, del que sólo el rostro se encendía primero (el tubo espiral de neón dibujando groseramente un perfil caricaturesco e hilarante), apagándose luego, después el turbante y el vestido, que se apagaban a su vez, luego sólo la botella -verde eléctrico sobre la fachada oscura-, que también se apagaba, tras lo cual el conjunto (el rostro azul, el turbante, el pantalón rojo, la botella) encendiéndose de pronto, apareciendo el personaje completo, desapareciendo luego mientras a su lado se inscribía en la noche, con grandes letras amarillas, la palabra RHUM, luego también eso se apagaba, luego de nuevo todo se encendía al mismo tiempo, el negro y simultáneamente el anuncio ahora al completo: RHUM DES ANTILLES): primero él plantado en la acera intentando distinguir lo que ocurría en la luz suave y tibia tras aquella leve cortina, adivinando las formas borrosas de camareros, de maitres, de mujeres con los hombros desnudos, y a su alrededor, en el frío brutal, el mundo brutal y reluciente de la ciudad, las colas de las nueve de la noche ante las fachadas de los cines donde princesas hindúes, tigres, soldados de cartón manchados de barro pintado o bellezas con rostros de dos metros de altura, salvajemente coloreados y apasionados, anunciaban aventuras o conflictos psicológicos para cretinos, los violentos fulgores de los escaparates de zapatos, de camisas o de clientes de café, y luego por segunda vez esas mismas luces duras, metálicas, saltando de un lugar a otro y serpenteando por las barnizadas carrocerías de los autos, y por encima, los violentos, tozudos y mercantiles anuncios destinados a obligar a quienes los contemplaran a beber o a ir a ver (por debajo del negro había, sin duda a cuenta de una agencia de viajes, una palmera azul que se encendía y se apagaba también, alternándose con un avión, una especie de monumento con una cúpula y un paquebote) cosas que jamás habían sentido el deseo (ni la necesidad) de beber ni de ver.

Tenía sed; no había comido; la mujer del amigo en cuya casa se alojaba había preparado un plato de carne fría, pero no lo había querido, es decir, no había podido, había masticado, revolviéndolo una y otra vez en su boca, un pedazo de carne gris hasta que tuvo casi la consistencia y el sabor de la pasta de papel, o mejor hasta que, enviado de un carrillo al otro sin que lograra tragarlo, se hubiera convertido en algo lo bastante molesto como para que adquiriera conciencia de ello, advirtiera que estaba intentando comer, retomando al mismo tiempo conciencia del lugar donde se hallaba, de la cocina, de la mujer con ojos de madona que le miraba, mientras que por décima vez estaba llevando a cabo los gestos que debía llevar a cabo: empujar la puerta de un restaurante, dirigirse a una mesa, sacar su revólver, disparar, y salir corriendo; entonces se levantó excusándose, fue a escupir en el cubo de la basura lo que tenía en la boca. Luego comprendió por qué había ella

insistido tanto: para que tuviera al menos algo en el estómago si era detenido. Ninguno de ellos había sin embargo hablado de arresto, ni de lo que seguiría, como tampoco habían hablado del acto en sí que iba a cometer, todo (el eventual arresto, la paliza -o tal vez el linchamiento- el acto (el asesinato), el hambre, tanto esa que sentía ahora en potencia en su interior como la que hacía entrar a la gente en los restaurantes, sentarse, encargarse de cosas y tragárselas) teniendo en cierto modo un carácter abstracto, existiendo para él en el estado de emoción admitida -agradable o desagradable-, sin realidad verificable, de modo que como no sufría por su sed o su miedo (experimentándolos tan sólo, sintiéndolos allí, presentes, sin más) tampoco sentía indignación o cólera, fuese al ver el precio de los platos en la carta colocada, en el exterior del restaurante, en una hornacina rodeada por un marco de cobre e iluminada por una pequeña bombilla, o por las mujeres descotadas de confusos contornos que, en el interior, se llevaban a los labios con gestos delicados cosas espantosamente caras, o hacia el hombre que se disponía a matar: tal vez porque estaba más allá del escándalo y la cólera, porque el escándalo se había apoderado de él, le había agredido de una vez por todas años antes (incluso tanto tiempo antes que eso había dejado ya de ser escándalo o cólera), a partir de lo cual todo había quedado resuelto -como otros lo resuelven todo a partir de la idea de redención, de salvación eterna o de leyes orgánicas-, tal vez también porque poseía sin duda la facultad de aquellos para quienes el mundo es siempre y en todas partes el mismo (es decir, de una vez por todas también, feroz, inhóspito), y que es algo contrario a la facultad de asombro; y entonces esa especie de miserable e infantil placidez, como una especie de inocencia, de gracia, que le permitía permanecer en aquella acera, elegantemente vestido con un traje prestado, tembloroso, imperturbable, o ahora ahí, en el asiento de ese compartimento, terrible, pueril (aunque -estimó el estudiante- debía de haber superado ya la treintena), misérrimo, enclenque, con su rostro (o mejor su hocico) arrugado de rata, grande como el puño, entre esa bola de cabellos salvajes como los que dibujan en las caricaturas de los directores de orquesta o pianistas virtuosos, y cargado con esa completa panoplia, ese equipo de cazador ocasional o de trampero que parecía tan inseparable de su persona como una parte cualquiera de su cuerpo, sentado bajo la avara luz bronceada que caía de la bombilla del techo del compartimento (el compartimento, el vagón de madera; los mismos (sin duda ocres en su origen, ahora de un color marrón hecho, mitad y mitad, de pintura y de hollín), amortizados más de una docena de veces, como mínimo, desde que se había inaugurado la línea, es decir, desde que setenta años antes un consorcio de banqueros israelitas e ingleses asociados con una compañía de jesuitas había tenido la idea de tender raíles (a decir verdad, no para que viajara la gente, sino mineral u otras cosas de este tipo, únicas de venta autorizada en las Bolsas de París y de Londres porque el comercio de esclavos está legalmente prohibido, haciéndose el transporte de personas por añadidura, concedido (a título

de carga muerta, por decirlo de algún modo) para satisfacer una de las cláusulas del contrato de transporte), raíles, pues, por donde sólo habían pasado mulos y aquellos a quienes los mulos transportaban (buhoneros, curas adiposos, mal afeitados y rapados, bailarinas y putas en busca de trabajo, parlanchines agentes, campesinos portadores de cestos, de sacos y de pares de pollos atados por las patas, metidos hoy bajo los asientos, debatiéndose, indignados y doloridos, en una enloquecida protesta de alas agitadas y gritos, permaneciendo luego allí, palpitantes, inmóviles, con los ojos muy abiertos, aterrorizados e imbéciles, agitados esporádicamente por sobresaltadas, cacareantes, dolorosas e impotentes rebeldías), hombres que ahora tenían el privilegio de escupir apaciblemente entre sus piernas de un cabo al otro del viaje en el suelo de un vagón en vez de tener que volver la cabeza para enviar a un lado sus chorros de saliva como hacían sobre sus mulos); y el estudiante pensando: "¿Pero por qué me cuenta esto?", imaginando al mismo tiempo a los patilludos banqueros salidos de una opereta de Offenbach que habían tenido la idea de este tendido de ferrocarril (pudiendo verles, con sus pantalones estrechos, sus levitas, sus chalecos floreados, sus amantes cantatrices con sus peinados de coca y gargantillas de diamantes, sus manicuradas manos de banquero sosteniendo con dos dedos habanos no venales envitolados tal vez con su efígie o con un retrato de rey de mentón desmesurado) para que pudiera correr un tren que les transportara, a ambos casi solos en la sucesión de traqueteantes vagones, a él y a esa especie de zopenco armado hasta los dientes, pensando también: "No es por jactancia, porque jactarse es para él seguramente tan extraño, tan desprovisto de sentido, por ejemplo, como contar dinero, y aun cuando le gustara hacerse valer, sería primero necesario que creyera que había realizado algo extraordinario...", escuchándole hablar todavía (como explican los tipos de su especie: con la voz a la vez vehemente, hosca y quejosa), pensando de nuevo: "Pero tal vez sea simplemente porque se aburre. O por amabilidad. Para hacer pasar el tiempo hasta que hayamos llegado...", y en aquel momento el italiano, el hombre-fusil, se registró, explorando uno de los bolsillos de la pechera de ese mono de mecánico marrón que parecía, con las alpargatas, constituir todo lo que poseía, tenía deseos de poseer (además de las armas, que no podían considerarse por completo bienes porque en cierto modo formaban parte de él) y poseería nunca como vestido y fortuna con el cuadernillo roñoso de esquinas dobladas y el pedazo de lápiz de un centímetro y medio aproximadamente que tenía ahora en la mano; cambió de asiento para ir a sentarse junto al estudiante, muy pegado a él, puso el cuadernillo sobre las rodillas, en el sentido de la anchura (es decir, el lado más largo de las hojas perpendicular al eje de sus muslos unidos); había trazado ya la primera línea cuando, retrocediendo, irguiendo ligeramente el busto no para juzgar el efecto sino en cierto modo para evaluar las dimensiones de la hoja antes de continuar su dibujo, vio sin duda, o mejor entrevió, más allá de sus rodillas, el asiento que

acababa de dejar y sobre el cual se había quedado el fusil: se inclinó hacia adelante, tomó el arma, la puso junto a él, a su derecha, en el asiento donde estaban ahora sentados ambos, retomando su posición primera (mientras había efectuado esta sucesión de gestos su mirada no se había separado de la hoja del cuaderno), diciendo: "¡Eso es!", aproximando el centímetro de lápiz a su boca para humedecer la mina, sin mirar al estudiante, con la cabeza baja, como absorto en sí mismo, entregado por completo al esfuerzo que hacía (bien para recordar con precisión, bien para traducir exactamente aquello que recordaba en forma de dibujo, de plano -probablemente ambas cosas a la vez-), el diminutivo de lápiz (que se veía obligado a sujetar no como se sujeta habitualmente un lápiz o una pluma, es decir, reposando contra el borde de la mano entre el pulgar y el índice, sino manteniéndolo por completo entre los extremos del pulgar, el índice y el mayor, de modo que era invisible, y parecía dibujar con sus uñas) moviéndose con aplicación sobre la hoja de mal papel cuadriculado, grisáceo, constelado de briznas amarillas englobadas en la pasta de madera, brillando como mica con los reflejos de la luz. Pero no se sirvió de la cuadrícula, construyendo sin prestarle atención, a partir del primer trazo que había dibujado (el lápiz mal afilado, chato, trazando líneas de medio milímetro de grosor aproximadamente, impresas en hueco en el papel arado, como surcos de un gris metálico, brillante, plumizo), un rectángulo de lados no rígidos, rectos, sino ligeramente ondulados o mejor arqueados como si cada uno de ellos cediera, se curvara ligeramente bajo el efecto de una presión proveniente del centro, evocando la figura la idea de una vela hinchada por el viento, distendida, viéndole el estudiante trazar entonces dos pequeñas líneas (dos hitos, cortando el lado inferior del rectángulo a igual distancia a una y otra parte del centro aproximado de éste) que prolongó en dos arcos de círculo enfrentados, como un paréntesis abierto y cerrado en cuyo centro situó un punto, luego dos trazos cortándose en ángulo recto -una puerta giratoria, pensó el estudiante- o tal vez lo dijo en voz alta, pues el italiano dijo "Sí" sin levantar la cabeza ni interrumpirse, dibujando, más allá de la puerta giratoria y hacia el interior del rectángulo, una corta línea ondulada, como una serpiente, una senoide, luego, sin explicación, más arriba de ella y en la vertical (de modo que el lápiz estaba casi en el centro del rectángulo), un círculo o mejor varios círculos (o mejor todavía, puesto que el lápiz iba ahora muy deprisa, varias elipses) concéntricos, superponiéndose, o ligeramente excéntricos unos en relación con los otros, descubriendo, cuando separó su mano, algo que se parecía a un ovillo de lana y a cada uno de cuyos lados, a izquierda y derecha, trazó también, muy deprisa, dos líneas verticales ninguna de las cuales llegaba, ni por arriba ni por abajo, a unirse con los lados horizontales del rectángulo dividido ahora en tres partes que tal vez él había deseado iguales pero de las que de hecho (sin duda porque era para él la más importante, aquella en la que se había desarrollado -en la que iba a desarrollarse de nuevo- lo que había comenzado a contar, y en

consecuencia polarizaba todo su interés) la parte central, aquella en cuyo centro se hallaba el ovillo de lana, tenía por sí sola una superficie doble que la de cada una de las otras dos (aproximadamente un cuadrado enmarcado por dos rectángulos verticales), la mano armada con el lápiz prosiguiendo su vaivén, disponiendo a lo largo del trazo vertical de la izquierda, y en el interior del cuadrado central, tres pequeños rectángulos alineados, tras lo cual se irguió, miró su dibujo, explicó: la serpiente (la corta línea ondulada) representaba un biombo (uno de esos biombos de pequeñas planchas de madera barnizadas y unidas de modo que cada lado de la plancha forma bisagra, y que se pueden disponer según la curvatura deseada), el ovillo de lana un mueble en el que había, dijo, cosas que iban a recoger los camareros -"Una mesa de servicio", dijo el estudiante, y él: "Sí. Sin duda. Porque creo que encima había fruta, una de esas cosas como una piña. No tuve tiempo de verlo bien" (hablando siempre con su misma voz hosca, quejumbrosa y convencida -al igual que araba el papel, grabando profundamente cada trazo, a la vez por aplicación, esfuerzo de concentración-, con esa violencia que estaba en él, irreprochable, agotadora, excediendo su desmedrada persona), mostrando ahora el trazo vertical, a la izquierda, diciendo: "Aquí estaba la banqueta. Es decir, el perchero, esos chirimbolos con barras de cobre donde pueden colgarse los sombreros y los abrigos. Pero tampoco tuve tiempo de verlo bien. Estaba en esta mesa. Con una mujer y un tipo", el pedazo de lápiz sujeto sólo entre el índice y el pulgar ahora dando varios golpecitos secos, pero sin fuerza (de modo que sólo hizo una ligera siembra de puntitos, como una minúscula isla de arena, casi invisible), en el segundo rectángulo pequeño a partir de abajo, a lo largo del trazo de la izquierda; tomó de nuevo el lápiz entre los tres dedos (o mejor con los extremos de los tres dedos), dibujó dos pequeños círculos -dos pastillas- entre el rectángulo y el trazo, luego otra pastilla al otro lado de la mesa, luego se dibujó a sí mismo, todavía fuera, en la acera, en forma de una cuarta pastilla, pero ennegrecida (trazando la punta del lápiz una serie de minúsculos círculos), luego todavía otra pastilla, a la derecha y algo por debajo del ovillo de lana, luego otra más, entre los dos pequeños rectángulos (un maître y un camarero, explicó); y en aquel momento el tren redujo la marcha, haciendo sonar la locomotora ese curioso silbido quejumbroso, lúgubre, de los trenes del Far West, los vagones de abeto con pasillo (los mismos tal vez, pensó el estudiante, que habían sido concebidos para los desiertos de las Montañas Rocosas, y tal vez por los mismos patilludos banqueros de Offenbach) entrechocando, y se detuvo, con el ruido de la lluvia en el delgado techo del vagón y los cristales perceptible de nuevo, volviendo el estudiante la cabeza para intentar ver el nombre de la estación, encontrando de nuevo primero, zambullido en la oscuridad, el oscuro reflejo de su propio rostro y, detrás, el del violinista virtuoso vestido de mecánico que seguía inclinado sobre su cuaderno, luego (aplastando ahora la nariz contra el cristal) la misma bandera, el mismo harapo empapado,

enlutado, que pendía en todas las estaciones (colgado de la marquesina o, como allí, de un mástil), de la que era preciso saber que era mitad roja y mitad negra, pues, por el momento, el rojo embebido de agua era casi tan oscuro como el negro, luego vio el nombre de la estación, BAÑOS DE AGUAS CALDAS o AIGÜES CALENTES o AGUAS BUENAS (pudiendo imaginar a las ancianas señoras vestidas de oscuro paseando lentamente o sentadas en las avenidas de un parque bajo las ligeras sombras de los plátanos en la vaga exhalación de huevos podridos de las aguas sulfurosas, y tal vez un kiosco donde tocaba la banda municipal, y landós, calesas de alquiler esperando también bajo los plátanos estremecidos y el omnipresente ruido de cascadas, el omnipresente y fétido olor a podredumbre, los landós cubiertos con una ligera lona listada, y los arcaicos establecimientos de baños con grifos de cobre en forma de cuello de cisne donde los cuerpos desecados de las viejas señoras flotaban en las aguas fétidas bajo púdicos batines), y dos hombres aparecieron en el corredor, golpeando en el cristal, abriendo la puerta, diciendo simplemente uno de ellos "Seguridad", el primero vestido con algo que podía pasar por un uniforme, verdoso, teñido de oscuro en los hombros por la lluvia, y en cualquier caso tocado con una gorra, el otro simplemente vestido con una camisa blanca y un pantalón, con un revólver en su cinturón, que era un simple cordel, un impermeable empapado en los hombros, calzado con alpargatas también empapadas, pero pareciéndose ya los dos a policías profesionales (el mismo aspecto miserable, crapuloso e insolente, la misma mirada hastiada, sucia, muerta), y sin duda conocían al italiano, pues éste hizo una seña, y el que sólo llevaba una camisa y un pantalón dijo "¡Salud!" y luego cerró la puerta.

Esta vez no había nadie en el andén mojado de la estación, sólo las imperceptibles, imprevisibles e incesantes modificaciones de los reflejos de las luces sobre el asfalto, punteadas por las bruscas gotas de lluvia; el italiano trazaba ahora una serie de cortas flechas (vectores) a partir de cada una de las pequeñas pastillas que le representaban, a él, al camarero y al maître, figurando el trayecto que había seguido y los movimientos de éstos, de modo que a medida que aparecían las pequeñas flechas, dibujando líneas quebradas, a veces en ángulo agudo, el estudiante creía ver (como en ese juego que necesita dos alumnos perezosos, un profesor miope, un parapeto de libros, y que consiste en desplazar los buques de dos escuadras por una cuadrícula numerada, cada uno de ambos almirantes-alumnos haciendo maniobrar sus unidades en función de los tiros anunciados por el otro), de modo, pues, que le parecía ver reconstituirse la acción (la breve, culminante y caótica sucesión o mejor concentración, superposición de movimientos, de ruido, de gritos, de detonaciones y de carreras) a la manera de una serie de imágenes fijas, congeladas, inmóviles (como las diversas flechas luminosas que componían el anuncio encendiéndose y apagándose por turno), cada una de

ellas demasiado distinta de la precedente para que fuera posible establecer un elemento de continuidad (como por ejemplo en una película, donde la posición de un brazo sólo varía, de una imagen a otra, imperceptiblemente); y de nuevo la locomotora dejó oír su sonido quejumbroso, lúgubre en la noche -como si intentara dispersar (abrirse un camino en) un tenebroso rebaño de búfalos salvajes-, y el tren se puso en marcha, levantando el estudiante un momento la cabeza, viendo desfilar a través del oscuro reflejo de sus dos rostros en el cristal maculado por la lluvia las escasas luces, el harapo rojo y negro, los espectros indignados de las ancianas señoras reumáticas apoyadas en su bastón de ébano, luego, plantados en el andén, indiferentes o insensibles a la lluvia que seguía cayendo, los dos policías de la Seguridad, el andrajoso y el de aspecto vagamente militar (de modo que no se sabía si estaban allí para vigilar algo o para vigilarse mutuamente) mirando pasar ante ellos e ir adquiriendo poco a poco velocidad la sucesión de vagones vacíos cuyas luces se deslizaban una tras otra sobre sus rostros.

Por lo tanto, en primer lugar esto: no un portero engalonado sino un groom, es decir, uno de esos chicuelos que han superado desde hace mucho tiempo no ya sólo el estadio de la pubertad sino también el de la edad adulta, una de esas criaturas equívocas y ajadas, muchacho con cabeza de anciano o a la inversa; él, el italiano vio eso: la librea marrón, la especie de tocado cilíndrico, la nariz enrojecida por el frío, el rostro de expresión algo asombrada tal vez mirándole mientras él avanzaba, pero sin embargo con el gesto reflejo, la ligera inflexión del busto, el brazo separado empujando un poco una de las hojas encristaladas de la puerta giratoria para presentársela de modo que pudiera introducirse en uno de los cuartos de cilindro; luego su propia imagen, su propio fantasma (la pequeña máscara grisácea, minúscula, en medio de la cabeza de lobo que coronaba, erizada, incongruente y burlesca, un traje de calle) acudiendo a su encuentro, las dos manos (para él la izquierda) oponiéndose, pegándose una a la otra como si intentaran (él y su doble) rechazarse mutuamente, la palma helada del fantasma contra la suya; pero él ganó, su doble se puso primero a retroceder entre los cabrilleos de las luces y los reflejos deslizándose a la horizontal, primero de frente (el doble) y luego (a medida que iba avanzando en el girar de las hojas) desplazándose hacia la izquierda, pasando poco a poco a tres cuartos (el reflejo de la flecha luminosa (recorriendo ahora tras él, una vez más, incansablemente, el mismo trayecto) atravesando el cristal en aquel momento con un vuelo entrecortado -el tiempo de tres cambios de posición- por encima de su cabeza), luego por fin de perfil (pero en aquel momento dejó de verlo ya). No había contado con el biombo (o si lo había visto, lo había olvidado), lo descubrió, cuando creía desembocar en la luz, oscuro, infranqueable, explicando que ése fue el único instante en que experimentó algo parecido al pánico, la sensación de haber caído en la trampa (pero en resumidas

cuentas, reflexionó más tarde, ni más ni menos que cualquiera que se mete en una puerta giratoria enfrentándose, en el ruido de las hojas giratorias y del aire agitado, con esa especie de vértigo, esa angustia del enclaustramiento, del torbellino): durante una interminable fracción de segundo, mientras su espíritu golpeaba, chocaba con furiosa desesperación contra esa cosa, esa muralla, ese obstáculo que no había previsto o que había olvidado (pensando con un impulso de frenética indignación, de estupor: "¿Qué? ¿Qué es eso?"), se creyó burlado, o traicionado, ya prisionero, ridículamente, antes incluso de haber podido comenzar a cumplir aquello por lo que había venido, hasta que levantando los ojos descubrió la línea sinuosa que dibujaba el remate del biombo que había representado en su croquis con un trazo en forma de serpiente mientras que en realidad su disposición en proyección plana era (rectificó) la de una S tendida e irregular, con una de las panzas, la más importante, describiendo una curva casi concéntrica a la de la puerta giratoria, la otra curva, más corta, revolviéndose en sentido contrario hacia el interior de la sala, pero a la derecha (al menos él vio sólo esta abertura) mientras que la mesa hacia la que deseaba dirigirse directamente, en cuanto hubiera franqueado la puerta, estaba a la izquierda, de modo que, empujado a la vez por la necesidad primaria e irreflexiva de evadirse del cepo que representaban la puerta giratoria y el biombo, y por el sentimiento, igualmente irreflexivo, de la urgencia, del tiempo perdido, de la necesidad de ir deprisa, se lanzó por el paso libre, haciendo irrupción en el interior de la sala no, claro, a la carrera (de todos modos había mantenido el suficiente control), sino de una manera sin duda demasiado vivaz, y entonces esto: la mesa con sus tres comensales (uno de ellos de espaldas) separada ahora de él por unos siete metros de vacío, aquel a quien debía matar teniendo en ese momento su vaso en la mano, ligeramente vuelto hacia la mujer con la que hablaba, no habiendo, pues, consecuentemente prestado atención alguna a su entrada demasiado rápida, pero en cambio, a la derecha, un maitre (no dijo "maitre" sino "un camarero con un traje negro") mirándole, con el rostro revelando a decir verdad una expresión por el momento más perpleja o molesta que alarmada, contó, examinándolo de arriba abajo con esa mirada profesional y al mismo tiempo rapaz, calculadora y servil, ambos (él y el maitre) hallándose casi frente a frente por un instante, él (la pastilla negra) cerca de la curva terminal de la S del biombo, el maitre (la pastilla blanca) a la derecha (en relación con él) del mueble central (la mesa de servir o el aparador) coronado de frutos exóticos, ambos poniéndose en movimiento simultáneamente siguiendo trayectos que representó mediante dos vectores curvos que llegaban casi a encontrarse, como las ruedas de un engranaje, es decir, iniciando ambos al principio un trayecto rectilíneo (el maitre para acudir a su encuentro, él para dirigirse hacia la mesa) y viéndose poco a poco a medida que iban progresando obligados a desviarse, el maitre porque el cliente (o mejor el intruso) en vez de esperar que se acercara a él, se desplazaba hacia la izquierda (la

derecha del maitre), y él porque el maître avanzando, pasando ante la mesa de servir, terminó encontrándose casi en el trayecto (la línea recta que unía el extremo del biombo con la mesa buscada) que había comenzado a seguir, amenazando con interceptarlo (todavía no realmente asustado, sólo, sin duda, cada vez más molesto, comenzando a fruncir las cejas), de modo que se vio obligado a desviar más todavía su recorrido hacia la izquierda con la esperanza de rodear al maitre ganándole por velocidad, y entonces: a la derecha la pechera en V, immaculada y reluciente, rígida como una armadura entre las dos solapas de seda negra, geométrica y, paradójicamente, dibujada con precisión (sin duda porque era en ella donde, por el momento, se concentraba toda su atención) y avanzando inexorablemente hacia él, mientras que por el contrario su objetivo (la mesa y los tres comensales) se le aparecía más confusamente, en forma de tres manchas algo difusas, es decir, de izquierda a derecha: un trazo luminoso (una punta del mantel) en el que estaban depositadas (vasos, jarras, botellas, y probablemente un vaso conteniendo vino color rubí) cosas que capturaban los reflejos, luego, directamente encima, la carne (el brazo y los hombros desnudos) ligeramente rubia de la mujer, como tres amplias pinceladas de una pasta cremosa (mejor incluso puestas, aplastadas cada una con un golpe de espátula) a uno y otro lado y por encima de otra mancha casi cuadrada, azul lavanda (el corpiño o la parte alta del vestido), el propio rostro maquillado y su coca de cabellos sin más precisión que un tornasoleo de entremezclados toques, violentos (rojo, castaño, rosa), luego inmediatamente a la derecha, en primer plano, un ancho rectángulo gris (la espalda del tercer comensal) coronado por un rectángulo más pequeño y casi negro (su cabeza, sus cabellos) que ocultaba en parte el rostro del otro hombre, aquel a quien debía matar, del que sólo podía ver, o mejor adivinar, los ojos (es decir, dos manchas oscuras), la frente, las desnudas sienes, los cabellos muy negros, echados hacia atrás, reflejando las luces, mientras a su derecha la implacable V trazada a cordel (levantando la cabeza de su dibujo, diciendo: "¿De qué están hechas esas pecheras? ¿De hojalata pintada o qué?") seguía aproximándose; pero tenía cierta ventaja, apresuró el paso (el maitre, la V pintada, desapareciendo de su campo de visión, algo retrasados ahora aunque acelerado también el movimiento: ambos, pues, todavía no corriendo pero desplazándose, caminando muy deprisa, a una velocidad francamente desacostumbrada, insólita en un lugar semejante), apenas cuatro metros separándole ahora de la mesa cuando a la izquierda de su campo visual (mientras podía todavía sentir, invisible pero presente, al maitre lanzado en su persecución, sin atreverse todavía a correr, impedido sin duda de hacerlo, retenido por algún antiguo reflejo profesional de decencia o de temor al escándalo que se lo prohibía, pero, adivinó, dispuesto a hacerlo si él lo hubiera hecho, como había, en el mismo instante y con el mismo ritmo que él, apresurado el paso) apareció, más arriba que la punta del mantel y a la izquierda, una segunda mancha blanca (la chaquetilla de un camarero -aquel que

había representado en su plano por medio de una pequeña pastilla entre los rectángulos de las dos mesas-) que comenzó a desplazarse (tal vez por propia iniciativa, tal vez obedeciendo a una seña del maitre) hacia la derecha, interponiéndose el pantalón negro entre la mesa y él, obligándole a cambiar rápidamente su plan. No quería herir a la mujer ni al tercer comensal, por lo que había pensado llegar primero junto a la mesa y tirar entre ambos; pero ya no era posible y ahora tenía que contar con tres obstáculos: dos móviles, el camarero y el maitre, y uno fijo, el tercer comensal, al que ahora veía casi de perfil y a quien comenzó a rodear (corriendo francamente entonces, vagamente consciente del confuso rumor (voces más altas -todavía no gritos-) de asombro (todavía no espanto) que comenzaba a levantarse de las mesas a su alrededor) ejecutando, pues, un ligero y súbito "derecha, ar", viendo entonces desfilar ante él: en primer lugar, la mancha blanca de la chaquetilla del camarero (bien porque éste dudara, se hubiera detenido, bien porque él mismo se desplazara entonces tan rápidamente que, en relación con la suya, la velocidad del camarero fuese casi nula, lo que ocasionaba que su silueta retrocediese ahora hacia la izquierda de su campo visual), en segundo lugar, por un instante, la mujer; no ya manchas de colores suaves y difusos, como un poco antes, entremezcladas, sino detalles, fragmentos precisos (un brazalete, el canal nacarado, marmóreo, que separaba los senos en el escote, la mano levantada sujetando un tenedor), en tercer lugar, un fragmento de molesquín rojo, brillante y con un aspecto ligeramente grumoso que recubría el respaldo del asiento en el intervalo entre la mujer y su vecino, en cuarto lugar, durante un instante más corto todavía (pues fue ocultado en seguida por la espalda del tercer comensal) el busto del hombre a quien debía matar, su vaso mediado de vino color rubí que seguía en su mano como un momento antes, el codo apoyado en la mesa, el rostro no ya vuelto ahora hacia su vecina sino mirándole a él, al italiano, con las dos pupilas (que podía distinguir con precisión -y no ya sólo las dos manchas de sombra bajo los arcos ciliares- negras, brillantes, endurecidas sobre bolsas de piel arrugada) siguiéndole y girando mientras en quinto lugar, la cabellera del tercer comensal se interponía, ocultaba la parte baja del rostro casi hasta la base de la nariz -los cabellos engominados, relucientes, un cerco de grasa echado hacia la nuca por el cuello duro bajo el occipucio, con la piel blanca o mejor grisácea, sembrada de pelos negros, cortos y recios (cabellera, nuca, pliegues y espalda deslizándose muy rápidamente, de derecha a izquierda, como una silueta recortada en cartón, o como cuando se miran, por la ventana de un tren en marcha, los matorrales, los árboles de los primeros planos desfilando a gran velocidad ante el horizonte inmóvil, descubriendo por completo la cabeza, luego el busto del hombre en el asiento, que apareció de nuevo) luego oyó el grito de una mujer (pero no de la que estaba sentada junto al hombre), comprendiendo de pronto por qué el camarero había reducido la marcha, dejado de avanzar, advirtiéndole que tenía ahora el revólver en

la mano, incapaz de recordar en qué momento lo había sacado, inmovilizándose todo entonces durante un tiempo que le pareció muy largo y en el que recordó haber permanecido allí, asombrado de que hubiera llegado ya el momento, casi sorprendido, desorientado, no dudando sino atónito, paralizado, le pareció, no pensando: "No puedo matar a este hombre", sino: "No sé cómo hacerlo", esperando, sin ser capaz de hacer un movimiento, que el maitre, que sentía ahora muy cerca, a su espalda, le agarrara por detrás y le imposibilitara actuar, todo en un silencio que se había hecho completo, de modo, dijo, que en realidad eso solamente debió de producirse (ese largo momento durante el cual, manteniéndose entonces de pie a la derecha del tercer comensal y exactamente frente a aquel a quien debía matar, se encontró absolutamente incapacitado para hacer el menor gesto) en su espíritu, pues era poco verosímil que la mujer hubiera dejado de gritar (muy al contrario, e incluso, sin duda, otras lo hacían ahora con ella), al igual que tampoco el maitre debía de haber cejado en su persecución con el intento de dominarle (algo que hizo inmediatamente después), sólo para permitirle recuperar el ánimo, decidirse y transmitir la orden a su mano. Sin embargo, algo por el estilo debió de ocurrir, contó, porque entonces la mesa caía hacia él con un estruendo de vajilla rota y, frente a él, podía ver a aquel a quien debía matar, ya no sentado sino de pie, es decir, no por completo: erguido a medias (lo que significaba que, él, había tenido tiempo de hacer esto: ordenar a sus músculos, y los músculos el de obedecer, el de ejecutar -a menos que las piernas se hubieran puesto tensas por sí solas, se hubieran encargado bajo su propia responsabilidad de levantarlo, como si estuviera ya muerto, como en esos movimientos o contracciones reflejas que se producen cuando no existe ya cerebro ni voluntad alguna que decida y ordene-), los muslos chocando con el borde de la mesa, ésta cayendo hacia adelante pero el peso de su masa, la fuerza de la inercia, transmitiéndose por reacción, comunicando al cuerpo un impulso en sentido inverso, de modo que antes de haber logrado por completo ponerse de pie fue enviado hacia atrás, con el brazo derecho palpando tras de sí el respaldo del asiento para encontrar un apoyo, saltando entonces una vez tras otra el revólver de gran calibre, comenzando a dar una serie de golpes violentos en su propia mano, en la del italiano, comprendiendo entonces que estaba efectivamente haciendo lo que un instante antes creía (seguía creyendo, dijo, mientras aquel revólver saltaba y golpeaba al extremo de su brazo tendido, tirando -no él, añadió: su mano sola, no desde la cadera como en las películas de gánsters sino, como le habían recomendado, extendida hacia adelante, al máximo, apuntando cuidadosamente, con la solapa de la chaqueta algo por encima del punto de mira, que podía ver levantándose bruscamente a cada disparo-), haciendo, pues, lo que creyó no poder nunca llegar a hacer, lo que su mano y su ojo ejecutaban, pero no él... (pensando de nuevo el estudiante: "¿Pero por qué me cuenta todo eso?", mirando el rostro de modelo reducido como los que fabrican, dicen, esos indios, y

que conservan más allá de la muerte esa estática y muda expresión de martirizados, con la cabellera negra, encrespada, rígida, salvaje, intentando adivinar el cuerpo canijo bajo el mono de mecánico, escuchando la voz, como canija también, llena de esa convicción a la vez roja, encarnizada y quejosa, y él, el estudiante, pensando: "...pero ya no ahora. Al principio tal vez, simplemente para pasar el tiempo. Pero hace ya un rato que se ocupa de algo muy distinto, o que es algo muy distinto lo que le ocupa", preguntándose qué es lo que empuja a un hombre a contar ("O a contarse a sí mismo, pensó: la única diferencia es que ahora lo hace en voz alta"), es decir, a reconstituir, a reconstruir por medio de equivalentes verbales algo que ha hecho o visto, como si no pudiera admitir que lo que ha hecho o visto no haya dejado más huellas que un sueño, pensando: "A menos que sea lo contrario, a menos que espere que una vez contado, una vez formado con palabras, todo eso se ponga a existir por sí solo sin que tenga necesidad de soportarlo por más tiempo, es decir, de servir sólo, con sus magras fuerzas, su canija estructura de culi, de soporte; como si intentara arrancar, arrojar fuera de él esta violencia, esta cosa que ha hecho de él su domicilio, que le utiliza -por ello dice que era sólo su mano, su brazo, y no él- (como en esos juegos en que al perdedor le toca un naipe, una figura maldita o maléfica, que debe pasar a toda costa a otro antes de que le condene definitivamente), poseyéndole, consumiéndole...").

Ahora estaban ambos bajo la marquesina de la estación, y sólo cuatro automóviles alineados a lo largo de la acera, pero ningún taxi, y sin duda dos de más puesto que salvo otros dos viajeros con sombrero flexible, gabardina y cartera de cuero, con aire de representantes de comercio o de ministros, ellos habían sido casi los únicos que bajaron del tren bajo la inmensa cristalera negra, y el tren de extraños vagones de abeto, parduscos, detenido a lo largo de un andén desierto, y sin revisor tampoco -al menos no lo vio- para exigir los billetes, sino de nuevo dos de esos tipos desocupados y marchitos, seguramente armados también aunque eso no se viera (ningún bulto aparente bajo su ropa, ninguna funda sobaquera) y también manifiestamente dispuestos a (o más bien hechos para) utilizar lo que llevaban oculto en alguna parte como un hombre lo que lleva bajo la bragueta o una mujer bajo la falda (no los mismos que habían pasado una hora antes por el tren y sin embargo los mismos: los mismos rostros fatigados, hastiados y taciturnos, con esa especie de mirada apagada o mejor sucia, grisácea, que logra que antes incluso de que un tipo haya abierto la boca para decir la palabra "Policía" o "Seguridad" lo hayamos adivinado ya), y que no estaban allí para encargarse de los billetes, y aparentemente el italiano los conocía también: se detuvo, permaneció un instante hablando con ellos, no respondiendo a un interrogatorio o enseñando sus papeles, sino (actitud, tono de voz, gestos -mirándolos el estudiante detenido a pocos metros-) como gente que cruza algunas palabras acerca del tiempo cuando no hay

nada especial que decir o noticias cuando no hay nada nuevo, antes de separarse no con un apretón de manos sino con un vago gesto del brazo; y al volante de los coches que aguardaban (en cualquier caso de aquel en el que subieron tras intercambiar, el italiano y el chófer, el mismo gesto familiar, y nada más -es decir, ninguna dirección, ninguna indicación sobre el lugar adonde quería dirigirse-) no había conductores con gorra de visera de cuero, sino un tipo con la cabeza desnuda, en mangas de camisa (a menos que llevara también un mono de mecánico, o un chaquetón grisáceo sobre los hombros, pero no corbata) con un pañuelo o un fular (negro, o rojo y negro, o rojo) atado al cuello, bien apretado, como los pinches o los pañoleros, y ahora el gran coche corriendo por la avenida desierta (había dejado de llover; o tal incluso no había nunca llovido aquí; sin embargo, el italiano se lo preguntó al chófer, diciendo éste: "¡Sí, ya lo creo!", callándose de nuevo luego, bien porque no fuera de natural parlanchín, bien porque el italiano no pareciera esperar otro comentario, bien porque el chófer estuviera en ese momento ocupado por entero en conducir, inclinado sobre el volante del coche lanzado ahora a toda marcha), corriendo entre la doble hilera de palmeras inmóviles parecidas a pesados plumeros de bronce, toda la ciudad desierta y vacía bajo la orgía de luz de los globos eléctricos, como si hubiera sido fundida en un bloque (casas, palmeras, aceras, calzadas) en una especie de lava, de metal todavía ardiente, evaporada ya la lluvia nocturna, el suelo, parecía, humeando ligeramente como las laderas de esos volcanes por donde se arrastran ciertos vapores, ardiente el propio aire nocturno, la larga avenida flanqueada de palmeras sembrada de papeles sucios, de detritos, las dos hileras de palmeras y faroles alternados precipitándose y apartándose a cada lado del coche luego (dándose la vuelta el estudiante, mirando por la ventana trasera) huyendo, verticales, inmóviles y vertiginosos, achicándose a toda velocidad, tragados, aspirados a lo lejos al fondo de la asfixiante noche de bronce parecida a algún oscuro santuario, a una cripta inmensa y vacía donde luchaban contra las tinieblas perpetuas, fastuosas e inútiles iluminaciones a cuyo fulgor podía ver revolotear y posarse luego de nuevo una como estela de pájaros enloquecidos y tullidos, y en cierto momento uno de ellos (¿proclama, cartel?) surgió, se elevó de debajo de las ruedas traseras, cruzó casi en vertical la ventanilla, batiendo las alas, vehemente, arrugado, desarrugado, luego salvajemente arrugado de nuevo por una mano invisible y furiosa, desapareciendo hacia lo alto, reapareciendo luego (a un metro por detrás ahora), manteniéndose un momento a la misma distancia, suspendido, aspirado por la fuerza del vacío, como pegado a una pared de aire negro, las grandes letras mayúsculas claramente visibles:

VENCE

luego basculando en un remolino, desplomándose imperceptiblemente para remontar en seguida mientras que la misma invisible mano desplegándolo de nuevo por completo le hacía sufrir al mismo tiempo una semirrotación de modo que la palabra completa fuera legible durante una fracción de segundo, inclinada unos cuarenta y cinco grados:

## VENCEREMOS

antes de que un nuevo remolino se apoderara de él, retorciéndolo, arrastrándolo ahora violentamente hacia arriba sacudiéndolo de derecha a izquierda como una serpiente, convulso, sinuoso, muy arrugado luego, planeando luego un instante mientras se empequeñecía, parecía también hundirse ahora en las profundidades de la noche entre los demás detritos levantados, cayendo a derecha e izquierda en blandos planeos, derrumbándose. Luego oyó el chirrido de los neumáticos y volviendo bruscamente la cabeza hacia adelante vio algo hecho de piedra, de mármol y de metal entremezclados de modo complicado y que se les venía encima a la velocidad de una locomotora, mujeres desnudas, tritones, mascarones de proa, cornisas, todo mezclado: la cosa resbaló brutalmente hacia un lado, atravesando horizontalmente el parabrisas de derecha a izquierda, reapareciendo a través de las ventanillas de la izquierda, esperando el estudiante verlo correr y desaparecer por un lado mientras que, en cambio, podía distinguir claramente ahora el impasible rostro metálico de una sirena y un entablamento de piedra que seguían precipitándose hacia ellos, cada vez más grandes, siempre a la velocidad de una locomotora, desplazándose el coche siempre a gran velocidad, con la diferencia de que se propulsaba ahora como un cangrejo: no con el morro por delante sino con uno de sus flancos; el chirrido de los neumáticos desgarrándole entonces los oídos, luego algo duro golpeándole violentamente, no a la izquierda como esperaba, sino a la derecha, luego el cañón del fusil que se hundía en sus costillas y el frágil cuerpo del italiano que pesaba ahora casi una tonelada, aplastándole en un rincón del asiento, pesando él mismo también casi una tonelada, luego otra vez ligero, y ninguna presión ya por el lado del italiano, y terminado también el chirrido demencial de los neumáticos reemplazado por el ruido del motor funcionando al máximo, reinstalándose tranquilamente el italiano en el asiento, llevando de nuevo hacia él su fusil, la espalda del chófer siempre inclinada

sobre el volante como si lo besara, lanzando el estudiante una ojeada al italiano, esperando que dijera algo al chófer, pero nada, subiendo ahora el automóvil, de nuevo a toda marcha, por el paseo plantado de plátanos que bajaba hacia el puerto (de hecho no había reducido nunca la velocidad: simplemente había cambiado de dirección, de pronto, en ángulo recto, mientras las ruedas, que derrapaban vertiginosamente hacia un lado, seguían girando a toda marcha, con el motor embalado y el tipo agarrado al volante limitándose, apaciblemente, a esperar sin sacar el pie del acelerador pegado a la plancha que se decidiera a dejar de desplazarse lateralmente para dirigirse de nuevo hacia adelante), pensando el estudiante: "Pero eso, sin duda, forma parte del todo. También eso. Al igual que los hombres libres no pueden seguir barriendo por las calles la basura de los demás. Porque si no puede correr sin matarse a ciento veinte por hora en ese coche que no sabe conducir, no valdría la pena que arriesgara la piel para entrar en un garaje y requisarlo. Es necesario entonces que también eso sea posible. Todo. Incluso lo contrario a las leyes de la física elemental. Venceremos. Bueno", luego volviéndose de nuevo, viendo ahora alejarse a toda velocidad sobre su zócalo de figuras alegóricas de escamosas colas, de proas y de cascos, la alta columna de bronce coronada por el globo terráqueo, y ahora podía oír de nuevo la voz del italiano no abroncando al chófer, como había vagamente esperado, sino prosiguiendo su relato de cómo se había desembarazado de aquel maítre que probablemente doblaba su peso y que había conseguido agarrarle por detrás; la misma voz vehemente, convencida y quejumbrosa que aparentemente no había dejado de hacerse escuchar por él (el italiano) prosiguiendo sin duda en alguna parte, sola, durante todo el tiempo que habían pasado bajando del tren, discutiendo con los policías, subiendo en el coche, aplastándose casi contra el monumento, y que no comenzaba de nuevo ahora sino que, más bien, reaparecía en la superficie (no escuchándola ya el estudiante -pero aparentemente el italiano (o la voz) no se preocupaba por ello y proseguía- aunque no pudo evitar oírla, de modo que más tarde lo recordaría todo (imágenes y palabras) corriendo en cierto modo paralelamente, como en esas películas donde una voz invisible recita un texto no relacionado con la secuencia de las imágenes que desfilan:) en lo alto, solitario y casi invisible en la noche, el personaje de bronce erguido en su pedestal de mares y continentes (representados alegóricamente por las figuras de mármol o de bronce al pie del monumento y, por segunda vez, reducidas, en el mapamundi) hollados con el pie, parecidos a cómo se llaman esos santos, esos eremitas, estilitas o qué, que pasaban su vida meditando en lo alto de una columna, vestigio de un templo en ruinas en el desierto, mirando, él, incansablemente, esa desértica extensión, movable, enigmática, que había cruzado, tal como podía vérselo (con su barba de bronce, su corto abrigo, su tocado, su mirada de bronce) en las tapas coloreadas de las cajas de pegajosos frutos confitados y en los dentados sellos de formato alargado donde en camafeos de

distintos colores (10, 15, 20, 35 céntimos, sepia, verde, bermellón, pardo, lila) se representa la escena, el desembarco, la playa bordeada por una densa vegetación de palmeras y bananos de troncos inclinados y donde un grupo de salvajes de cuerpos desnudos y admirables (las mujeres con lisos cabellos en guedejas, senos gemelos, rostros virginales y griegos, pubis lampiños y abombados como el de las estatuas) hinca la rodilla a la vista de la pequeña cruz que él levanta en su mano derecha y señala con su índice izquierdo extendido (a menos que sea a la vista de los arcabuces, las lanzas y las desenvainadas espadas del grupo de soldados cubiertos de planchas de metal que se mantiene algo por detrás de él) mientras marineros arqueados contra el flanco de una chalupa terminan de sacarla del agua: el descubrimiento, el bautismo, la fundación de una ciudad, de centenares de ciudades con idénticas avenidas de palmeras domesticadas, con idénticas noches de sudadero, con idénticas y fatídicas columnas brotando en el centro de un amontonamiento de figuras alegóricas y coronadas por el mismo aventurero de bronce ya verdoso cubierto de excrementos de palomas acumulados en costras blanquecinas:

Santa Cruz de Guanafusto

Santa Cruz de Cayamarca

Santa Cruz de Chapada

Santa Cruz de Madeira

Santa Cruz de Palma

Santa Cruz de la Sierra

Santa Cruz de la Zaraza

Santa Cruz de las Filipinas

Santa Cruz de Mudela

Santa Cruz de Napo

Santa Cruz de Tenerife

Santa Cruz de Río Pardo

## Santa Cruz de las Dos Bocas

derramando en uno y otro lado de un océano (luego a través de todo un continente, luego a través de un segundo océano) esta civilización (este sello, esta marca) de la cruz reconocible al primer golpe de vista en las mismas y monumentales iglesias de pastelería, en los mismos cielos incandescentes, en los mismos estibadores famélicos, en las mismas omnipresentes y tenaces fetideces de melón podrido, de pescado frito, de algarrobas amontonadas en los muelles, de aceite rancio, en los chillones y obsesivos rótulos ("Lavajes - Inyecciones") de dispensarios para enfermedades venéreas; la toca emplumada o la cabellera de bronce (a veces se le representa con la cabeza desnuda, con la larga cabellera de profeta cayendo hasta sus hombros) sirviendo de percha a la fatídica paloma (la propia columna constituyendo, por así decirlo, el eje de la infatigable y estremecida ronda, del permanente torbellino de alas suspendido en el aire húmedo, dibujando un a modo de invisible cono invertido, con el vértice hacia abajo): una paloma, el pájaro, el espíritu posado entre un estremecimiento de plumas y de fuego como un signo, como para designarlo, enviarlo, insuflándole el don de la temeridad y de mil lenguas desconocidas parecidas al parloteo de los pájaros multicolores ocultos en las vastas selvas, a descubrir tierras invioladas para traer por rapiña, persuasión o violencia, el oro, las especias, las almas y la sífilis la voz monocorde, ultrajada y tenaz contando en el mismo instante lo que había ocurrido tras el asesinato (es decir, que ahora había llegado ahí -bien porque el estudiante hubiera dejado completamente durante un momento de percibirla, bien porque durante el tiempo en que había callado el italiano (es decir, su espíritu, su memoria) hubiese continuado el relato para él solo, o bien por último porque su espíritu o su memoria hubieran saltado sin transición -como la flecha-de una posición a la otra, de modo que faltaba un eslabón intermedio-), estando, pues, ahora en el momento en que habiéndose desembarazado del maitre (no dijo cómo), todo cuando veía (mientras llegaban a sus tímpanos ensordecidos por las detonaciones ("Como si aquel maldito revólver siguiera tirando, dijo. ¡Nunca hubiera creído que aquello hiciera tanto estruendo!") los gritos de las mujeres enloquecidas) no era la puerta, la salida, sino de nuevo el biombo de tablas de madera clara y barnizada que se interponía entre ella y él con, por añadidura, el obstáculo suplementario del camarero (es decir, la mancha blanca de su chaqueta) que, sin duda mientras tiraba, había corrido para ayudar al maitre y se hallaba ahora de nuevo inmóvil (probablemente como el instante antes, a la vista del revólver) tras la silla del tercer comensal, es decir, de pleno ante el italiano (que, tras haber disparado, había ejecutado un cuarto de vuelta hacia la izquierda) y en medio del paso, de modo que el único recurso que quedaba era lanzarse no ya en línea recta hacia el biombo, sino hacia el espacio todavía libre, entre el camarero y la mesa de servicio. pero él, el estudiante, no

escuchándole, pudiendo ver o mejor pudiendo leer, le parecía, como si la tuviera bajo los ojos (el pesado diccionario de tapas verdes abierto sobre las rodillas, las columnas de minúsculos caracteres interrumpidas por figuritas (peces, tablas de botánica, máquinas, retratos de grandes hombres, serpientes, parejas de campesinos con trajes nacionales), la intercambiable noticia: "Ciudad marítima en la provincia del mismo nombre. A su alrededor un circo de montañas áridas rodea la ciudad, donde el calor es muy fuerte. Las casas de Santa Cruz, dispuestas en grupos regulares, están bien construidas; unas son anchas y están perfectamente cuidadas, y otras fueron antaño auténticos palacios, pero hoy están en ruinas. Algunos jardines y avenidas con palmeras, que reemplazan a las antiguas murallas (rondas), proporcionan un poco de sombra a los paseantes. El puerto es una rada bastante buena, muy frecuentada. Junto al muelle se halla la plaza de la Constitución, enteramente enlosada y en la que se levanta una columna coronada por la estatua del célebre navegante rodeada de leones y figuras alegóricas. Tráfico del puerto: agrios, vinos, aceite de oliva, sulfato de hierro, azufre, lignito. Industrias: fundiciones, fabricación de cuchillos, de puñales, de telas y de cables muy reputados..." y en ese momento la vio, es decir, lo que de noche podía verse de ella, de noche y a la luz de los faroles, tras el furioso desfile de los troncos de los plátanos: una aparición, un instante tan furiosamente aparecida como arrastrada hacia la nada; algo trabajado, paradójico, fútil: el muro ciego y precioso de piedras talladas en punta de diamante, las dos hornacinas simétricas de los santos decapitados, el portal enmarcado por columnas salomónicas, abierto de par en par, y que había vomitado (y, más que un portal de iglesia, las propias fauces del infierno) fuego y humo, es decir, ahora una alta huella negra, como la lengua de algún monstruo voraz, ahíto y carbonoso, pero aquello había ya desaparecido, el estudiante pensando: "Ya. Numerosas epidemias de fiebre. Religiones: Catol. rom. (frenéticos), ateos (frenéticos), cine americano, bombas. Otras industrias: burdeles, polvo, mala cerveza. Principales distracciones: procesiones de Semana Santa, fútbol, incendio de conventos, combates de animales, ejecuciones capitales..." la voz del italiano en alguna parte explicando que cuando vio al segundo camarero, éste con los brazos abiertos y manteniéndose a la izquierda del biombo (en la parte donde éste se retorció en S y por donde él había entrado un instante antes (pero, dijo, habían ocurrido tantas cosas que tal vez hacía ya una hora), dudó una fracción de segundo: habría podido abatirlo (sólo había tenido tiempo antes de vérselas con el maitre de disparar cuatro balas), pero dijo que no quería servirse de su revólver contra un camarero, aunque fuera idiota, de modo que sólo le quedaba la azarosa elección de derribarlo con el cañón de su arma o de empujarle esperando contra toda razón que tendría con él tanta suerte como con el maitre, es decir, que ochenta kilos de carne mercenaria y bien nutrida cuyo trabajo esencial consistía en expulsar vagabundos y tender la mano para recibir propinas se dejarían apartar por un cuerpo del peso y

aproximadamente la talla del de un niño de catorce años, prosiguiendo, pues, en su recta trayectoria hacia él hasta que descubrió (tal vez recorrió así un metro, o sólo medio metro, o todavía menos, pues todo iba a la vez muy rápida y muy lentamente) aquello en lo que ni el camarero ni él habían pensado (el camarero sin duda por respeto a un estado de cosas establecido, él, dijo, por pura y simple imbecilidad), es decir, que el biombo sólo constituía en resumidas cuentas un obstáculo frágil, irrisorio, contra el que, en vez de proseguir hacia el sirviente, se arrojó con todas sus fuerzas, el brazo doblado a medias hacia adelante, arrojando hacia la izquierda, sobre el camarero, el biombo, que cayó por completo, derrumbándose con un estruendo de tablas rotas y, para él, en la especie de universo aparte, lejano, y por así decirlo separado de la realidad en que se movía, la cosa no hizo, dijo, más ruido que el contenido de una caja de cerillas cuando cae; el estudiante oyéndole (no escuchándole: oyéndole) contar todo eso, sentado en la oscuridad junto a él en el asiento de ese coche conducido por ese chófer loco siempre perfectamente inmóvil (como si la inmovilidad, una desdeñosa impasibilidad, fuera en cierto modo el complemento, una componente paradójica y obligatoria de la velocidad, de modo que le parecía ver, después de que el coche se hubiera hecho polvo como no podía dejar de suceder de un momento a otro, sus tres cuerpos o mejor los fantasmas de sus tres cuerpos proseguir apaciblemente, despreocupados, indiferentes y sentados sobre nada, lanzados sin fin a espantosa velocidad por la calle desierta e iluminada abandonando tras de sí el montón de planchas destrozadas y sus desgarradas carcasas) y del que emanaba, como si hubieran sido conducidos por la propia muerte, alguna cosa intratable y cadavérica, con el perfil de su mejilla descarnada, el cuello descarnado y desnudo rodeado por el pañuelo anudado, la cabellera calamistrada y negra de bailarín mundano cuidadosamente peinada como la de esos difuntos en quienes se ha practicado ya el arreglo fúnebre y que nada podrá ya despeinar, la raya bien hecha al lado izquierdo, los cabellos alisados, ni uno solo en desorden, levantándose en una onda a la derecha y echados luego hacia atrás como un casco fúnebre sobre el que se deslizaban a toda velocidad los reflejos de las luces.

Luego vio otra: también metódica, también cuidadosamente (¿pero cómo decirlo?) desinfectada, puesto que, pensó, debía de ser algo así lo que imaginaban hacer pegándoles fuego, la pared por encima del portal ennegrecida del mismo modo unos tres metros de altura y otros tantos de ancho, como si de una sola vaharada hubiera salido la oscura, breve y pestilente nube de humo que oculta tradicionalmente en los polvorientos escenarios de ópera la desaparición de Mefisto y que se habría llevado con ella la especie toda de los diáconos, los canónigos y los capilleros volatilizados con un ligero crepitar de cirios consumidos, ellos, sus ropas de mujer, sus rostros amarillentos, sus blandas carnes y su cerúlea grasa de eunucos;

dejando ver ahora la ciudad, a medida que se acercaban al centro, de plaza en plaza, huellas de lo que había sido no una batalla (puesto que, a la inversa de una ciudad atacada, conquistada en una acción guerrera en la cual, entonces, son los arrabales, los barrios periféricos los más afectados, los destrozos -fachadas acribilladas por la metralla, iglesias incendiadas, tiendas pilladas, cristales estrellados por las balas- se hallaban por el contrario en mayor número en su propio corazón), no una conquista pues, una violación (puesto que no había sido víctima de una intrusión, asaltada desde el exterior), sino como desgarrada por algo que había salido o que ella había arrancado, expulsado de sí misma, mejor (sangre y basura) como una especie de parto, o tal vez de aborto, cuyos efectos se repartían de un modo por así decirlo centrífugo, como la metralla de una bomba se dispersa y se enrarece a su alrededor y a partir de su punto de explosión. "De modo, pensó, que no puede afirmarse exactamente que la hayan tomado, sino más bien que se ha ensangrentado a sí misma, embadurnado de rojo, como algo secretado por sus entrañas y que..." Luego se dio cuenta de lo que, con la indiscreta perseverancia (la insistencia, la humildad, la paciencia, la tozudez, la violencia, la exigencia) de los pobres, le solicitaba, como un mendigo del que se adquiere de pronto conciencia de que os sigue salmodiando desde hace ya bastante tiempo, o alguien que hubiera llamado a una puerta, solicitando entrar, con la obstinación, la indeseable pasividad y certidumbre del éxito final que poseen los niños que reclaman un caramelo o los gatos al acecho; y entonces surgió allí, se materializó violentamente en forma de una de esas imágenes groseramente dibujadas y coloreadas que ilustran las cubiertas sensacionalistas de las revistas baratas (la explosión en la mina, la caída del fontanero, el escafandrista habiéndose las con el pulpo gigante), la escena plantada por uno de esos dibujantes especializados en sucesos, la inmovilización, la perpetuación del tumulto, los rostros deformados por el espanto, el estupor o la cólera, y que lo había representado, en el centro, huyendo, con la cara y la cabeza de zulu en primer plano, de frente, sobre su elegante vestido prestado cuya chaqueta volaba en desorden, en el momento en que estaba a punto de introducirse en la puerta giratoria, en posición de desequilibrio, traducida por una exagerada perspectiva, es decir, con la cabeza y la parte alta del cuerpo muy grandes, el busto inclinado hacia adelante y debajo, o mejor hacia atrás, una de sus piernas en extensión empujando el suelo, la otra doblada a medias (como un corredor que acaba de tomar la salida de los cien metros), el dibujante, para dar la impresión de velocidad, habiendo representado la corbata (la que maternalmente había anudado la mujer de su amigo) azotando el aire en una línea serpentina hacia un lado y por encima de su hombro, de modo que por un sabio efecto de perspectiva iba a inscribirse, en segundo plano, en el espacio así delimitado, la mesa con los vasos y las botellas volcadas, el mantel manchado de vino (¿o de sangre?), la misma tinta roja de imprenta había servido uniformemente para colorear la moqueta, las rayas

de la corbata, el molesquín de los asientos, las manchas en el mantel y la que el dibujante había representado en la espalda (entre las paletillas) del comensal cuyo busto estaba ahora derrumbado sobre la mesa como esos títeres de guiñol, con la cabeza y los brazos pendiendo por encima del borde del escenario, con la nariz entre la volcada vajilla y los cubiertos, de modo que ahora podía verse su coronilla ligeramente desguarnecida por una tonsura que los cabellos ya no disimulaban, la joven a su lado con la boca abierta en un grito (por comodidad o por efectismo, el dibujante había suprimido el tercer comensal, cuya espalda habría ocultado una parte del espectáculo), la parte alta del cuerpo ligeramente inclinada, como apartándose del muerto con un invencible horror, las cejas casi juntas en acento circunflejo para representar la pena, el dolor, el espanto, pensando el estudiante: "Pero no era eso.

Es decir, no era visible. Es decir, lo que realmente ocurría no era visible, era imposible representarlo en un dibujo o incluso en una fotografía aun admitiendo que un fotógrafo de prensa hubiera tenido la suerte de hallarse allí...", mientras la voz miserable y, por así decirlo, enclenque también continuaba en la oscuridad del coche contando cómo había franqueado de nuevo la puerta giratoria, empujado al groom, corrido luego por la calle entre los viandantes que le miraban curiosamente, sólo con esa ligera y hosca reprobación de la gente hacia quien perturba el orden habitual de las cosas; en la misma acera del restaurante había un teatro y recordaba haber visto (mientras acechaba tras los cristales, antes de entrar -eran entonces algo más de las nueve-) detenerse un taxi, dejar a gente que llegaba con retraso: un hombre bajó, ayudó luego a bajar a dos mujeres con abrigo de pieles que él, el italiano, vio sin verlas realmente, como ocurre siempre cuando el espíritu está ocupado en algo distinto, advirtiéndolo sólo (tal vez porque temblaba de frío, o tal vez también porque la cosa es bastante rara en París) que el hombre llevaba una pelliza, luego, en el momento en que se decidía, avanzaba hacia la puerta, esta postrera visión: las dos mujeres de pie en la acera, iluminadas lateralmente por las luces de la entrada del teatro, parecidas (con los acanalados pliegues de sus largos vestidos) a dos columnas, y el hombre inclinándose hacia la portezuela para pagar al chófer; luego salieron de su campo visual, borrándose al mismo tiempo de su retina y de su conciencia, reemplazados por su propia imagen luchando contra sí mismo, intentando rechazarle en la fricción del aire de la puerta giratoria (intentando el estudiante imaginarlo: no imaginarlo a él arqueado contra su reflejo en una puerta giratoria, sino imaginar ese umbral, ese momento, esa ínfima película, esa invisible laminilla de tiempo que aislaba dos universos (no la calle y una sala de restaurante, sino el mundo familiar, la noche familiar y maternal, acebrada por el neón y los anuncios para cretinos, y el del riesgo, del peligro, de la violencia) y a través de la cual se lanzaba ahora, como si penetrara en el restaurante no ya (como

su cuerpo hacía) por un paso dispuesto a este efecto sino, en cierto modo, por fractura, como si hubiera saltado a través de los cristales con un estruendo de vidrios rotos, rompiendo algo como lo que separa el aire del agua (de ahí procedía sin duda, para él, esta impresión de silencio, de ensordecimiento, presionados sus tímpanos por el tumulto de la sangre tras del que, desde muy lejos, le llegaban los ruidos), constituido el interior del restaurante no como nuestro universo ordinario de vacío poblado aquí y allá por objetos, muebles, seres humanos, sino por una especie de idéntica y única clara materia amarillenta suavemente luminosa englobando vagos nódulos rojos (los asientos), blancos (los manteles) y negros (los vestidos), espesa, resistente y donde iba a verse condenado a moverse por fuerza (de ahí tal vez también, para él, esa impresión de cámara lenta, como en los sueños, como un escafandrista o un submarinista cuyos movimientos se ven frenados por la resistencia del agua), como si no fueran el maitre o los camareros quienes intentaran oponérsele sino a partir de ahora, y para siempre, el propio aire asustado, convertido en plomo por el inmemorial horror, la inmemorial maldición que petrificó el mundo en el instante del primer crimen); luego (ahora acababa de brotar como una bala de cañón por la puerta, patinaba por la acera para recuperar el equilibrio, con los brazos batiendo el aire, chaplinesco, cómico y aterrador, antes de girar en ángulo recto) el mismo taxi, detenido en el mismo lugar, y el hombre con cuello de pieles irguiéndose, con la pelliza abierta, devolviendo con una mano el cambio a su bolsillo, inmovilizándose así, mirándole, ligeramente incrédulo, atento, mientras él se acercaba corriendo hacia el hombre: pasó muy cerca, ambos mirándose, sus miradas cruzándose una fracción de segundo, el italiano pensando: "¿Y las mujeres...? No es posible. No es el mismo...", y, mientras sus piernas continuaban moviéndose frenéticamente bajo él, buscándolas con esa mirada enloquecida, aterrorizada ahora por una nueva revelación, un nuevo vértigo, y entonces las vio: apenas al presente al otro lado de la puerta vidriera del teatro, de pie junto al portero, de nuevo inmóviles, semejantes con sus rostros que no tuvo tiempo de ver y, en consecuencia, iguales en su recuerdo a esas cabezas de piedra o de mármol mutiladas, con sus largos vestidos acanalados, a columnas, cariátides, dos estatuas de divinidades serenas, intemporales y sibilinas, y también eso desapareció, su cuerpo (sus piernas, su corazón, sus pulmones) prosiguiendo su carrera sin él, por así decirlo (como si les hubiera dado la orden y se hubiera desinteresado luego, como esos fieles servidores capaces de proseguir un trabajo hasta el total agotamiento sólo porque el dueño ha olvidado ordenarles que se detengan), mientras su espíritu perfectamente tranquilo, inmóvil, estaba tomando conciencia de eso: todo lo que acababa de ocurrir desde que había empujado la puerta giratoria (esa enorme sucesión, o mejor masa, o mejor magma, o mejor maelstróm de sensaciones, de visiones, de ruidos, de sentimientos y de impulsos contrarios apretujándose, empujándose, mezclándose, superponiéndose, imposible

de controlar y de definir y que había rodeado con, por así decirlo, toda la pompa, el fasto y la abundancia necesarios la muerte de un hombre) no tenía en realidad más duración, o no había llenado más tiempo que el necesario para mirar la cantidad inscrita en un taxímetro, desabrochar una pelliza, sacar billetes de un bolsillo, aguardar a que el chófer hubiera abierto su portamonedas, contado, tendido una, y erguirse embolsando las otras. Bruscamente se calló, callándose también el estudiante, mirando siempre más allá de la espalda cadavérica del chófer casas, árboles y esquinas que surgían de las tinieblas iluminadas y desiertas, se avalanzaban hacia ellos en una inagotable carga como si se arrancaran violentamente de la oscuridad, de su inmemorial inmovilidad de cosas, para participar también en ese universo de violencia, de crimen, y al cabo de un momento el silencio que ahora se había hecho en el interior del coche despertándole, por así decirlo, y entonces volviendo la cabeza, contemplando al italiano (es decir, las fugitivas apariciones: extraído por breves instantes de las tinieblas por el paso de las luces que le esculpían, lívido, mal parido (con su rostro apergaminado, la bola de sus cabellos indómitos), espantosamente miserable, espantosamente triste, él, que parecía no haber tenido nunca madre, haber sido engendrado no por una mujer sino (al mismo tiempo que el fusil, las armas de fuego y los explosivos, y como su indispensable complemento) por la desesperación, la humillación y la cólera), y a cada una de las brutales invasiones de luz podía verlo, modosamente sentado en aquel asiento, con las manos puestas a uno y otro lado de su cuerpo, planas sobre el asiento, los brazos como obenques destinados a sostener su busto débil y miserable, el fusil, que tras el giro que les había precipitado a ambos, a él y su arma, contra el estudiante, había recuperado, colocado ahora entre sus piernas separadas, con la culata apoyada en el reborde del asiento de modo que el americano...

### III LOS FUNERALES DE PATROCLO

...LA culata apoyada en el reborde del asiento, de modo que el americano (ahora -era tres días más tarde- se encontraban en la habitación, o mejor en lo que había sido una habitación del palacio y el italiano estaba sentado (como si lo hubieran transportado allí directamente desde el tenebroso fondo del coche) en ese burlesco canapé de burdel, exactamente en la misma postura, como una especie de animal disecado, exótico, ridículo, peligroso y lamentable instalado en un camarín de portero sobre un cojín de paño moribundo y suave), de modo, pues, que el americano dijo mirándole (tal vez simplemente para romper el silencio, o disimular, en cualquier caso no dirigiéndose hacia él, pues era algo que debía ya de haberle advertido veinte veces):

"¡Un día ese fusil se disparará sólo y te levantarás la tapa de los sesos!", mascullando entre dientes que antes de dar armas a cierta gente tal vez sería mejor comenzar por enseñarle a utilizarlas, y antes de enseñarle a utilizarlas mejor enseñarle simplemente ya cómo cogerlas, gracias a lo cual tal vez los hospitales tendrían tiempo para cuidar a quienes realmente hubieran recibido una bala que les estuviera destinada, todas las miradas (el maestro de escuela siempre inmóvil tras su mesa en la posición que había recuperado en seguida tras haber abrochado de nuevo su chaqueta, el calvo con uniforme de policía o de soldado y el estudiante) volviéndose a un tiempo hacia el italiano entronizado en el canapé de obispo, con los ojos fijos en el fusil cuya culata grasienta había marcado el reborde del asiento (la seda rosácea y deshilachada contra la que se apoyaba directamente) con un cerco aceitoso, gris amarillento, que, aunque la lenta progresión lo hiciera imperceptible a la mirada, iba ampliándose, creciendo, como chupado por un secante, el italiano sin moverse, murmurando a su vez algo que también había sin duda respondido veinte veces sin que ni el americano ni él hubieran jamás escuchado, no sólo lo que el otro decía, sino las palabras pronunciadas por sus propios labios, porque la última cosa que a uno y otro les preocupaba era el riesgo o la eventualidad de la muerte, y menos aún las frases que pudieran decirse sobre ellos. Y, algo más tarde, sólo el fusil, solo, la mancha sobre el suave y suntuoso tejido desgastado hasta la trama (en algunos lugares no quedaba ya sino un arácnico escalonamiento de hilos rosáceos) por las dulces y venales nalgas de generaciones de putas ofreciendo su carne empolvada entre los dorados episcopales y los brocados; la mancha, pues,

aumentando más aún, aproximadamente ahora del tamaño de una moneda de cinco francos, pero nadie para verla, por completo obstruida la ventana -o mejor la cristalera- que daba al balcón por sus unidas espaldas: lo que ahora miraban, a la izquierda y cuatro pisos más abajo, era algo todavía indistinto, confuso y oscuro que llenaba de cabo a rabo la avenida y en medio, o mejor encima, de lo cual no avanzaba sino que parecía oscilar, inmóvil y temblequeante, una especie de pirámide negra, plateada y roja. Más tarde lo distinguirían: primero la banda, la música uniformada, luego un vacío, luego los cuatro caballos con negros capuchones y negros ellos mismos de pelaje, de ojos negros y húmedos inyectados de púrpura, las largas pestañas negras brotando en medio del círculo rodeado por un galón de plata practicado en el capuchón que les cubría la cabeza, y el coche fúnebre (o mejor, dados su tamaño, su altura: el catafalco) mismo, y durante un instante sólo eso: las dieciséis patas finas y negras piafando, el crepitar de las dieciséis pezuñas sobre el adoquinado y el lento, solemne y lúgubre chirriar de las ruedas en el silencio. Pero por el momento el catafalco. parecía bogar sin objetivo, o mejor planear, escapando a la gravedad, opulento, tenebroso y burlesco, por encima de las cabezas, a la manera de esos racimos que, en las fiestas, los vendedores de globos mantienen sujetos a una percha, de modo que la muchedumbre parecía agarrarse a él, no para sostenerlo, llevarlo a hombros como primero había parecido, sino para impedir que emprendiera el vuelo, como si temieran ver el conjunto (las negras plumas de avestruz, los sangrientos ramos de flores, el cochero y los cuatro caballos del apocalipsis) elevarse hacia el cielo en una apoteosis fúnebre y mágica, planear un momento por encima de la ciudad, achicándose (no llevado por sus rocines piafantes, galopadores y empenachados, sino carro y tiro por completo detenidos, inmóviles, risibles e irrisorios, como uno de esos juguetes infantiles), y desaparecer. Y, al igual que parecían no avanzar (lo que, era preciso admitirlo, resultaba sólo una pasajera ilusión óptica, puesto que todavía un poco antes la avenida estaba vacía), tampoco podía imaginarse adonde, ni cuándo, ni hacia qué lo llevaban quienes componían la muchedumbre, ni siquiera si habían jamás tenido el designio, formado el proyecto de llevarlo a un lugar cualquiera, pues parecía inconcebible que fuese a uno de esos cementerios de los suburbios polvorientos y sudorosos que rodeaban la ciudad (el mismo suburbio tal vez donde lo habían encontrado dos días antes, de madrugada: no uno de esos cuerpos con los pies sucios calzados con alpargatas, tendidos al pie de un muro de fábrica o granja y que parecen dormir allí, a la sombra moteada de los plátanos, apacible, tan indiferentes a las manchas de sol que trepan hacia sus ojos como a los enjambres de moscas, hasta que acercándose uno advierte que están alineados como para ser contados, con espantosa inmovilidad, y embadurnados de sangre seca; sino en pijama (o tal vez con su uniforme de comandante), y limpiamente derribado de un solo, o como máximo dos disparos en la espalda o la nuca como

alguien a quien se ha invitado cortésmente a bajar de un coche para estirar las piernas, restallando entonces las dos detonaciones en la noche, luego una tercera (la portezuela del coche cerrándose), luego el decreciente rugido del motor, y luego sólo ya el indiferente y monótono chirriar de los grillos bajo las indiferentes estrellas), inconcebible, pues, que estuvieran caminando hacia uno de esos cementerios suburbanos, donde lo depositarían bajo una urna o una estela -no una cruz-, algunos jarros con polvorientos crisantemos y, oxidándose lentamente, desprendiéndose una tras otra, cayendo con un débil tintineo de chatarra sobre la tierra árida que parece deglutirlas en seguida (porque nunca se ven en el suelo), las letras doradas de las quejumbrosas inscripciones corriendo entre las flores de perlas malva, como asqueadas por su énfasis de chatarra, proponiendo por fin sólo al visitante un enigmático esqueleto de lenguaje al que todavía se adhiere, en ciertos lugares, la carne endurecida de jirones de vocales y jirones de diptongos; y era posible preguntarse si su intención, consciente o no, no sería más bien pasearlo solemnemente e incesantemente hasta que comenzara a heder demasiado), agarrados a él y reteniéndolo para impedir que se elevara por los aires, siguiendo un itinerario interminable y complicado, trazado en la cuadrícula de las largas avenidas. Desde donde se hallaban (en ese momento en todo caso), ellos (los cinco hombres apretujados en el balcón; y a la derecha, y a la izquierda, y por debajo y por encima de ellos, y enfrente, en todos los balcones de los demás edificios, el mismo racimo blanco (la mayoría iba en mangas de camisa) de bustos aglutinados, inclinados silenciosos hacia adelante) no podían leer todavía lo que estaba escrito en la pancarta; también ésta parecía flotar un poco más atrás que el coche mortuario y ligeramente echada a un lado, arrastrada al albur de los remolinos, retorciéndose, extendiéndose, cayendo, levantándose de nuevo, frágil e inconsistente como las palabras que sin duda estaban trazadas encima sin mayor espesor ni peso que el de la franja de estameña, como si estuvieran escritas en el mismo aire: proclama, o amenaza, o protesta que, como esas palabras que escapan en líneas serpentinadas de la boca de los personajes de los tebeos, ondulaba débilmente, inarticulada y protoplásmica (desde aquí, los dos palos que, en ambos extremos, la mantenían desplegada, aproximándose, separándose, levantándose según la marcha de los portadores, eran aún invisibles) como un cadáver blanquecino, desapaciguado y desapaciguable, el fantasma mismo, amenazador y burlado, de un grito, de la revuelta y de la indignación. En cambio, violentas y declamatorias aun a lo lejos, podían ver las banderas. No el estandarte, el emblema rígido y pesado con mástil de ébano que exige guantes blancos y piquete armado avanzando, rígido y con paso cadencioso, como recortado (guardia y bandera) en zinc pintado, sino simples retales de trapo clavados en simples pedazos de madera, y todo lo contrario de la rigidez, del hieratismo: palpitan, se entremezclaban, se entrecruzaban, se inclinaban, volvían a levantarse, como si fueran demasiado pesadas para quienes

las blandían, como una bandada de pájaros heridos, un impotente batir de alas sobre las cabezas confundidas, como si de la masa indistinta y muda que llenaba la calle de un extremo a otro emergieran, a guisa de rudimentarias señales, exhibidas a falta de algo mejor, expresando menos una voluntad, un impulso, que (al modo de un irrisorio jirón de trapo frenéticamente agitado por el guardabarreras de pie, con las piernas separadas, incommovible, indesarraigable, desesperadamente confiado en la virtud, el oculto poder de un harapo de tela roja, hasta que la monstruosa máquina que se abalanzaba hacia él con un estruendo catastrófico acabe deteniéndose, expirante, jadeante, con los topes de acero rozando su débil pecho, la terrorífica anatomía de hierro exhalando un postrer y largo suspiro) la angustia. Y una cosa más. No sólo la ausencia de guantes blancos, de forrajeras, del trío de suboficiales canosos y enmedallados: el clima, el aire, la latitud. Algo que se medía (se había medido siempre) en grados, paralelos, columna de mercurio, y que excluía por decirlo así orgánicamente la tradicional alianza (o cohabitación, o tolerancia), de los tradicionales tres colores, indelebles, pimpantes y desinfectados (sin duda porque también sirven de emblema a los lavaderos) que restallan contra el fondo de verdes y opulentas frondas, de praderas o de verdes océanos: el azul, el rojo, el blanco, cada uno de ellos de origen único, absoluto, voraz e incluso feroz, pero que, a uno y otro lado de fríos mares y a través de largas sucesiones de avatares (enfrentamientos, concilios, filósofos, reinas decapitadas, razzias, imprentas clandestinas, abogados, excomuniones, cartas, asesinatos, reformas, profanaciones, cuartelazos, libelos, tratados, sanciones, Comunas y cámaras de comercio) se vieron de buen o mal grado obligados a firmar en cierto modo un armisticio, un protocolo, un gentleman's agreement, un modus vivendi, aceptado y respetado de buena o mala gana (y si no un equilibrio, al menos un reconocimiento, y si no una realidad, en cualquier caso la intención, la apariencia (lo que ya es un principio), el aproximadamente, incluso cuando notan en la fachada de sociedades anónimas, incluso cuando las naciones y los pueblos que los han elegido los hacen pasear y custodiar por las fatídicas trinidades de sargentos bruñidos, enjaezados como jumentos y analfabetos). Aquí las banderas eran de un solo color, dos como máximo (y entonces no una cohabitación, un armisticio, sino algo semejante a un natural parentesco, una consanguinidad: el luto, la muerte, la sangre, el oro, herencias de un blasón trazado por un rey bárbaro y bromista mojando la noche de una batalla cuatro dedos desenvueltos en la herida de un barón moribundo y secándoselos en su escudo, un barón que jamás había imaginado para sus armas otro metal que el oro, para su divisa otra palabra que orgullo, para su ley otra regla que la fuerza y que, como su rey, no poseía más tierras que amarillas extensiones calcáreas, polvorientas, incandescentes y estériles); el americano (su cabeza dominaba a los otros cuatro, no se mantenía apoyado contra la balaustrada -hubiera sido preciso que se doblara en dos- sino de pie, negligentemente, con el cuerpo ligeramente

arqueado, llegándole apenas a lo alto de los muslos el barandal de la balaustrada) diciendo que eran aún demasiadas banderas, demasiados colores distintos, que eso no le gustaba: demasiadas plañideras tras el ataúd; como en Shakespeare, cuando el joven heredero del trono, el niño-rey de cabellos cortados en flequillo, ha sido degollado pese a los enloquecidos ladridos del pequeño pachón al oír acercarse los pasos de los asesinos, y cuyos siete tíos, que habían jurado ante Dios, los Óleos Sagrados y todas las santas capas y los santos sayos protegerle y velar por él, juran de nuevo todos juntos vengar a la víctima y castigar al cobarde culpable (la serpiente, el reptil), invocando sobre su cabeza todas las maldiciones del cielo y de la tierra, con las siete diestras unidas en un indefectible nudo para sellar la nueva y santa alianza, con los siete pares de ojos mirándose de reojo y las siete manos izquierdas prudentemente puestas a la espalda en las empuñaduras artísticamente trabajadas de siete puñales italianos. "Y, naturalmente, entre ellos está el buen tío y el malo, pero ¿quién es el bueno aquí?", el tipo que se llamaba Alonso levantando imperceptiblemente la cabeza, mirándole un instante (con el rostro no vuelto por completo hacia él, con el rabillo del ojo, con el aspecto no tan indignado o escandalizado como sorprendido, alertado, y no tan sospechoso o amenazador como reflexivo, preocupado), diciendo por fin (la configuración sonora de la palabra compuesta sobre todo por dentales haciendo que hablara casi sin necesidad de abrir la boca, de modo que ningún rasgo del rostro se movía) suave pero firmemente, e incluso pacientemente, como se riñe a un niño, pero inflexiblemente:

"Nosotros". Nosotros. Pero el americano no se movió, al igual que no había parpadeado bajo la mirada que le examinaba, prosiguiendo su contemplación, cuatro pisos más abajo, de la lenta e irresistible marea que, aunque seguía pareciendo inmóvil, se había aproximado, puesto que ahora podía leerse lo que estaba escrito en la pancarta, y eso significaba que también ésta se había acercado, aunque no lo pareciera cuando uno la miraba, prosiguiendo sólo su ondear con débiles y viscerales convulsiones: lo cierto es que cada una de sus letras era visible -nunca todas a la vez, pero reapareciendo con bastante frecuencia como para que el espíritu captara por completo la inscripción, si es que era necesario (aun para los campesinos y los obreros casi analfabetos que componían la mayor parte de la muchedumbre) deletrearla palabra a palabra tras haber leído la primera y la última (las dos que con más frecuencia eran visibles por estar más cerca de los mástiles, es decir, en el lugar donde la estameña era constantemente mantenida en un plano casi vertical mientras el centro de la franja se doblaba, se estriaba en pliegues, o a veces era devuelta con un movimiento de torsión (como una cinta) a la horizontal)-; de hecho era la misma interrogación (o la misma acusación implícita) ya repetida como un leitmotiv por los grandes titulares de los periódicos que seguían tirados (olvidados, abandonados (como el fusil sobre el asiento del canapé, o la máquina de

escribir en la mesa -y todos -el fusil, los grandes titulares, la máquina de escribir, con su misma inmovilidad, su misma pasividad, su misma disponibilidad de cosas inanimadas-igualmente aterrorizadores, igualmente peligrosos-) en la larga mesa de refectorio), y nadie había pensado realmente en tomarse el trabajo de descifrarla, pues la frase conocida ahora de memoria se formaba de nuevo otra vez en el espíritu cada vez que se imprimía en la retina la mancha blanca de la pancarta flotando en veinte metros de largo, como un chai de bruma, una condensación, la materialización visible en forma de nube planeando por encima de las cabezas de un fantasma obsesivo, tenaz, inapaciguable:

### ¿QUIÉN HA MUERTO A SANTIAGO?

el minúsculo crepitar de las pezuñas y el chirrido de las ruedas (¿acaso habían echado arena en la calzada?) amplificándose o mejor amplificando el silencio, el propio silencio visible por decirlo de algún modo, advirtiéndolo el estudiante que había ahora dos tranvías (los propios tranvías blasonados, heráldicos, con sus flancos de plancha ribeteada mitad roja y mitad negra, desapareciendo sus techos bajo un confuso racimo de curiosos, como estrados, medievales tribunas) inmovilizados en la esquina de la avenida que subía del puerto, se dio cuenta luego de que ocurría lo mismo (los tranvías, los coches detenidos en un embotellamiento) en la esquina de cada una de las calles y de las avenidas que convergían en la plaza (salvo en la que, desierta por un extremo, ocupada por el desfile en el otro, recorría el cortejo), el ruido, la confusa respiración de la ciudad prosiguiendo alrededor y más allá, pero cesando a partir de una invisible barrera dibujada por el perímetro de la plaza a través de la que, desde el balcón, podía verse converger, reunirse (como limaduras de hierro en un campo magnético) algo parecido a partículas de silencio (sin duda porque la mayoría iban calzados con alpargatas) condensándose (apresurándose algunos, corriendo, pero sin hacer más ruido, sin que el propio movimiento turbara esa especie de somnolencia), viniendo a aglutinarse a lo largo de los bordes de la explanada frente al palacio, constituyendo allí, por así decirlo, una zona donde el silencio parecía espesarse mucho más, opaco, negro, reluciente (recordando el estudiante sólo entonces al chófer loco, su cabellera ala de cuervo, engominada y brillante, como si, con sus uniformes, sus monos de mecánico, sus blusas (o simplemente sus camisas arremangadas) y sus artillerías portátiles, la brillantina constituyera, a falta de casco e imitando el aspecto aceitoso, fúnebre e impenetrable del metal, uno de los elementos intangibles de su indumentaria) hasta el punto de que por medio de un sexto sentido (no del oído) podía percibir algo que no emanaba del silencio sino que, por decirlo así, lo englobaba, lo constituía, y que no se parecía a nada de lo que se desprende comúnmente de una muchedumbre (el respeto, el dolor, la cólera, el

recogimiento) reunida con ocasión de desfiles, funerales, manifestaciones o motines.

Luego llegó a darse cuenta de lo que era. Incluso desde el cuarto piso podía verse: parecían ciegos, pensó más tarde. Como gente reunida en una estancia y que evitara mirarse. Es decir, que al revés de lo que reúne, pone habitualmente a una muchedumbre en movimiento, ésta no tenía ningún objetivo externo, ajeno a ella misma (o ningún enemigo determinado, nombrable, simple, visible) sobre lo que o contra quien dirigir o exhalar su furor, las pancartas (o las banderolas -había más de una: tras la primera venían otras-, casi tantas como diarios había en la mesa de refectorio), repitiendo todas (con las mismas variantes que los titulares de los periódicos), no una acusación, sino la misma lacerante interrogación sin respuesta, como el monótono doblar a muerto, sin apelación, sin recurso:

¿QUIÉN HA MUERTO? ¿QUIÉN HA MUERTO? ¿QUIÉN HA MUERTO?

el pronombre personal empleado como con una especie de pudor, o prudencia, o precaución (como esos caritativos circunloquios que se utilizan para anunciar a la familia una noticia penosa, aterrorizadora, de la que se teme que el espíritu, la razón, no puedan soportarla), de modo que la verdadera traducción (es decir, lo que cada uno leía en realidad) no era "¿Quién ha matado?", sino "¿Qué ha matado?", como si se interrogaran con estupor acerca del nombre, la naturaleza de una infección, de un mal; no la implacable, fría y paternal vindicta del lejano areópago de viejos generales y viejos obispos apergaminados o ventripotentes, celebrando sus sesiones, con sus botas relucientes, sus panzas ceñidas de azur (los generales) o de escarlata (los obispos) y sus cabezas caricaturescas, altivas y crueles, en un irreal empíreo, sino algo que ella (la muchedumbre) hubiera secretado: una epidemia, una de esas terroríficas, mortíferas y repugnantes enfermedades que son hereditariamente cosa de pobres, como la tiña, la peladera o las letrinas embozadas, y que ahora mataba, imbécil, furiosa y ciega, aquí y allá en toda la ciudad asfixiada bajo su pesado manto de hediondez, en las fétidas emanaciones de cloaca, de melón podrido y de aceite rancio; muy cercana ahora la cabeza del cortejo, aunque en ningún momento hubiera podido verla avanzar, si se habla con propiedad; más bien como si se hubieran sucedido unos cuantos planos fijos, a distintos niveles por decirlo de algún modo, de la marea humana que llenaba la avenida, hasta que se pudieron distinguir los rostros y los ojos de quienes marchaban en primera fila, inmediatamente detrás del catafalco: los representantes del organismo, o del grupo, o del compromiso que se pretendía gobierno y que en realidad no gobernaba nada, es decir, una veintena de hombres que representaban a su vez a una decena de partidos, comités y sindicatos que pretendían representar a los centenares de

centenares de comités y consejos (casi tantos como ciudades y pueblos había -o incluso aldeas, o incluso fábricas, o incluso alquerías- en todo el país) que se consideraban a sí mismos como otros tantos gobiernos -la veintena de hombres, pues, que se limitaban a sentarse para dejarse fotografiar (vestidos también con monos de mecánico o en mangas de camisa) en torno a la larga mesa gótica, bajo el techo de estalactitas góticas de lo que antaño había sido el palacio de un gobernador que tampoco había gobernado, que se tuviera memoria, cosa alguna sino simplemente pillado (llamándolo recaudación de impuestos) y hecho colgar a quienes se negaban a dejarse pillar, de modo que la veintena de hombres impotentes y crispados que posaban para los fotógrafos en posturas indolentes en torno a la mesa gótica no tenían que resolver el problema de reemplazar un gobierno por otro gobierno sino, en principio, el de conseguir (y sólo gracias al milagro, la intervención, la fuerza de persuasión de la gelatina y las sales de plata) meter en la cabeza de gente armada hasta los dientes una noción tan abstracta para ellos y tan vacía de sentido como la de gobierno-, el presidente (incluso habían elegido un presidente) caminando en el centro en la misma fila que los demás (pese al calor y tal vez a causa del cielo gris y bajo llevaba una gabardina; era también el único que tenía sombrero; lo llevaba en la mano) con la misma mirada apagada, fija, sonámbula, el mismo rostro de carnes amarillentas y blandas (sin duda a fuerza de mantenerse perpetuamente encerrado a disposición de los fotógrafos en torno a la famosa mesa), la misma expresión vacía, extenuada (no triste, ni abrumada, ni asustada, aunque el muerto (aquel cuyo cuerpo había sido hallado en un descampado de los suburbios con dos balas en la nuca) fuera un amigo y consejero personal suyo del que varios de los otros diecinueve que se llamaban gobierno le habían pedido que se apartara, a lo que él se había negado pero que ahora era cosa hecha, por medios definitivos y no legales, de modo que tenía por así decirlo el privilegio de poder seguir ahora su propio entierro, algo que no todo el mundo puede hacer; y sin embargo ninguno de los otros diecinueve (los que habían pedido, luego exigido, luego finalmente obtenido -como la ceremonia probaba- la liquidación del consejero) lucía un aspecto satisfecho, ni vencedor -tampoco contrito-, con el rostro también sencillamente -como el del presidente- sonámbulo, sencillamente extenuado), el chirriar de las ruedas ahora muy fuerte, casi, parecía, en el espantoso silencio, como el retumbar de un trueno, mientras el coche mortuorio pasaba bajo el balcón: los cuatro caballos macabros, engualdrapados, encapuchados, medievales, las dieciséis patas negras, gráciles y elegantes crepitando en la calzada, luego el propio carro bajo la montaña de ramos ensangrentados, sus temblequeantes plumas de avestruz, su invisible y sangriento muerto ("¡Los entierros!, había dicho el americano. La eterna atracción de la que nunca se cansan, el eterno atrapamoscas para ancianos que acuden, colmados, desbordantes de, ocultando mal la alegría senil chocheante y sarcástica que sienten

yendo a ver cómo la tierra recubre a uno de los suyos, o a uno más joven que ellos -razón por la que consultan cada mañana con la misma impaciencia, la misma alegre y estúpida avidez la sección necrológica del periódico- celebrando cada muerte como una victoria personal, olvidando toda prudencia, abandonando zapatillas, mantas y rincón junto al hogar para ir malignamente a temblar bajo las bóvedas heladas y en las corrientes de aire de los cementerios donde contraerán la expeditiva pulmonía que los despachará a ellos mismos, con los pies por delante, la semana siguiente... La inhumación higiénica y solemne de una carroña, la ceremonia, el renovado y gratuito espectáculo que constituye la suprema y postrer delectación de los cretinos y los lelos. ¿No hay un proverbio francés que lo dice, algo de derecho...? «El muerto atrapa al vivo», ¿no? ¡Ja, ja!... «¡El muerto se carga al vivo!» ¡Ja, ja, ja!...", el italiano y el oficial (o el policía) viéndolo reír con ese aire ligeramente incrédulo, ligeramente cortado (un poco huraño también, pensó más tarde el estudiante: como los que caminaban tras el carruaje mortuorio. Eso era: asombrados, huraños y extenuados), el maestro de escuela tranquilo, indescifrable, diciendo con algo que, en él, debía de ser una sonrisa: "Hablas bien", y el americano: "Sí. Muy bien. En varias lenguas. He aprendido. ¿Te parece una broma demasiado fuerte?", el maestro de escuela mirándolo aún con aquella especie de sonrisa siempre en su rostro arrugado, perfectamente inmóvil y coagulado (como una de esas máscaras del teatro chino), el americano riéndose de nuevo, diciendo:

"Demasiado fuerte, ¿verdad? Ja, ja... ¡He aprendido a sazonar todas las lenguas! ¡He aprendido a asesinar en un montón de lenguas! Ja, ja, ja...", el maestro de escuela manteniendo su sonrisa, mirándolo, diciéndole sin levantar la voz: "Hablas demasiado", y el americano: "Ya lo sé. Pero es divertido, ¿no?", y el maestro de escuela: "Sí. Cómico"), el muerto invisible y peligroso, pues, escoltado por dos hileras paralelas de soldados (es decir, de los auténticos -no de los tipos famélicos y enflaquecidos, con sus cabellos engominados, sus pantalones gastados y sus alpargatas, y cargados, o mejor erizados de armas- o tal vez, a fin de cuentas, de los falsos, es decir, que tenían más bien el aspecto, a fuerza de limpios y bruñidos, de salir de entre bastidores de una opereta, con su extraño tricornio acharolado, su uniforme ajustado, su modesta carabina, su paso de autómatas mecánicos, exactamente como figurantes de music-hall) que marchaban a uno y otro lado del carruaje mortuorio, con el cañón de su arma dirigido hacia el suelo, como una doble hilera de fantasmas, aunque no fueran calzados con alpargatas sino con borceguíes claveteados, el formidable rechinar de las ruedas ahogando todos los demás ruidos, la voz del americano diciendo muy cercana (pero era la noche (¿o la víspera, o la mañana?); en ese momento, el estudiante y él estaban sentados en la explanada, entre las matas de adelfas, los fotógrafos ambulantes, los ancianos, los gritos discordantes de los niños jugando y persiguiéndose en el polvo), diciendo que ellos

mismos no eran sino fantasmas, como aquellos hombres de las cavernas que habían terminado tomando por la realidad sus sombras proyectadas por el sol ya muy bajo, desmesuradas, distendidas, gigantescas y titubeantes, y que ellos miraban con una especie de asombro algo asustado, algo deslumbrado, con sus gestos no muy seguros, torpes, desmesuradamente amplificadas por la deformación de la luz, como gestos de atáxicos, pero que todo aquello no era más real, más serio, más verosímil que las sombras, que los figurantes de teatro con alas de cartón sujetas a la espalda y colgados de los telares mediante cables..., y el estudiante: "Pero sin embargo también tú estás aquí", el americano soltando de nuevo aquella especie de carcajada sin alegría, no forzada, ni desagradable, ni sarcástica, sencillamente sin alegría, pensando el estudiante en el modo cómo le miraba el maestro de escuela, dispuesta entonces la palabra a brotar de sus labios, pero conteniéndose a tiempo, o tal vez la dijo, o tal vez el americano la había escuchado sin que él hubiera tenido ni siquiera necesidad de pronunciarla, evitándole tener que morderse los labios, porque decía ahora: "Sí. Peligroso. ¡Ya lo creo! ¿Pero acaso tú prefieres tardar varios años? Días y días y años esperándolo, días y días y años para saber que al final estará eso, para verte reventando poco a poco, a fuego lento, órgano a órgano, uno tras otro, o todos a la vez, para ver cómo te pudres lentamente e ir -es decir, arrastrarte, míralos: obligados a acarrear sus piernas, que debieran sostenerlos- cada día a sentarte en un jardín público mirando cómo pasan las mozas que tú ni siquiera puedes ya tirarte, con las que nunca más podrás ya joder. ¡Mierda!"; pero tal vez ocurría años más tarde; sin embargo, eran los mismos niños, los mismos ancianos, la misma alfombra movediza de palomas desplazándose a sacudidas, el mismo carrusel de tranvías achatarrados, pintarrajeados (pero ya no con los dos severos triángulos opuestos por la base, el sello rojo y negro: coloreados ahora con marcas de aperitivos o lejías, chillonas, llamativas, mercantiles, sin más función que atraer la mirada, como vestidos o maquillajes de putas; sólo chillonas, sólo llamativas), con los mismos racimos de tipos enflaquecidos y engominados, con los pantalones desgastados (pero ahora llevaban también una chaqueta, algunos iban en mangas de camisa y llevaban entonces la chaqueta decentemente doblada al brazo, y una corbata -desgastada también, pero una corbata- alrededor del cuello), colgados de los estribos, y algo indefinible en ellos: como mutilados, mancos, con sus miradas duras, agudas, fugitivas, aquilinas, sus rostros morenos, consumidos, sus voces de águila también, si así puede decirse, no graves sino roncas, sumarias, rápidas -demasiado roncas, demasiado rápidas para los temas de los que ahora podía oírseles hablar: de partidos de fútbol, de carreras ciclistas, de películas-, y esta común expresión ultrajada de perpetua indignación, de perpetua e incurable frustración, como hombres que ocultaran alguna herida invisible, secreta, que les hubiera sido amputado algo esencial, de lo que ningún hombre puede soportar verse privado: "Como eunucos", pensó; luego pensó: "Ya lo sé; las armas"; había

también un cartel clavado con chinchetas en una de las paredes gris Trianon de la oficina que representaba un busto de hombre, desnudo, cortado un poco por debajo del ombligo por el borde inferior del rectángulo: el vientre de perro flaco, hundido, las costillas salientes, anilladas, los brazos levantados, el rostro levantado también, con la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta en un grito, cada una de ambas muñecas rodeada por un brazalete de hierro del que todavía pende un extremo de la cadena que los unía, rota ahora, con los dos cortos fragmentos azotando el aire como serpientes, una de las manos, la diestra, blandiendo un fusil, el busto descarnado y musculoso destacándose en rojo pardusco sobre fondo amarillo, habiendo exagerado el dibujante con efectos de sombras profundas y brutales la delgadez y la musculatura del cuerpo, no llevando el cartel otra leyenda, en una franja blanca en la parte baja del rectángulo, bajo el vientre hundido, que la palabra

## VENCEREMOS

en letras mayúsculas y negras, y él, el estudiante -o aquel que había sido el estudiante-, creía seguir viéndolo, patético, aullador, frustrado, mientras permanecía sentado entre las mismas adelfas, los mismos ancianos y niños chillones (pero ahora había también criadas -no muchachas ni mujeres: criadas: una especie de volátiles, con vestidos rayados azul celeste y blanco, delantales con tirantes y festones encañonados y almidonados, palpitando como gargetas, aleteando- venidas del sur, también ellas, al igual que las putas, pero adornadas con colores marianos, y que tenían novios que acudían a buscarlas el domingo por la tarde, muchachos atezados, enflaquecidos, de cabellos como ala de cuervo, engominados, relucientes, con las mangas y las perneras deshilachadas aunque cuidadosamente planchadas, con los zapatos descalzañados y relucientes, hoscos, huraños, orgullosos, humillados y sombríos); siempre sentado, pues, entre los niños que se gritaban y perseguían en el polvo, las palomas, las inmaculadas criadas y las adelfas en el centro del monótono carrusel de tranvías con los flancos cubiertos de anuncios de hojas de afeitar, purgantes o sucedáneo de coñac; uno de ellos apareció, arrastrándose lentamente bajo la sombra de los plátanos, con manchas de sol corriendo por su techo blanco, desembocó en la parte alta de la avenida, redujo aún más su marcha, osciló, se inmovilizó, apareciendo el busto del conductor por la ventana delantera, asomándose, con los brazos armados con una larga vara de metal tanteando, buscando la rendija de las agujas; se irguió de nuevo, colgó otra vez la vara, desapareció, poniéndose en marcha poco después motriz y remolque,

como por propia iniciativa, tomando la curva con un interminable chirrido, presentándose poco a poco (no con un movimiento continuo sino con una serie de ligeros, titubeantes y bruscos cambios de plano) de flanco, pudiendo leer el estudiante (aquel que había sido el estudiante) dos veces en letras verdes silueteadas de rojo sobre fondo blanco:

FÓSFORO FERRERO

luego, debajo, en letras más pequeñas:

R ECONSTITUYE Y A LIMENTA

y, encima, a lo largo del techo, en una serie de amovibles planchas de metal:

J OAQUÍN COSTA - R EINA DONA - G ERMANA - P EDRO III EL G  
RANDE - R UZafa - C OLÓN - G LORIETA P AZ - P LAZA DE LA R EINA - C  
AMPANEROS - P LAZA DE LA V IRGEN - P UENTE DE S ERRANOS - S  
AGUNTO

el anuncio, las letras rojas y verdes bruscamente enmascaradas, reemplazadas, por una franja amarilla deslizándose horizontalmente en sentido inverso, es decir, de izquierda a derecha, llevando esta vez en grandes letras negras:

A GUA O XIGENADA P ERBORATO FORET

distintas también las planchas a lo largo del techo:

S AGUNTO - TORRES DE SERRANOS - C ALLE DE S ERRANOS - C  
ABALLEROS - P LAZA DE LA V IRGEN P LAZA DE LA R EINA - S AN V ICENTE  
- E STACIÓN DEL N ORTE - J ÁTIVA - G UILLEM DE C ASTRO - J ESÚS M  
ERCADO DE A BASTOS

reapareciendo el anuncio rojo, verde y blanco, a la izquierda, desuniéndose las dos franjas pintadas, alejándose una de la otra, aumentando entre ellas el espacio, llegando el primer tranvía al ángulo noreste de la plaza, tomando esta vez la curva sin detenerse, sin duda porque las agujas estaban esta vez para él del lado bueno, deteniéndose en cambio el del anuncio amarillo. en la esquina de la avenida que subía del puerto, ejecutando a su vez el conductor la maniobra de la vara, poniéndose en marcha de nuevo, luego, motriz y remolque, pero prosiguiendo en línea recta, es decir, cortando en ángulo recto la avenida, llegado mientras el primer tranvía con el anuncio rojo, verde y blanco pintado en el lado, al ángulo noroeste de la plaza y detenido para dejar pasar perpendicularmente a su trayecto un tranvía procedente de su derecha, con el flanco pintado con un anuncio azul y blanco (sin duda de una marca de lejía), que tomó velocidad, se deslizó con rapidez al pie (y en el mismo sentido, siguiendo el mismo trayecto que había seguido el entierro) de lo que era ahora un banco, con sus basamentos de mármol, su peristilo de mármol, sus columnas de mármol frío entre los ventanales provistos de rejas, apareciendo entonces otro tranvía en el mismo lugar que el primero, bajo los árboles de la avenida que subía del puerto, corriéndole por el techo de igual modo las manchas de sol, y en sus lados las mismas ventanas con los mismos bustos de personajes inmóviles, sentados, y los mismos racimos de tipos colgados en los estribos, pero no deteniéndose el conductor para cambiar las agujas, de modo que siguió en línea recta, por la prolongación de la avenida, a lo largo del lado sur de la plaza, pareciendo los pequeños tranvías coloreados de rojo, amarillo, azul, blanco, verde, juguetes que ascendieran, descendieran y se cruzaran sin tregua a lo largo del perímetro de la plaza.

El sol alto y ardiente todavía a media tarde, el cielo de un azul casi blanco.

Todavía clavada con chinchetas en la pared gris Trianon, la imagen del torso delgado, patético y vulnerable, con sus costillas salientes subiendo y bajando, sus cadenas rotas, su espada blandida, como uno de esos héroes ejemplares, uno de esos personajes de la Historia o de la leyenda muertos hace mucho tiempo en un combate, un holocausto, no para impedir la oleada de invasores, custodiar un desfiladero, salvar alguna patria o alguna ciudad de la que nadie recuerda ya el nombre ni el emplazamiento (y de las dimensiones, por añadidura, como máximo, de un municipio o un pueblo, y habiendo sido en realidad la historia, la querrela, la invasión (habiendo tenido en realidad las dimensiones de) una disputa de pastores o de malos vecinos, un asunto de deslinde, de adulterio o de hija seducida), pero muertos sin duda con el único fin de ser representados siglos más tarde, y ni siquiera parecidos (porque ¿quién conoce los rostros de los héroes muertos?): sólo su memoria, las carnes misteriosas y lisas de los jóvenes que van a morir, con sus

colgantes y lampiñas virilidades, sus delgados vientres y sus largos muslos desnudos, armándose, jurando, alentándose, ciñendo sus armas bajo el bosque de enseñas y las aladas Famas soplando en sus trompetas, el estruendo del cobre guerrero resonando entre los roquedales de cartón marrón rojizo en el polvoriento silencio de los museos donde se adormilan viejos inválidos con gorras de visera acharolada y uniforme azul marino.

Pensando: "Y yo sentado aquí como un guarda de museo, pero ni siquiera inválido, lo que, en último extremo, sería un modo como otro de justificar la utilización de una invisible gorra y un invisible uniforme, y todavía no como un anciano, pero estate tranquilo, también eso vendrá...".

Pudiendo verse, en medio de esta ciudad que tenía el aspecto de escombros. Pero poco, sin embargo, dejando aparte el palacio, las iglesias incendiadas y algunas casas que el Olimpo de generales y obispos había hecho bombardear -no tanto por odio o cólera como, sin duda, por rutina, por formalismo, porque aparentemente para que esta vieja mota de tierra y agua no deje de girar necesita su periódica ración de niños aplastados bajo las vigas, de mujeres desmelenadas arañando sus senos y de manos crispadas brotando de los escombros, por medio de lo cual las estaciones regresan más o menos regularmente y el sol, la lluvia, el viento y el hielo se reparten el tiempo de un modo soportable-. Pero no obstante escombros. Al igual que los tipos con ropas desgastadas tenían ese algo indecible que caracteriza a los mutilados y a los tullidos. No a los mutilados teatrales, gloriosos y condecorados que asisten a las revistas, sentados en sus cochecitos empujados por una cohorte de enfermeras condecoradas, tetudas y gloriosas y ante quienes se inclinan los estandartes cargados de condecoraciones, sino como esa gente cuyos vestidos, las mangas, se esfuerzan en disimular una prótesis, arrugándose el paño (antes incluso de que se haya visto la mano enguantada de cuero, siempre medio abierta, fija, con su pulgar fijo, sus dedos rígidos, su aspecto elegante, fúnebre, crustáceo -no una mano, aunque intente parecersele: una pinza-) de un modo particular, inanimado por así decirlo; la ciudad entera, con sus tranvías repletos, sus bares, su puerto, sus fábricas, sus taxis amarillos, sus burdeles, sus tiendas, su círculo hípico con silenciosos criados con guantes blancos, sus bandadas de palomas, su ópera, sus hoteles, sus calles hormigueantes, en cierto modo inanimada también: "Algo como osamentas...", pensó; y él, en su banco, tal vez también como un simple montón de huesos: tal vez, entonces lo habían dejado allí, olvidado, desecándose lentamente, luego sus carnes convirtiéndose poco a poco en polvo sin que nadie lo advirtiera, sin duda porque iba tan decentemente vestido con ropa decente, e incluso confortable (pensando: "Un confortable traje recubriendo una prótesis..."), y su rostro sin duda aparentemente decente también, puesto que nadie se apartaba (o

nadie se volvía) al verlo, salvo que un camarero de bar y una puta acababan de expulsarlo de un modo peor que el que hubiera utilizado un profesional de la expulsión de indeseables (aunque sin duda los camareros de bar y las putas saben de estos asuntos mucho más que nadie, aún más que los policías que habían examinado su pasaporte), pudiendo escuchar a su lado la risa del americano: el mismo banco, las mismas matas de adelfas, la misma alfombra avícola de palomas; en cambio el cielo gris de septiembre haciendo correr sin cesar por encima de los techos de perfiles rococó las inagotables masas de algodón sucio que subían del mar, y no las jóvenes criadas encañonadas y cotorronas sino los omnipresentes hombrecillos morenos y flacos con el rostro afilado, armados hasta los dientes (en realidad no eran tan pequeños como todo eso, ni tan entecos, ni tan atezados: era sólo la impresión que daban, como si la violencia que encarnaban, sombríos, salvajes indignados y crédulos, les confiriera a todos ese mismo aspecto de cristos liliputienses y consumidos), errando en el asfixiante calor de sudadero, aparentemente sin objetivo (posando de dos en dos o de tres en tres ante los fotógrafos ambulantes, arrastrándose por las terrazas de los cafés, recorriendo las calles, discutiendo en su lengua ronca, violenta, gutural, rápida, que era como el propio lenguaje de la indignación, de la ofensa, de la frustración, o pasando y volviendo a pasar en coches atestados, lanzados a cien por hora), pero siempre con ese aire a la vez importante, atareado, huraño, inquieto ("Como si buscaran algo, pensó. Algo de lo que tuvieran miedo, que estuviera oculto en la ciudad y cuya naturaleza e incluso nombre ignoraran (el cadáver en descomposición y hediondo del viejo general, había dicho el americano) salvo que está ahí, que seguiría estando allí incluso si conseguían matar a todos los generales y a todos los capilleros, y que es espantosamente peligroso, y que jamás lo encontrarán...") que confiere a un hombre llevar un arma, y en cierto momento vio esto: la gente corriendo por la acera, apartándose, mientras algo marrón y oscuro caía al vacío desde el quinto piso de una casa, bajando cada vez más deprisa girando lentamente, de modo que había un a modo de contraste insólito entre ese girar majestuoso, solemne, y la velocidad formidable a la que los balcones iban sucesivamente quedando atrás hasta que la cosa se aplasta contra la acera con un minúsculo estruendo de cerillas rotas, otras cosas (ahora podía distinguirlas: reclinatorios, estatuas de yeso, custodias, el armonio, la espinosa quincalla del falso gótico, el piadoso revoltijo clandestino -como hay gente que tiene un bar en el salón, o un cine privado, o una biblioteca-) cayendo a su vez y yendo a aplastarse sucesivamente contra la acera, luego un instante sin que apareciera nada, luego (como la traca final de unos fuegos artificiales) pareció que hubieran reventado un almohadón de plumas: una breve explosión de papeles rasgados, arrojados a manos llenas y que el viento, el aire, mantuvo por un instante, atorbellinados, a la altura del techo, aparentemente inmóvil, suspendida, o hinchándose, hubiérase dicho, desde el interior (es decir,

arrastrados hacia lo alto algunos fragmentos, otros comenzando a caer), luego se extendieron; no ya una nube ahora, sino revoloteando aquí y allá sin convicción ni conjunto, ascendiendo, oscilando, derrumbándose luego (el estudiante y el americano con la cabeza echada ahora hacia atrás, la nuca contra el respaldo del banco, mirando los papeles rotos por encima de ellos, destacando en oscuro contra el cielo gris, balanceándose y girando), y por fin uno de ellos llegando en un largo planeo para aterrizar junto a sus pies, pudiendo ver entonces el rostro rubio, dulce y barbudo rodeado de rayos dorados, la túnica de lino immaculado, el manto rosa, la mano con el índice extendido señalando sobre el pecho el corazón ensangrentado en su ardiente aureola de llamas rojas y amarillas atravesadas (sólo quedaba la mitad superior) por el sinuoso desgarrón que dibujaba (era un papel bastante grueso y satinado) un corte aserrado, blanquecino y felposo; dos grandes automóviles y un camión en cuyos costados podía leerse, garabateada con letras blancas, la inscripción "COLUMNA DE FERRO" alineados a lo largo de la acera ante la casa, una hilera de tipos con mono y en mangas de camisa saliendo ahora unos tras otros por la puerta del inmueble, atravesando la acera sin siquiera mirar los restos extendidos, importantes, indignados, convencidos, medievales (uno de ellos llevaba una corta barba y un casco redondo, que le llegaba más abajo de la nuca. Hubiérase dicho que era un lansquenete. Tenía en la mano un arma de un modelo que el estudiante jamás había visto, con el cañón rodeado por un tubo agujereado), amontonándose en los autos y el camión y arrancando, elevándose de nuevo la risa del americano, no pudiendo ahora el estudiante oír brotar de él su propia voz (con esa suerte de estupor, de espanto cada vez renovado, como si alguien, una especie de idiota, de tartamudo, de loro imbécil se nos adelantara cada vez que abrimos la boca, sirviéndose de nuestra propia garganta, de nuestros propios labios para hacer oír en vez de lenguaje una serie de sonidos heridos, pedregosos, de palabras heridas, discordantes, aproximadas, que son a lo que hemos querido decir lo que el gallo fatídico e impotente del joven trompeta al son glorioso y seráfico del puro metal), diciendo:

"¿Pero nada más? ¿Nada más? ¿Sólo alas de cartón? ¿Únicamente eso?"

y el americano riéndose de nuevo, diciendo:

"¿No es bastante?"

y el estudiante:

"¿Pero nada más?"

y el americano:

"¿Te parece que no es suficiente?"

y el estudiante:

"¡Pero nada más!"

y el americano:

"¡Pero bueno! Es eso, ¿no? ¿Qué más quieres? ¿Otra cosa? ¿Qué «otra cosa»?", no riendo ya, casi encolerizado ahora; le miró por un momento, fijando en él sus ojos grises (pero no naturalmente grises, hubiérase dicho: como si se hubieran vuelto (tal vez habían sido azules -¿o verdes?-), bajo la influencia de algo (aunque no hubiera superado aún mucho, tal vez ni siquiera llegado a la cuarentena), como se dice que en poco tiempo, en algunas horas a veces, los cabellos pueden volverse grises o blancos), a la vez duros, perspicaces, irónicos, y por decirlo así polvorientos ("Pero más bien como ceniza, pensó el estudiante. No polvo. Porque también él ha debido de consumirse, arder. Pero hace mucho tiempo de eso. Sólo que no es italiano. No lo contará"), las minúsculas cabezas de las palomas parecidas a puntas de sombrilla levantándose y bajando con viveza, picoteando el grano, como movidas por invisibles cordeles, la vendedora de grano sentada a la sombra de su parasol ante su puesto, las bolsas marrones alineadas en la mesa plegable, las alas de ángel de las palomas replegadas a su espalda, grises manchadas de negro, o rubias manchadas de blanco, las pechugas de reflejos cobrizos, tornasolados, lila o verdes brillando al sol, los despreocupados, rechinantes e infatigables tranvías de colores pimpantes y mercantiles ("FÓSFORO - RECONSTITUYE Y A LIMENTA ", "A GUA O XIGENADA ", "C ERVEZA S AN M ANUEL MUNDIAL - L A M EJOR ") prosiguiendo sus cruces y sus persecuciones entre los coches y los taxis amarillos, recorriendo y volviendo a recorrer incansablemente el mismo itinerario, en un sentido: "SAGUNTO -T ORRES DE S ERRANOS - C ALLE DE S ERRANOS - C ABALLEROS - P LAZA DE LA V IRGEN P LAZA DE LA R EINA - S AN V ICENTE - E STACIÓN DEL N ORTE - J ÁTIVA - G UILLEM DE C ASTRO - J ESÚS - M ERCADO DE A BASTOS ", luego en el otro: "M ERCADO DE A BASTOS - J ESÚS - G UILLEM DE C ASTRO - J ÁTIVA - E STACIÓN DEL N ORTE - S AN V ICENTE - P LAZA DE LA R EINA - P LAZA DE LA V IRGEN C ABALLEROS - C ALLE DE S ERRANOS - T ORRES DE S ERRANOS - SAGUNTO", el delgado anciano calzado con unas zapatillas a cuadros marrones llevando al niño de la mano detenido ante el puesto de grano, soltando la mano del niño, colgando su bastón del antebrazo, para buscar, sacar el portamonedas de su bolsillo, con la cabeza levantada del niño

llegando justo a la altura de la mesa, el viejo pagando, tomando una de las bolsas, volviendo a coger la mano del niño, dando algunos pasos alejándose de la vendedora (pasos muy cortos, los pies calzados con zapatillas arrastrándose sin despegarse del suelo), luego deteniéndose, soltando de nuevo la mano del niño, abriendo la bolsa, retirando su puño cerrado, haciendo un gesto torpe con el brazo, abatiéndose a su alrededor las palomas, empujándose, bamboleándose, hundiendo el niño de nuevo la mano en la bolsa, agitando el brazo con gesto brusco, emprendiendo el vuelo las palomas asustadas, irguiéndose entonces el anciano, hundiendo su propia mano seca en la bolsa y lanzando el grano, envalentonándose las palomas, iniciando el sol el último tercio de su carrera, disponiéndose ahora a bajar aún muy cálido, el cielo algo menos blanco sin embargo y comenzando a colorearse, la voz irónica (e incluso áspera, e incluso irritada) del americano diciendo: "Es eso, ¿no? ¿Es que no te basta?".

Pero ¿cómo era, cómo era? Sin duda había algo que no había sabido ver, que se le había escapado, y tal vez entonces podría introducirse, alojarse, colarse de rondón en alguna parte de esa derivada tangencial, comestible y optimista de la metafísica bautizada carpa o Historia, gracias a la que si se sabía utilizar era al parecer posible derivar uno mismo de un modo si no agradable o coherente al menos satisfactorio como lo demostraba esa derivada excremental de la razón bautizada retórica, y ello al fin y al cabo no debía de ser tan difícil puesto que tanta gente lo lograba, importante, acompañada y digna como los viajeros confortablemente sentados en un compartimento de primera clase mirando por la ventana con una expresión de caritativo disgusto las errantes familias de emigrantes mandadas de un andén a otro por las atronadoras, burladoras y ciclópeas instrucciones del altavoz, con sus rostros (los de los ricos clientes de primera clase) embebidos de esa orgullosa seguridad de quien no sólo tiene con qué pagar su billete, sino que sabe también adónde va y a qué hora llegará. Debía de existir algún truco. A condición de saber elegir el momento apropiado y de actuar deprisa, subiendo, claro, en el sentido de la marcha como recomendaban por todas partes los carteles (a menos que fuera para bajar) -pero ¿cómo era, cómo era...?

El viento húmedo y blando que soplabla del mar agitaba apenas las altas palmeras que oscilaban blandamente, todo era blando, húmedo, gris, letárgico, el chirriar de las ruedas del carruaje mortuario rechinaba en el silencio húmedo, opresivo, como si de los millares de espectadores apretujados en las ventanas, amontonados en las aceras, los techos de los tranvías o subidos a las farolas, se desprendiera algo espeso, irrespirable, más perceptible, más aterrador que los gritos, los hombres (enflaquecidos perros) del piquete de guardia que vigilaba a la puerta del palacio (por lo común dormitaban, bajo la marquesina en forma de élitros,

de alas de insecto, sentados los de mayor graduación (es decir, aquellos cuyas funciones -puesto que se negaban a tener grados-debían de corresponder a las de sargento y cabo) en dos sillones de mimbre, uno a cada lado de la escalinata, el centinela adosado a una de las mesillas de café de mármol rosáceo estriado de blanco y con un marco de cobre, con pesado pie de hierro colado pintado de verde claro (los salientes, las fiorituras de las que por frotación había desaparecido la pintura dibujando las flores, astrágalos de un castaño oxidado), que formaban un laberinto en torno a la ametralladora con su parapeto de acero, su cinta dispuesta, su aspecto huraño de gozquecillo esquelético, mortífero, estúpido, el tirador y el servidor tendidos a medias, con las nalgas en el primer peldaño, los codos dos peldaños más arriba, fumando los demás sentados también en los peldaños o durmiendo en las butacas del vestíbulo), alineados ahora de cualquier modo en una fila, quienes tenían fusiles manteniéndolos ante sí con ambas manos (una aproximadamente a medio cañón, la otra sujetando la parte más delgada algo más arriba de la culata) un poco como cirios (lo que debía de ser una especie de saludo), los demás (el sargento, el cabo, el tirador y el proveedor), que sólo tenían un revólver o no tenían nada, saludando con el puño, es decir, con el antebrazo vertical formando un ángulo recto con el brazo, horizontal a partir del hombro, con el puño cerrado aproximadamente a la altura de la parte superior de la cabeza, el presidente (alto, delgado, vestido con esmero, con el aspecto, aunque fuese desde hacía mucho tiempo político profesional, de un abogado o un doctor), cuando pasó a su vez, volviendo hacia ellos (levantando luego hacia quienes se apretujaban en las ventanas de los pisos superiores) su rostro inexpresivo, su mirada inexpresiva, vacía de todo salvo de fatiga, de cansancio (ni siquiera ya -o más allá de- el miedo, la desconfianza, ni siquiera ya la resignación: únicamente cansancio), dudando una fracción de segundo, mirando el sombrero que tenía en la mano, levantándolo finalmente luego, manteniéndolo por un instante a la altura de su cabeza, y apartando por fin los ojos y dejando caer de nuevo su brazo, los miembros del gobierno (o de lo que se decía un gobierno) caminando sin orden alrededor de (y detrás de) él, algunos vestidos también con monos, otros con verdaderos uniformes, gorras de plato, guantes y corrajes negros, y otros más sencillamente con un traje, pero la cabeza desnuda y sin corbata (uno de ellos fumaba), mirando también a medida que pasaban a la heteróclita guardia y a la gente asomada a los balcones pero todos (y aunque algunos hubieran salido un poco antes del palacio donde tenían también un despacho -a menos que su verdadero despacho estuviera en el palacio y tuvieran también un despacho en algún lugar bautizado ministerio o comisaría o algo así-) con la misma mirada vacía o, mejor, vaciada, ni hostil, ni asustada, ni amistosa, ni siquiera preocupada: sólo tensa, cansada o mejor extenuada, el americano contemplando aún por debajo de él (ahora el carruaje mortuario había dejado atrás el hotel, se hallaba muy a la derecha, debilitándose el

chirrido de las ruedas, dejando paso poco a poco al ruido silencioso y confuso de los pasos que parecía cubrirlo, sumergirlo, a medida que el cortejo avanzaba, como una especie de lúgubre marea) la masa grumosa erizada de banderas oscilantes que avanzaba; sencillamente (sin dejar de mirar a la muchedumbre) sacó directamente de su bolsillo un purito negro que se metió entre los labios -preguntándose el estudiante cómo lo hacía para tener todos los días y desde la mañana el aspecto de no haberse afeitado desde la víspera (pero nunca más de dos días -al igual que tenía también permanentemente el aspecto de no haber dormido ni haberse cambiado de camisa desde hacía dos días, pero nunca más-, de modo que a fin de cuentas era preciso que, en un momento u otro, utilizara una navaja, durmiera y se cambiara de camisa, ¿pero cuándo?)-, el husillo pardo puesto ahora recto, horizontal, entre sus labios apretados (como si se los hubiera tragado, lo que levantaba sus comisuras en una especie de sonrisa inmóvil, sin alegría) de modo que el cigarrillo parecía clavado en una simple rendija de la piel recubierta por aquella barba -o mejor moho- grisácea (eso era: moho. Como si toda su desgarrada persona, sus enflaquecidas mejillas, su cuerpo enflaquecido, huesudo, demasiado alto y ligeramente encorvado bajo la ropa, la arrugada chaqueta que colgaba de sus hombros, el pantalón que colgaba también sujeto sin saber cómo a las delgadas caderas, su vientre tan plano que el enorme y negro revólver que llevaba en el cinturón, directamente contra su camisa, apenas sobresalía; revólver que parecía, a la vez por su tamaño desmesurado, ofuscador, caricaturesco y por la negligencia desenvuelta (e incluso aburrida) con que lo llevaba, una concesión hecha por fastidio a un estado de cosas que había reemplazado el incómodo uso de las corbatas por el aun más incómodo uso de los revólveres, él, que sin duda toda la vida se había anudado una corbata en torno al cuello sin preocuparse más por su color que por el modo como la anudaba, y probablemente perteneciendo incluso a esa categoría de tipos que anudan la corbata una vez por todas, limitándose por la noche a aflojarla suficientemente como para poder pasar el lazo por su cabeza y colocándosela del mismo modo a la mañana siguiente, y apretando el nudo, y eso es todo), como si toda su persona, pues, con sus ojos gris metálico, sus sedosos cabellos sin duda antaño rubios o al menos castaño claro y ahora sin color definido (no grises sin embargo, aunque habían dejado ya de ser rubios o castaños), aquel pelo grisáceo en las mejillas, se cubriera, se velara con una especie de vegetación parasitaria e incolora ("El hecho de no estar ya absolutamente seguro, dijo una vez más, pero continuar de cualquier modo. Como el bote de confitura sobre el que comienza a tejerse una delgada capa, como una niebla. Y si se rasca la parte superior, está todavía buena debajo. Quiero decir comestible. Sólo hay esa cabrona capa encima. Y pronto todo el bote hiede..."), sus pupilas color de hierro enmohecido siempre fijas en (ahora era como un río oscuro, agitado por lentos remolinos, algunos de ellos volviendo a veces la cabeza cuando pasaban ante el

hotel ("Uno de los siete tíos, acababa de decir, ¿pero cuál es el bueno?"), levantándola, mirando a quienes se apretujaban en las ventanas (de modo que la muchedumbre, aquella especie de magma, de lava brumosa gris y negra se punteaba aquí y allá de óvalos color carne, como burbujas, como máscaras puestas boca arriba sobre su superficie, derivando lentamente durante algunos instantes, llevados por la imperceptible corriente, y luego inclinándose hacia adelante y desapareciendo), luego a la guardia, ante la puerta, la ametralladora tras su parapeto, la barrera de mesas de café y las butacas de mimbre, y por fin volviendo la cabeza, sus rostros durante ese tiempo por completo desprovistos de expresión), sus pupilas siempre fijas en lo que ocurría abajo -la mano saliendo del bolsillo con la cerilla encendida ya en la punta de los dedos, acercando la llama al extremo del purito, encendiéndolo (siempre ante la mirada vigilante y circunspecta del maestro de escuela), sacando el humo por la nariz, arrojando la cerilla por el balcón, subiendo luego la mano hasta el rostro, retirando luego el cigarro de la boca (recuperando entonces los labios su forma normal: el de abajo grueso, con las comisuras hacia abajo ahora, ligeramente caídas)-, diciendo al fin (dándose cuenta entonces el estudiante de que sólo había transcurrido un instante, algunos segundos tal vez, desde que el maestro de escuela había hablado, después de que el americano hubiera contado la historia de los siete tíos, de los siete puñales, de las siete manos unidas y de las siete manos siniestras puestas tras las espaldas en las empuñaduras de los siete puñales):

"¿Nosotros?" el maestro de escuela mirándole siempre, y él fingiendo que no lo advertía, levantando de nuevo el cigarrito hasta los labios, chupando, hundiéndose más todavía las flacas mejillas, sacando otra vez el humo, manteniendo el maestro de escuela su observación, y hablando entonces el americano, pero sin dejar de contemplar el desfile a sus pies: "Claro. Nosotros. Lo había olvidado. ¿Quién sin eso?" y en un tono más alto (la voz sin ironía, ni burla, ni cólera: sencillamente un poco más alta, un poco desplazada, un poco más fuerte de lo necesario): "¡El bueno del anciano tío! ¡Es decir, nuestra buena y vieja tía! ¡La maldita y querida anciana barbuda que lo ha previsto todo!". El mundo entero era gris, apagado, pesado, húmedo...

## IV EN LA NOCHE

El mundo entero era incoloro, pesado, húmedo: volvería a hacer uno de esos sofocantes días de septiembre. Cuando uno se vestía por la mañana parecía como si el sudor de la víspera estuviera todavía en los dobleces de la ropa interior, a menos que fuera el propio sudor lo que se revestía al mismo tiempo que la camisa, encerrándolo simplemente, lo que hacía que se cambiase simplemente de sudor, pasando del de la noche al del día, con la única diferencia de que este último era blanco, o mejor gris, y se pegaba todavía con mayor fuerza a la piel. Y, eso al margen, nada distinto, pero era efectivamente el día siguiente, puesto que él (el estudiante) no había salido todavía y ni siquiera se había afeitado, y tuvo confirmación de ello cuando vio el periódico que había acarreado durante todo el día de la víspera doblado en su bolsillo (y ni siquiera leído, una vez recorridos de una ojeada maquinal el titular y el subtítulo, puramente maquinal la propia compra, puesto que había podido leer en el tenderete del quiosco no sólo aquel titular sino también las distintas variantes que presentaban los de los demás periódicos, que tendría aún tiempo de volver a leer, un poco por todas partes, durante el resto de la jornada) y sin duda sacado y arrojado sobre la mesa al mismo tiempo que el contenido de sus demás bolsillos, el papel sucio, ablandado por la humedad, felposo ya, con los bordes de las hojas aserrados por pequeños desgarrones, las esquinas dobladas como pétalos marchitos, retorcidas, el titular con grandes caracteres (es decir, lo que podía ver de él: sólo la primera mitad: ¿QUIÉN HA MUER) ajado también por decirlo así, o mejor pasado, marchito, sin brillo ni resonancia, no sólo a fuerza de haber sido leído y vuelto a leer de modo que no aparecía ya ahora más que como una sucesión de letras tomadas al azar del alfabeto y desprovistas de sentido, sino también, cuando éste surgía de nuevo... (pero la cortina de la ventana de enfrente seguía corrida, simplemente de un verde agrisado ahora también, apagado, mientras que, por la noche, le había parecido aceitunada, sin duda por el efecto de la luz que había dibujado en sombras chinescas sinuosas y movibles el sinuoso contorno del brazo levantado, del seno, de la cadera y del muslo ondulando, estirándose, extendiéndose en el paño bruscamente corrido, azotando el aire, de modo que, sobre el vientre formado un instante por la cortina, el costado pareció ahuecarse más aún, borrarse la cadera, estirándose exageradamente el seno cuyo pezón tocaba sin duda casi el tejido, puesto que en ese punto la sombra era más oscura, luego (corriendo las anillas, llegando al extremo de

la barra) todos los pliegues de la cortina pareciendo apretujarse, reunirse, metiéndose los unos en los otros hacia la izquierda, la sombra en ese momento por un instante rayada, o mejor encañonada, devuelta entonces la parte baja de la cortina hacia la derecha por un movimiento de balanceo, un reflujo, que la llevó hasta media altura, de modo que descubrió progresivamente las piernas a partir de abajo, las dos rodillas, el pubis, el negro triángulo de vellosas crines visibles por un instante, luego regresando por tercera vez la cortina hacia la izquierda, menos tumultuosamente, ondulando todavía débilmente la sombra, sus salientes alternativamente protuberantes o borrados, inmovilizándose luego, con el contorno casi idéntico al contorno del propio cuerpo, como calcado, luego todo se había apagado -y no hay ya ruidos insólitos ahora en el hotel, sino los habituales y prosaicos borborismos de cañerías y depósitos de agua-; se alejó de la ventana, se inclinó sobre el lavabo y dejó correr el agua fría por su nuca; al cabo de un momento se sintió mejor, cerró el grifo, regresó hacia la mesa secándose la cabeza; prosiguiendo con una mano el secado de sus cabellos con la toalla tomó con la otra el diario por una esquina, lo levantó, lo mantuvo en el aire el tiempo necesario para que se desplegara o mejor se abriera a medias, al modo de un libro, no por completo, luego lo dejó en la mesa, donde se mantuvo un momento, en V invertida, como un techo, hasta que la mano lo aplanó, visible por completo ahora el titular -y no ya sólo entonces una sucesión incomprensible de mayúsculas impresas, sino palabras, y las propias palabras formando una frase y la propia frase equivalente, o traducción, o representación, por medio de signos convencionales, de un hecho, de un acontecimiento-, el papel manchado ahora de gris oscuro donde (la esquina superior izquierda) los dedos mojados lo habían tocado, golpeado luego para extenderlo: cinco o seis manchas redondas, más ligeras, irregularmente distribuidas, que desaparecieron rápidamente, y la esquina, más impregnada de agua, permaneciendo oscura)...cuando el sentido de las mayúsculas surgía de nuevo, la propia noticia vaciada ya de cualquier valor, anticuada, fútil, como las que anuncia el viejo diario utilizado por el tendero para envolver la lata de puerros: sólo mala tinta de imprenta, palidecida ya, en un pedazo de mal papel medio desgarrado, el despojo, el flácido e irrelevante residuo, la flácida e irrelevante oración fúnebre por los acontecimientos muertos, y en la boca un sabor amargo, como a la mañana siguiente de una curda, de modo que finalmente lo volvió a doblar, cuidando de hacerlo de modo que el título se hallara esta vez en el interior, buscando luego una papelera donde arrojarlo. Pero no había. Lo arrojó, pues, sobre la mesa, vigilándolo un momento por el rabillo del ojo, a su espalda, en el espejo mientras comenzaba a enjabonarse, pero, bien porque hubiera permanecido demasiado tiempo plegado en el otro sentido, bien porque fuera demasiado grueso para permanecer así sin estar en un bolsillo o sin que algo lo sujetara, la hoja superior comenzó a desplegarse y levantarse, abriéndose lentamente con un movimiento imperceptible pero

continuado de porticón en torno a su bisagra: regresó entonces hacia la mesa, colocó el cenicero encima, lo observó por un instante. Ya no se movía. Pero en la boca permanecía el sabor amargo, nauseabundo (a menos que fuera sencillamente esa maldita porquería de aceite rancio en la que aquí lo cocían todo, como si éste fuera el único modo de preparación de los alimentos conocido, pescados, legumbres o carnes indiferentemente precipitados en el mismo recipiente lleno de aquel líquido viscoso, negro y humeante del que el americano decía que habría conseguido corroer los engranajes de un camión, siempre que el camión hubiera antes consentido en ingurgitarlo), lo que hizo que una vez abajo pidiera primero un agua mineral con la esperanza de limpiar y poner en marcha los engranajes de su cerebro, sentado en la terraza del bar del hotel, en la misma mesa donde estaban los cuatro la víspera, siendo la única diferencia que ahora era de día y que, aunque no hiciese sol, el toldo estaba echado, de modo que podía leer al revés y transparentándose:

## BAR AMERICANO

y paralelamente, algo más abajo pero del otro lado de la plazuela y al derecho:

## RELOJERÍA - BISUTERÍA - ÓPTICA

La cortina metálica (encima había un enorme reloj de oro pintado en trompe l'oeil en la plancha ondulada, enmarcado entre, por un lado, un anillo de unas cuarenta veces el tamaño natural que llevaba un diamante aureolado por un abanico de rayos y, por el otro, un par de gemelos también de oro y también rodeado de rayos) estaba todavía echada. Sin duda abrían más tarde. Aquí todo comenzaba muy tarde, incluso con la revolución (de modo que cuando el americano le había dicho "mañana por la mañana" eso tanto podía significar las nueve como las doce, pero puesto que le había dicho que le esperara igual le encontraría allí que en su habitación), pensando que más probablemente debía de haber sido pillada y que sin duda hacía mucho tiempo ahora que la cortina metálica no había sido levantada, puesto que la farmacia sí que estaba abierta, a menos que se supusiera que los farmacéuticos estaban obligados a un horario especial,

movilizados o algo así, porque podía verlo en bata blanca yendo y viniendo en el interior, tras el cristal, por debajo del anuncio de letras verde mar sobre fondo negro que corría a lo largo de la fachada:

## *ANÁLISIS*

### *ORINA - ESPUTOS - SANGRE*

lo que, al fin y al cabo, hubiera podido constituir una divisa bastante hermosa para la aldea, había dicho el americano, e incluso para todo el país, repitiendo: "¡Ja, ja, ja! Orina, Espustos y Sangre ¡Ja, ja, ja! «Se me han meado en la cara y han escupido en mis huesos», ¿no es algo así?" el tipo con uniforme de policía, o de oficial, mirándolo, su rostro rubicundo, ligeramente congestionado, coloreándose imperceptiblemente, dubitativo, mirando luego al italiano sentado a su lado, inmóvil, silencioso, taciturno, con los pies cruzados bajo el sillón, su inseparable fusil con la culata apoyada en el suelo, el cañón entre las rodillas separadas, luego al estudiante (pero no por mucho tiempo: deteniéndose sus ojos una fracción de segundo, buscando los suyos, y apartándose en seguida), luego (rápidamente también) el anuncio luminoso que seguía encendiéndose y apagándose regularmente, en neón verde:

### *ORINA - ESPUTOS - SANGRE*

el rostro gordo y blando pareciendo enrojecer más bajo el halo, mirando por fin de nuevo al americano, abriendo la boca, iniciando una frase, pero obligado a interrumpirse para aclararse la garganta, hablando por fin, con aquella voz que parecían tener todos en común y que semejaba ser una sola cosa con la lengua,

ronca, rápida, gutural, exagerada, diciendo:

"¿Quieres decir que hubiera sido una buena divisa antes?". Hablaba sin elevar el tono, con la luz proveniente del interior del bar iluminándolo de frente, esculpiéndolos a los cuatro en negro, invisible, oscuro el rostro del americano; de vez en cuando, cuando movía la cabeza (se volvió ligeramente hacia el interior del bar, levantando su vaso vacío para enseñárselo al camarero, con un poco de espuma brillante pegada todavía a su labio superior, enjugándola rápidamente su lengua, luego una vez más su labio inferior, tomándola), la luz dibujaba en amarillo el perfil de su nariz, el arco ciliar y un lado de su boca, pero los ojos permanecían invisibles, repitiendo el tipo de uniforme: "¿Quieres decir antes?", volviendo la cabeza el americano y de nuevo todo el rostro quedó oscuro, salvo la mancha roja del purito plantado entre sus labios; cuando arrojaba el humo no entraba en seguida en la zona de luz, sino un poco más allá de su rostro, de modo que parecía que no lo exhalaban sus labios sino algo por delante de él, manteniéndose también su voz por delante de su boca, desprendida de él, como suspendida, oculta en el atorbellinamiento del humo:

"¿Antes?"

- Sí: antes", volviendo la cabeza de nuevo el americano, diciendo rápidamente al camarero de pie junto a él: "Dame otra", examinando luego apaciblemente el rostro blando, el cráneo calvo, demasiado blanco, y por fin la mano que el camarero acababa de librar del vaso esbozando un vago gesto, tras de lo cual bajó hasta el bolsillo, sacó de él un pañuelo con el que enjugó una vez más su labio superior, luego el sudor de su frente; incluso por la noche la ciudad seguía sudando, rezumando, con la diferencia de que entonces se podía casi oír eso a través del (o por encima del) silencio nocturno (un chorrear tenue, imperceptible, incesante, algo que fluía de ella gota a gota en la oscuridad, solapadamente, va-ciándola, imposible de detener, prosiguiendo su manar por todos los poros), silencio que no era simplemente vacío, ausencia, detención de ruidos, sino por así decirlo activo, espeso: como si durante el día toda aquella agitación (el bullicio, los ruidos de armas, las discusiones, el petardeo de los motores) no tuviera más razón que aturdirse, engañarse, cubrir con el estruendo y el movimiento el tenue y solapado siseo de escape, esa especie de invisible y permanente hemorragia. Eso se detenía bruscamente por la noche, como se detenía el ensordecedor concierto de los gorriones en el follaje de los plátanos bajo los que vagaba sin objetivo la muchedumbre charlatana pasando y volviendo a pasar entre los quioscos de periódicos, los puestos de flores, las banastas repletas de un revoltijo de insignias, fulares, folletos educativos, pistoleras y bandoleras de fantasía, gallardetes, galones,

bustos de yeso y retratos en blanco y negro o en color de profetas barbudos, graves, miopes y meditabundos que los buhoneros amontonaban cada noche en el crepúsculo, cada noche un poco antes (los días se acortaban muy deprisa ahora; el crepúsculo rosáceo, húmedo, los primeros faroles proyectando una luz indecisa, enneblinada, la ciudad tomando poco a poco esa consistencia de bronce (pensando el estudiante en ciertos cuadros de Poussin, ciertas aguadas en las que unas estatuas derribadas yacían mutiladas bajo cielos de metal fundido, sofocantes, y algunos personajes corriendo, velándose el rostro, huyendo en todas direcciones, entre los solemnes palacios, las solemnes hileras de frontones y columnatas, las solemnes perspectivas enlosadas, vacías, por donde corrían sin ruido a ras de suelo, rápidas, voraces e innumerables, las ratas), vasta, desierta, extrañamente iluminada, abandonada al vacío, a las deslumbradoras tinieblas), cayendo la noche cada vez un poco antes, como si se reforzara, se apretara un poco más día tras día el abrazo de la sombra, de la estación de los lutos y lágrimas; hubiérase dicho que era una pajarera (como los pájaros a los que, de noche, se hace callar cubriéndoles la jaula), el discordante fragor dejando paso a una especie de estupor consternado, atento (pero no acechaban el cañón; todavía no, estaba demasiado lejos, aunque pareciera que casi podían oírlo, pero era sólo una ilusión, pues también por la noche cesaba, se callaba, cayendo también allí el silencio, en las pedregosas llanuras, las peladas colinas y los pueblos en ruinas donde, terminada la jornada y hecho el trabajo, se adormecían los estados mayores de viejos y soñolientos generales -escuchando sin duda, también ellos, ese algo que rezumaba en la oscuridad, terrorífico, y el terrorífico, silencioso y menudo trotar de las ratas-), el lacerante anuncio:

### *ORINA - ESPUTOS - SANGRE*

encendiéndose y apagándose sin cesar, infatigable mecánica, y ellos cuatro sentados aún allí, charlando y bebiendo, exactamente como cuatro tranquilos clientes en la terraza de un café en un anochecer demasiado cálido, salvo que en toda la ciudad sólo había instalados, acá y allá a aquella hora en las terrazas de los cafés, otros tipos semejantes a ellos, es decir, todos armados, y las armas cargadas, y el calvo (su rostro demasiado grasiento chorreando también, reluciente, pero no parecía preocuparle, no pensaba en secárselo), el busto un poco inclinado hacia adelante, descansando en sus antebrazos apoyados en los brazos del sillón,

demasiado rígido, demasiado tenso, mirando siempre al americano, diciendo:

"¿Pero acaso no hay farmacias en América?".

El americano mirando al camarero poner ante él un nuevo vaso de cerveza, pero sin tocarlo, con el rostro de nuevo iluminado lateralmente por las luces del bar, de modo que se podía ver la comisura de su boca ligeramente estirada, como si sonriera, la voz divertida también:

"Sí, sí. Claro. Muchas farmacias. Y también tipos que mean y escupen pus. Montones. En todas partes es lo mismo, ya sabes. Deberías viajar".

El rostro del calvo sin ni siquiera inmutarse, entrecerrados los párpados, los ojos inmóviles, fijos en el vaso de cerveza lleno todavía que el camarero acababa de traer, luego la boca moviéndose, sin que levantara los párpados, sin que nada sino los labios se moviera, con la mirada siempre neutra, fija, como si se dirigiera al vaso de cerveza:

"Y borrachos, ¿hay muchos?".

Luego la carcajada del americano, mientras su mano avanzaba, se cerraba alrededor del vaso, lo levantaba:

"Borrachos, también. Todo. Lo único que falta son esos fulanos que se llenan de sangre a golpes de vergajo mientras se desgañitan cantando en las procesiones".

El rostro demasiado gordo frente a él cubriéndose más aún de sudor, hubiérase dicho, con la voz todavía más ronca, arrogante, excesiva diciendo violentamente:

"Eso era antes.

- Claro. Ahora es mejor. Más moderno. -¿De qué estás hablando?

- De las sangrías. Cuestión de progreso."

El italiano agitándose entonces en su silla, dos de sus dedos buscando, sacando un cigarrillo retorcido de uno de los bolsillos de la pechera de su mono, inclinándose bruscamente hacia el americano, diciendo: "¿Tienes fuego?", el americano tendiendo hacia él su purito, el italiano inclinándose más aún tras haber cuidado de que el cañón de su fusil resbalara hacia un lado, excavando la luz dos

sombras negras en sus mejillas mientras chupaba para encender su cigarrillo, la voz del calvo diciendo: "¿Qué progreso?", el italiano quitándose el cigarrillo de sus labios, volviendo hacia él la cabeza, diciendo: "Escúchame, hombre, ya está bien, ¿no?", el calvo siempre perfectamente inmóvil, tan pesado, tan inmóvil como un bloque de piedra (sencillamente había movido un poco la cabeza, miraba de nuevo al americano), repitiendo: "¿Qué progreso? -Mierda, dijo el italiano. ¡Vamos a acostarnos!", y el tipo de uniforme: "Dice que hay progreso. ¿Qué progreso?", y entonces el americano echándose hacia atrás en su sillón, estirando las piernas, cruzando los pies, apartando el humo de su rostro con un gesto de la mano: "No lo sé. Me pregunto con qué habrán sangrado a ese tipo. -¿Qué tipo?"; el rostro del americano por completo ahora en la sombra, perfectamente invisible, manteniéndose su voz de nuevo un poco por delante de su boca: "Creía que estabas al corriente.

Creía que estabas con nosotros en ese balcón. Creía que habías visto pasar su entierro. Era muy emocionante. Su nombre estaba por todas partes. ¿No sería algo así como Santiago", agitándose todavía el italiano, cambiando de lado su fusil (o mejor de posición con respecto a su fusil, como si él hubiera terminado por ser sólo un arma, e incluso el acompañamiento de un arma, como esos ¿cómo se les llamaba antes? (¿no era portaespadas?) cuya única función consistía en ser los servidores, o en cierto modo los portadores de la violencia, de la muerte), inclinándose de nuevo hacia el americano teniendo el cigarrillo muy cerca de su boca, diciendo: "Está apagado...", tendiendo el americano esta vez hacia él su purito con el brazo extendido, sin mirarle, ambas voces tranquilas (la del americano y la del calvo) alternándose, respondiéndose en el silencio nocturno de la plazuela, sin levantar el tono, apenas más fuertes que el ruido de los platos que el camarero hacía entrechocar mientras los lavaba tras su mostrador en el bar desierto, pudiendo el estudiante (es decir, aquel que había sido el estudiante) oírles (es decir, si, como se afirma, un hombre está constituido por la suma de sus experiencias, pudiendo oír esa parte de sí mismo que tenía la forma de un americano desgarrado (demasiado alto, gris o mejor grisáceo, de mirada demasiado triste también, y del que no sabía sino que tenía el rostro demasiado arrugado para su edad y la voz demasiado gastada, demasiado fatigada) dialogando con esa otra parte de sí mismo que tenía la forma de un tipo calvo, vestido con algo que se parecía a un uniforme, y fatigado también, ambos manteniéndose en esa parte de sí mismo que tenía la forma de una plazuela del barrio antiguo, con, cerrando uno de sus lados, la fachada oscura de una iglesia (verosíblemente incendiada, aunque estaba demasiado oscuro para distinguir las huellas del humo; pero habían sido obstruidas con empalizadas de tablas las arcadas entre las falsas columnas corintias del peristilo, empalizadas cubiertas de carteles de propaganda superpuestos y desgarrados en uno de los

cuales, desde donde estaba sentado, podía distinguir, a la izquierda y un poco por encima de la cabeza del calvo, un avión de alas oscuras hacia el que un niño levantaba su rostro aterrorizado y lloroso), y en otro de sus lados el bar todavía iluminado del hotel requisado donde ellos (el americano, el italiano y el estudiante -o mejor esas tres partes, esos tres fragmentos de sí mismos que eran un americano, un hombre-fusil y un cabeza de chorlito) dormían, y, enfrente, una joyería con el cierre echado, y una farmacia que hacía análisis (pero ahora -sin duda debía de ser muy tarde- el anuncio de neón había dejado de encenderse y apagarse):

"Pero al fin y al cabo tal vez ni siquiera ha sangrado. Tal vez ni siquiera ha dejado mancha. Tal vez era un rábano.

"¿Un rábano?

"¿No has oído nunca hablar de los rábanos? Rojos por fuera, blancos por dentro. ¿No los conoces?

"Sí.

"Mejor así. Hubiera sido extraño que no los conocieras.

"¿Por qué?

"Porque todo el mundo los conoce. Los hay en todas partes. Tal vez tú seas uno de ellos.

"Tal vez. Tal vez tú también.

"Tal vez yo también. ¿Cómo saberlo? Pero tal vez lo seas tú.

"Sí. ¿Cómo saberlo?

"¿Tal vez haciendo un agujero y mirando? ¿Tú qué crees?

"Tal vez.

"Por eso necesitamos las armas. Por eso necesitamos tantas armas aquí.

"¿Qué quieres decir?

"Todas las armas al frente. Todas las armas para el frente. Está en los

periódicos, ¿no?

"¿Qué quieres decir?

"Pero todos los periódicos dicen también que la retaguardia está llena de rábanos.

"¿Por qué me dices eso?

- Oh, mierda. Vamos. ¡Acostémonos!" El italiano de pie ahora. El americano y el calvo levantando ambos la cabeza, mirándole, el italiano repitiendo:

"Acostémonos. Subamos".

Y más tarde le era imposible dormir aunque se esforzara por permanecer perfectamente inmóvil con la esperanza de conseguir no sudar, y sudando pese a ello, aunque no tuviera ni siquiera la sábana encima (la de abajo no tardando en estar pronto tan húmeda como la camisa que había llevado durante el día, y tan arrugada -aunque estuviera seguro de no haberse movido ni una sola vez- como si se hubiera acostado sobre una madeja de cuerdas); pero no era su sudor lo que creía (lo que le parecía que podía) oír manando y chorreando lentamente en la oscuridad, el silencio, espiondo la misteriosa supuración en alguna parte, a su alrededor, la ciudad cubierta por las tinieblas de donde parecía emanar (como a través del brutal y pesado silencio que engendra la manta arrojada sobre la jaula) el aliento de una imperceptible y monumental respiración (los imperceptibles, invisibles y misteriosos estremecimientos de alas, los inaudibles y quejumbrosos suspiros que turban su sueño de pájaro, sus sueños de pájaro atravesados por sus terrores nocturnos), y nada tampoco para leer (salvo el periódico que permanece doblado en cuatro en su bolsillo -pero sabía de memoria todo lo que decía, y sin ni siquiera tener necesidad de leerlo-), cuando comprendió que debía renunciar a la esperanza de dormir, tendido ahora desde hacía mucho tiempo en la oscuridad asfixiante, el enigmático y amenazador silencio (como si no fueran simplemente la noche, la oscuridad, las que habían reemplazado al día, sino una especie de marea, de lava tibia y opaca que se hubiera extendido lentamente por las calles, las avenidas, elevándose poco a poco a partir del suelo como el agua en una acequia, escalando las fachadas a medida que la luz se retiraba, sumergiéndolas por fin, obstruyendo, impidiendo el paso al mismo aire, puesto que ahora había dejado de oír incluso el chirrido esporádico de la veleta, en alguna parte, en un techo cercano, como si la imperturbable y floja brisa que procedía del mar hubiera también cesado, se hubiera desalentado a su vez, renunciando a infiltrarse), de modo que por fin se

levantó (su cuerpo se levantó) con la esperanza (al menos ése fue oficialmente el argumento que su cuerpo le proporcionó y que su espíritu admitió, aunque no lo creyera en absoluto) de hallar en la ventana el medio de llenar sus pulmones con algo distinto a algodón empapado en agua, pero al otro lado del patio la ventana del americano estaba iluminada, de modo que su primer movimiento fue ponerse el pantalón, luego, a punto de ponerse la camisa, se inmovilizó, pensando (es decir, la parte de sí mismo que se esforzaba por engañar al otro diciendo): "País de mierda donde ni siquiera el embaldosado bajo los pies desnudos es jodidamente capaz de estar más fresco que una cama o mejor un montón de ropa húmeda. ¡Ni siquiera vale la pena acostarse en el suelo!", mientras la otra parte de sí mismo deliberaba acerca de si era prudente, o peligroso, o estaba fuera de lugar, o era por el contrario correcto, o ridículo, salir al corredor e ir a llamar a la puerta del americano, luego la parte de sí mismo que intentaba engañar al otro consiguiendo persuadirle (no por medio de argumentos razonables -como por ejemplo hacerle observar que si el americano tenía algo que decirle era ya bastante mayor como para recorrer quince metros de pasillo, y que ya lo habría hecho- sino sencillamente con engaños) de que jamás había debatido esa alternativa sino sólo la posibilidad de hallar un poco de frescor en contacto con las baldosas y de aire respirable ante la ventana. Pero no había ni lo uno ni lo otro. Aunque el contacto del aire era más soportable que el contacto de las sábanas, como decían los ejemplos gramaticales sobre el empleo de los comparativos; al menos éste fue el segundo argumento que la parte de sí mismo que engañaba proporcionó complacientemente a la otra para justificar el hecho de que no se acostara de nuevo, se sentara, perplejo y meditabundo, en la única silla (había también un sillón, forrado de un terciopelo descolorido y polvoriento, que se guardó mucho de utilizar, no por asco sino por temor a comenzar de nuevo a sudar), lo que, explicó la parte complaciente de sí mismo, reducía al mínimo el contacto de la piel y reducía en consecuencia los puntos de sudación, explicación (o pretexto, o justificación) que admitió sin profundizar aunque supo perfectamente que no era ésa la razón que le forzaba a permanecer sentado en una silla en la oscuridad, sino algo que le impedía no sólo dormir sino también tenderse, algo que no podía nombrar ni ver pero cuya presencia podía sentir, con tanta seguridad como se puede sentir la del agua en las tinieblas, el frío y mortal aliento del agua, incluso cuando está perfectamente tranquila, sin corrientes ni remolinos, negrura en la negrura, pérfida, llana, reptiliana, hasta tal punto insoportable (comprendiendo que no era el calor lo que le impedía dormir, sino exactamente lo contrario: ese frío, esa cosa implacable, inmóvil) que terminó encendiendo la luz: la habitación sólo era una habitación, un cubo: el embaldosado, el techo, cuatro paredes pintadas de color verde agua, una cama de metal barnizado. Fue a correr la cortina de la ventana (ahora la del americano no estaba ya iluminada), tomó el paquete de puritos del bolsillo de su chaqueta, encendió uno y se sentó de nuevo, escuchando ponerse en

marcha (sin duda el campanario -o el reloj- estaba muy cercano: pudo escuchar el salto del tope, luego los engranajes poniéndose en marcha, con leves chasquidos) el carillón (cuatro veces dos notas altas, emparejadas) que anunciaba la hora, luego un intervalo, luego el bronce golpeado, majestuosamente, por dos veces, la nota baja, grave, permaneciendo la vibración suspendida un momento en el aire inmóvil, luego el silencio y la noche refluyeron. Pero todo lo que hacía el humo del purito era quemarle la boca: lo aplastó en el cenicero, casi entero todavía, y luego se mantuvo de nuevo allí, simplemente vestido con su pantalón, sentado en la silla, casi en el centro del cubo pintado de verde, esforzándose en negarse a pensar o a imaginar lo que fuera. Todo lo que sabía era que le resultaba imposible decidirse a apagar la luz y a acostarse de nuevo, preguntándose sólo si entre los actos a los que podía resolverse (y aparentemente no había muchos salvo el de permanecer sentado en aquella silla) entraba el de sacar el periódico del bolsillo de su chaqueta e intentar leer, y entonces (como esos enfermos a los que la mera idea no ya de un plato, sino de comer, masticar, deglutir les resulta insoportable) revolviéndosele, rebelándosele el estómago, invadido por una especie de náusea mientras le parecía ver cómo se mezclaban los titulares con grandes letras:

### *QUIÉN HA MUERTO QUIÉN HA ASESINADO QUIÉN HA FIRMADO EL CRIMEN*

tragándose precipitadamente una furiosa náusea, de modo que se dirigió (se había puesto en pie), no hacia la silla en que había colgado su chaqueta, sino hacia el lavado, tomando sin embargo la precaución de dejar correr unos momentos el agua tras haber abierto el grifo, lo que no le impidió escupirla en seguida, esforzándose ahora en aguantar el trago de líquido tibio que acababa de engullir y que intentaba salir de nuevo mientras se insultaba por haber abierto el grifo del agua caliente, lo cerraba, abría rápidamente el otro, del que no salía nada, lo que, advirtió inclinándose, no tenía nada de asombroso, puesto que ninguna cañería le llegaba, de modo que ni siquiera se tomó el trabajo de cerrarlo de nuevo, pensando que al fin y al cabo era normal que en un país donde el agua fría salía caliente no se hubiera considerado útil gastar dinero en efectuar una segunda instalación, alejándose ahora con rapidez del lavabo y de los olores de cloaca, tomando de nuevo del cenicero el cigarrillo arrugado ahora como un acordeón, examinándolo,

intentando torpemente enderezarlo y pegar de nuevo, de cualquier forma, las finas hojas de tabaco reventadas, aproximando luego una cerilla al extremo aplastado y chupando encarnizadamente tres o cuatro veces, un poco de humo y mucho aire pasaron silbando, luego, cuando hubo retirado la cerilla, sólo aire, entonces se lo sacó de la boca, lo mantuvo un instante ante sus ojos, contemplándolo con atención, luego lo aplastó definitivamente en el cenicero, dirigiéndose su mano, cuando lo hubo hecho, sin detenerse hacia el paquete que permanecía sobre la mesa, y tomándolo mientras su otra mano hacía correr la pestaña de la tapa y la levantaba: pero estaba vacío. Esperó por un momento que el último hubiera podido resbalar y ponerse de través: introdujo dos dedos en el interior del paquete, separándolos, inclinándose, mirando su interior, retirando luego sus dedos, mirando aún el paquete vacío (como un momento antes había examinado el aplastado cigarro), violentamente coloreado, amarillo, verde, azul, rojo, como un uniforme de general, y donde la garantía

### *FLOR DE TABACO*

se repetía como un leitmotiv: la primera vez en un sello oval, negro contra el fondo crema del paquete, rodeado por una corona de medallas sin duda obtenidas en sucesivas exposiciones internacionales y que formaban una especie de nube dorada de donde escapaban relámpagos con puntas de flecha y zigzagueantes, corriendo luego en pequeñas letras blancas por la franja azul bordeada de rojo que cubría todas las aristas del paquete, luego (esta vez en letras doradas) en una banderola rosa cuyos bífidos extremos caían, tras haberse enrollado en rizos a ambos lados de la etiqueta verde manzana, enmarcando la palabra

### *HABANA*

trazada en letras negras y ornadas; e inmediatamente debajo, en caracteres

más pequeños y rojos:

*FÁBRICA DE CIGARROS P UROS*

y por debajo también (ahora se había puesto a leer por completo, con aplicación, sistemáticamente -a fin de cuentas mejor era eso que el periódico-) en un recuadro rosa:

*SUPERIORES de la VUELTA ABAJO*

*CALLE DE LA INDUSTRIA N.º 520*

luego, más abajo aún (y tuvo que darle la vuelta al paquete, pues la etiqueta verde manzana estaba colocada a caballo sobre las dos caras mayores de éste), y de nuevo en negro sobre el fondo verde:

*SUPERIOR VUELTA ABAJO S EGARS MANUFACTURED IN*

*HAVANA*

*INDUSTRIA STREET N.º 520*

certificada la mención por una firma caligrafiada en cuyas rúbricas podía descifrarse el nombre:

Cifuentes (o Cifrientes) J. T.º, semioculto el complicado trazo que se extendía

debajo por un ancho timbre verde oscuro que daba casi la vuelta al paquete, poniendo en grandes letras las palabras

## *REPÚBLICA DE CUBA*

dibujando una línea ondulada, y debajo la mención:

### *SELLO DE GARANTÍA NACIONAL DE PROCEDENCIA*

destacándose sobre un fondo de rayos que iban a dar, a derecha y a izquierda, contra dos viñetas ovales, verticales, enmarcadas por amorcillos mofletudos y alados la parte baja de cuyo cuerpo terminaba en hojas de acanto, enmarcando la viñeta de la izquierda un escudo rodeado por una rama de encina y una rama de olivo cuyos tallos se entrecruzaban en la base de un haz de licitor que desaparecía tras el escudo para reaparecer por encima, coronado por un gorro frigio, dividido el escudo en tres zonas por dos líneas rectas formando una T: arriba, (encima de la barra superior) una banda horizontal en la que estaba representado el sol levantándose sobre un mar en medio de dos islas (¿o dos rocas?) entre las que estaba dibujada una llave flotando sobre las (o suspendida en el aire un poco por encima de las) olas, la parte inferior izquierda (es decir, a la izquierda de la barra vertical de la T) rayada con tres franjas verdes en diagonal, la de la derecha conteniendo un paisaje montañoso compuesto por una sierra oscura, en primer plano, en la que crecía una alta palmera de abundante follaje cuyo tronco pasaba precisamente por el centro de los dos picos que formaban la segunda sierra que cerraba el horizonte, y en la otra viñeta oval podía verse representado un campo de tabaco cuyas anchas hojas ocultaban hasta la cintura a unos hombres en mangas de camisa y tocados con anchos sombreros, ocupados sin duda en la recolección, delimitado el campo de tabaco, al fondo, por una colina en la que crecían varias palmeras parecidas a las representadas en el blasón: contó cinco (una aislada a la

izquierda, las otras cuatro agrupadas a la derecha), y ocho recolectores en el campo de tabaco (o mejor, mirándolo bien, siete recolectores sólo, con el busto inclinado, los brazos extendidos o medio doblados, ya que el séptimo personaje, en primer plano, con el busto erguido y los brazos a lo largo del cuerpo, daba la impresión de posar para el dibujante (o el fotógrafo, si, como parecía, el dibujo había sido ejecutado a partir de una fotografía) semejando más un capataz o un jefe de explotación; pero tal vez había otros más (otras palmeras, otros recolectores): no podía verlos, pues un segundo timbre estaba pegado sobre el primero y perpendicularmente a él, de modo que cubría en parte el paisaje representado en el medallón, este último timbre (o banda de garantía) decorado sólo con motivos finamente caligrafiados que dibujaban en gris azulado una sucesión de ochos que formaban una especie de nasa o de redes de pescadores dispuestas simétricamente a uno y otro lado de un disco central en cuyo contorno podía leerse, arriba, la palabra TABACALERA, seguida por las iniciales S. A., el resto del contorno del disco adornado con pequeñas perlas y el centro ocupado por un nuevo blasón decorado con signos o animales heráldicos (castillo, león) y que parecía constituir por así decirlo el cuerpo de un águila cuyas dos alas estilizadas lo enmarcaban a la derecha y a la izquierda mientras encima se erguía la cabeza, con el pico ganchudo, dispuesto a desgarrar, y por debajo de ambos lados sobresalían las poderosas garras y la cola en forma de palmeta, destacándose la caligrafía de ochos entrelazados como un encaje sobre el fondo propiamente dicho del timbre, naranja pálido adornado con motivos decorativos intrincados que, si se miraban bien, estaban formados por estrechas cintas trenzadas sobre las que se repetían en letras minúsculas las palabras RENTA DE TABACOS formando un indistinto segundo plano de donde se destacaba en letras azul grisáceo la triple indicación:

*PRECIO DE LA CAJA*

*PRECIO DEL PAQUETE*

*PRECIO DEL CIGARRO*

sin que cifra alguna figurara en frente de cada una de las referencias, lo que

no tenía ninguna importancia, por otro lado, puesto que de todos modos no podían comprarse (era el americano quien le había dado el paquete), la única cosa que vendían ahora los estancos eran cigarrillos liados en hojas de papel basto que era preciso desenrollar a medias y lamer para engancharlas, de modo que cuando eso estaba hecho casi la mitad del tabaco había caído, lo que tampoco tenía gran importancia dada la calidad del tabaco, y en cualquier caso (pensó dejando el paquete) eso lo había mantenido ocupado un buen rato durante el cual había olvidado por lo menos la existencia del periódico y de los grandes titulares, puesto que oyó dar (la pareja de notas altas cayendo por dos veces) la media, pensando que no había oído dar el cuarto, buscando esta vez en el bolsillo de su chaqueta opuesto a aquel en que se hallaba el periódico, tomando el paquete de cigarrillos, abriéndolo, desliando uno de ellos, haciendo caer las briznas de tabaco seco y negro en la palma de su mano, echándolas en el paquete vacío ahora, poniéndolo ahora en la mesa, tomando el purito aplastado en el cenicero, descortezándolo y terminando de romper las hojas en pequeños fragmentos que colocó a pulgaradas en la hoja de papel de fumar doblada en dos. Se había puesto sobre la mesa, de modo que consiguió no perder demasiado, barriendo cuidadosamente el excedente desparramado en la parte superior del mueble, formando un montoncito que empujó hasta el borde con el canto de la mano, hizo caer en la palma de su otra mano colocada debajo como un cuenco y echó a su vez en el paquete vacío: quedando algunas briznas pegadas a sus palmas húmedas; las frotó, tomó con precaución el cigarrillo liado y mojado que había depositado en el borde de la mesa, se lo llevó a la boca cuidando de mantenerlo perfectamente horizontal, lo encendió, dio algunas chupadas, luego se levantó, fue hasta el conmutador, apagó la luz, se quitó el pantalón, lo arrojó al azar en la oscuridad hacia la silla y esta vez fue a tenderse en la cama, oyendo poco después dar los tres cuartos, quemándole esta vez el humo del cigarrillo los labios directamente, quemándole el cigarrillo (es decir, lo que quedaba entonces y que mantenía ahora con precaución entre los extremos del pulgar y del índice redondeado) al mismo tiempo los dedos de modo que su mano se agitó vivamente, describiendo la mancha roja un arco en la negrura y luego (cuando cayó al embaldosado) una corta línea recta, dejando tras de sí una estela de brasas incandescentes, rojas todavía durante unos instantes, desapareciendo luego, y él siempre tendido en la cama, y ni un ruido, ni la veleta, ni un coche en el exterior, ni una sirena en el puerto, como si toda la ciudad estuviera muerta, como esas ciudades enterradas intactas con sus habitantes asfixiados durante el sueño y a quienes se hallará mil o dos mil años más tarde tendidos, contraídos, desnudos y calcinados, acodados en sus camas con posturas de terror y de alarma, y al cabo de un momento el acre olor del tabaco se debilitó, poniéndose de nuevo tranquilamente a heder el lavabo, la sofocante hediondez de letrinas, de melón pasado y de aceite rancio refluyendo de nuevo, a menos que fuera, como afirmaba

el americano, la del viejo y gordo general cuyo cuerpo continuaba pudriéndose y apestando apaciblemente en alguna parte, con su rutilante guerrera crema con adornos rojos y azules cubierta de condecoraciones doradas, exactamente como un paquete de cigarrillos, yaciendo, monstruoso, hinchado y pestilente bajo la silenciosa y tórrida ciudad de bronce cuyas cloacas obstruía, licuándose, vaciándose lentamente, supurando gota a gota en el silencio sólo turbado por el galope de miríadas de ratas, y entonces se sobresaltó, se incorporó, diciendo: "Sí. ¿Qué pasa? ¿Quién está ahí?", apoyado ahora en el codo, atónito, jadeante, intentando en vano sacudirse la especie de ganga negra y dura del sueño, e imposibilitado de moverse durante unos instantes, tan rígido como si hubiera sido de madera, aunque no dejó de gritar a su cuerpo, zumbándole las orejas, con la oscuridad girando a su alrededor; luego eso cesó, se inmovilizó, descamándose la costra negra y rígida que le recubría, agrietándose dolorosamente, y entonces le fue posible moverse, repitiendo: "¿Quién está ahí?", los pasos, el confuso ruido de voces alejándose, disminuyendo por el corredor. Se levantó; casi podía oír el escamoso caparazón del sueño resquebrajarse, hacerse trizas en toda la superficie de su cuerpo mientras que, con gestos rígidos y golpeándose con los muebles en la oscuridad, alcanzaba la silla, tanteaba el respaldo, luego el asiento, luego por el suelo buscando su pantalón, que tomó por fin, dando por un momento vueltas y vueltas al montón de flácido paño para encontrar la cintura, y logrando por fin ponérselo; el corredor estaba iluminado pero desierto, y la luz se apagó casi en seguida; sin embargo, la del hueco de la escalera siguió encendida, dando la luminosidad en el codo que formaba el corredor y reflejándose, iluminando débilmente hasta él la pared pintada y la serie de puertas cerradas, luego se apagó también, la puerta del vestíbulo, abajo, resonó, luego por completo el silencio en el que pudo de nuevo percibir el ruido del aire yendo y viniendo por sus pulmones, y nada más, hasta que le llegan los chasquidos de portezuelas de automóvil cerradas con fuerza, luego el ruido de un coche poniéndose en marcha, luego de nuevo el silencio y esa cosa chata, innombrable, inmóvil, que podía sentir como se puede sentir el agua, tenebrosa, helada, mortal; sin embargo el patio estaba silencioso también, a oscuras la habitación del americano, y un poco más tarde (estaba de nuevo tendido, pero de nuevo era imposible dormir, como si, cuando había roto la costra, sueño y oscuridad se hubieran de nuevo dissociado -como los elementos componentes de un cuerpo químico, o mejor de un estado: hallándose ahora el sueño en el exterior de su piel, como si todo su cuerpo se hubiera contraído, se mantuviera en el interior de su envoltura, rígido y duro como un guijarro, una especie de enanito retráctil, obstinado, crispado y vigilante-) oyó de nuevo dar la hora, ponerse en marcha la serie chasqueante de los engranajes (como una minúscula agitación, puntual, atareada, diligente), luego el par de notas altas, claras, argentinas, sonando cuatro veces, y después las lentas campanadas, espaciadas, solemnes, permaneciendo

mucho tiempo la vibración suspendida en las tinieblas, y eran las cuatro. Las contó maquinalmente, sin asombro ni interés, como se apartan con la mano unas moscas molestas, acaparadas ahora por completo sus facultades de atención por otro ruido, una voz, o mejor no una voz exactamente, es decir, no los sonidos familiares que el oído está acostumbrado a escuchar brotando de una garganta, modulados por las palabras, por un lenguaje articulado, anónimo y prefabricado, sino la voz (o si se prefiere el lenguaje en estado bruto, primitivo: una queja, un gemido que le llegaba a través del patio, monótono, ahogado, escapando de una garganta femenina, y él siempre tendido en la oscuridad, conteniendo ahora su respiración, escuchando la queja que se eleva en el silencio, las lamentaciones, saltando luego de la cama, corriendo a la ventana, pero sin encender la luz, y quedándose de nuevo allí, con los oídos zumbando, jadeante, escrutando el oscuro patio, las ventanas oscuras, enigmáticas, elevándose, interrumpiéndose, reiniciándose, interrumpiéndose de nuevo el gemido, los imperceptibles sollozos, golpeándole de pronto la luz, brutalmente (casi ruidosamente, como el contenido líquido y amarillento de un recipiente lanzado con fuerza y que le hubiera alcanzado de lleno), cuando la ventana del americano se iluminó, de modo que sintió un sobresalto, se ocultó en un lado, y cuando miró de nuevo, viéndola entonces, sólo una fracción de segundo: desnuda, con el brazo levantado para echar por completo la cortina ya cerrada en sus tres cuartas partes, no dejando ya en este momento a la izquierda de la ventana más que una estrecha franja, de modo que ella, o mejor el cuerpo desnudo (no tuvo tiempo de distinguir el rostro), no era por completo visible, estrechamente encajada entre las dos verticales e incluso oculta en parte por el lado izquierdo del rectángulo de la ventana que partía exactamente en dos el muslo derecho en sentido vertical, pasaba por encima de la ingle, luego por el límite del vientre y un poco a la izquierda del pezón del seno derecho (un disco bastante grande, oscuro), toda esa parte del cuerpo en absoluto equilibrio en la última fase del paso que la había llevado hasta la ventana, el muslo izquierdo un poco rezagado aún, retrasado y ligeramente separado, lo que hacía que el intervalo entre los dos muslos dibujara una delgada punta de lanza cuyo vértice soportaba el oscuro y vellosa triángulo del pubis (ambas puntas opuestas), como si a partir de abajo y apuntalada por las dos verticales (el lado izquierdo del marco y el borde de la cortina) se levantara una especie de construcción, de arquitectura, uno de esos barrocos amontonamientos de objetos dispares superpuestos (un bastón, un embudo, una bandeja, un tiesto con la planta y todas sus hojas, dos globos) que parecen aguantarse sin peso en el dedo del equilibrista: la punta de lanza, el pubis negro y ensanchado, y por encima, aguantado por el lado horizontal del triángulo de pelos, la media luna de carne abombada y blanca que sirve de soporte al ombligo como un fruto solitario, una simple cereza en un frutero, y a partir del ombligo aquel ligero surco de sombra, un eje ramificado, desapareciendo a medida que asciende y, a un lado y otro, dos

pesadas bolas simétricas, el cuerpo iluminado de costado, dividido en dos zonas móviles de luz y de sombra, la sombra marrón claro condensada casi por completo a la izquierda, en una vasta superficie de color uniforme delimitada en el cuerpo por una línea sinuosa y difusa más allá de la cual parecían destacarse en la parte iluminada, como fragmentos, islas flotantes (en la parte derecha del seno, la ingle, una mitad del muslo izquierdo), mientras manchas más oscuras y nítidas, bituminosas, marcaban el pubis, el ombligo, los pezones y la vellosa axila desvelada por el brazo levantado... ¿Pero cómo era, cómo era? Sólo un instante, apenas el espacio de una fracción de segundo. Luego echó la cortina, suprimiéndose, eliminándose, borrándose ella misma, permaneciendo allí la desaparecida aparición sin duda por efecto de una persistencia retiniana, debiendo a su propia brevedad (por el hecho de que no había sido reemplazada por ninguna otra, de que, sin la cortina, la hubiera sustituido el movimiento, salvo esta postrera que sólo significaba una ligera modificación: el músculo que une el hombro izquierdo al seno (y cuya piel está horizontalmente rayada por algunas arrugas finas como patas de gallo) contrayéndose bruscamente, tirado hacia arriba el seno por el gesto del brazo saltando, oscilando, deslizándose luego rápidamente la cortina ante todo ello, de derecha a izquierda) esa prolongación de su existencia, de modo que le pareció seguir viéndola, detallándola (y no sólo la vista, el dibujo, sino también ese vapor, esa perlada humedad, ese olor de noche, de carne entreabierta, patética, entrevista, salida también de la nada y vuelta para siempre, un instante después, a la nada mientras él registraba ahora pasivamente la sucesión de imágenes simples: las sombras chinescas verdinegras proyectadas en la cortina, el contorno (no ya difuso como, en el propio cuerpo, la separación de las luces y las sombras) del brazo todavía levantado, del seno, de la cadera y del muslo ondulando, estirándose, extendiéndose en el paño que azotaba el aire, de modo que sobre el vientre formado un instante por la cortina, el costado pareció ahuecarse más aún, borrarse la cadera, estirándose exageradamente el seno cuyo pezón entonces tocaba sin duda casi el tejido porque en aquel lugar la sombra era completamente negra, luego (corriendo las anillas, llegando al extremo de la barra) todos los pliegues de la cortina pareciendo apretujarse, reunirse, metiéndose los unos en los otros hacia la izquierda, la sombra entonces por un instante rayada, o mejor encañonada, devuelta entonces la parte baja de la cortina hacia la derecha por un movimiento pendular, un reflujo que la llevó aproximadamente hasta la mitad de su altura de modo que descubrió progresivamente las piernas a partir de abajo, las dos rodillas, el bituminoso triángulo de crines femeninas visible por un instante, luego regresando por tercera vez la cortina hacia la izquierda, menos tumultuosamente, ondulando todavía débilmente la sombra, sus salientes alternativamente protuberantes o borrados, inmovilizándose luego, con los contornos casi idénticos entonces a los del propio cuerpo, como calcados, luego apagándose todo, y él

todavía de pie en la oscuridad, luego de nuevo tendido en el lecho haciéndose reproches y tratándose de imbécil por tercera vez en la noche, pensando: "Una chica, y yo que... ¡Si seré imbécil! Se está follando a una chica y yo que... ¡Si seré imbécil! ¡Si seré imbécil! ¡Si seré imbécil!", el reloj dando de nuevo la hora en ese momento, y tras los cuatro pares de notas altas contó esta vez diez campanadas, mirando...

## V LA OFICINA DE OBJETOS PERDIDOS

...Y tras los cuatro pares de notas altas contó esta vez diez campanadas, mirando cómo se levantaba en el cielo gris la bandada de palomas asustadas ascendiendo en vertical por encima del campanario, mirando luego la propia iglesia, las empalizadas de tablas entre las falsas columnas corintias tras las rejas de hierro forjado con las armas del obispo, las manchas multicolores de los carteles que a la luz del día podía ahora distinguir claramente, advirtiéndole que lo que la noche de la víspera, más allá de la cabeza calva, había tomado por un avión dibujado en uno de los carteles era en realidad la silueta de un saltador ejecutando el salto del ángel, con los brazos en cruz, la cabeza levantada del niño debajo no aterrorizaba ni convulsionada por el llanto, sino risueña de placer, llevando el cartel la leyenda:

*¡UNAJUVENTUD FUERTE Y FELIZ!*

### *C ONSEJO N ACIONAL DE E DUCACIÓN F ÍSICA*

el cartel desgarrado en una esquina dejando aparecer un fragmento de aquél al que había reemplazado y en el que se distinguía, silueteada en rojo pardusco sobre un fondo rojo y negro, una mano estilizada, con los dedos separados, algo parecida a una mano de mora, seccionada por la muñeca, y que parecía salir de una fisura entre escombros, semejantes los dentados desgarrones del papel a llamas atravesando (o mordiendo en -o atacando-) un cartel blanco en el que podía mientras leer:

### *S INDICATO DE T RABAJADORES DE O FICIO*

*TEATRE ROM*

*ASSEMBLEA GENER*

luego, inmediatamente encima, dos carteles idénticos colocados uno al lado del otro, llevando bajo una imagen que representaba casas en ruinas la siguiente leyenda:

*EL DOLOR*

*DEL PUEBLO*

*UN EPISODIO VIVIDO DE LA GUERRA*

*POR*

*PEDRO DE BALSANO*

*PRECIO DEL LIBRO : 6*

otros carteles parecidos pegados a continuación y a la derecha, pero cubiertos en parte por los que habían sido superpuestos, de modo que sólo era visible la parte superior, es decir, repitiéndose varias veces, la misma imagen de ruinas y la palabra:

## *DOLOR DOLOR DOLOR DOLOR*

prolongándose como una lamentación por encima del mismo busto de hombre flaco y desnudo blandiendo un fusil que había visto clavado en la habitación del pa-lace reemplazando a las ninfas rosas y a las retozonas pastoras, con su enflaquecido vientre, su boca abierta de par en par en el silencioso grito, sus rotas cadenas, su irresistible impulso, su irresistible divisa:

## *VENCEREMOS*

repetida por tres veces, siendo el cartel mayor que el que hablaba del sufrimiento del pueblo, de modo que el último, al extremo derecho de la empalizada, desbordaba, pegado en parte al fuste de la columna contra la que se apoyaba la última tabla de la empalizada, sirviendo la misma columna de soporte a otro cartel, o mejor a una sencilla franja roja pegada oblicuamente y adaptándose a la curvatura cilíndrica:

## *NO TOLERÉIS*

## *LOS EMBOSCADOS*

una primera, luego una segunda paloma, grises manchadas de blanco, pasando de abajo arriba ante la franja roja, elevándose, posándose sobre la maraña de las hojas de acanto del capitel recubiertas por una espesa capa blanca de deyecciones acumuladas, y desapareciendo en la espesa sombra, bajo la cornisa, donde todo lo que podía ver ahora eran las manchas blancas del plumaje que se movían de vez en cuando; y en otro campanario -o en otro reloj-, las campanadas se desgranaron lentamente, y entonces se sobresaltó, tomando conciencia de que eran las diez, e incluso en este país e incluso en tiempos de revolución, e incluso teniendo en cuenta la circunstancia particular de la moza, las diez debían de estar más allá de lo que un americano podía denominar mañana por la mañana (a menos que hubiese especificado a las diez, pero había dicho mañana por la mañana -el estudiante estaba seguro de eso-), ligeramente jadeante ahora, subiendo de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera, siguiendo por el corredor, manteniéndose luego de pie ante la puerta, inmóvil, sin decidirse todavía a llamar, esforzándose por recuperar el aliento mientras intentaba probarse o en cualquier caso intentaba creer que conseguiría probarse que era por haber subido demasiado rápidamente la escalera (o la noche insomne, sin contar el café que finalmente se había resignado a pedir: incluso el café tenía gusto de aceite, de rancio, y podía sentirlo, marrón oscuro y viscoso, inasimilable, y que, como el agua tibia del lavabo, se empeñaba ahora en volver a pasar por su garganta en sentido inverso), repitiendo: "Es esta escalera. Esto pasará. Por eso late tan deprisa.

O tal vez, a fin de cuentas, hagan realmente esa cosa con café. O en cualquier caso con algo que consigue producir palpitaciones", con la cabeza inclinada, los ojos mirando a sus pies el linóleo del pasillo, la especie de enguijarrado central, imitación de mosaico, siembra de pequeños cuadrados grises, amarillos, blancos y azules, flanqueada a cada lado por dos franjas decoradas con una greca, el borde del linóleo gastado e irregular encantado precisamente entre sus dos zapatos por una profunda hendidura, como si hubiera sido roído por una rata, el cañamazo, la trama de hilos rojizos y gruesos sobresaliendo, formando como un fleco que él miraba, contando los hilos, pensando: "Da media vuelta ahora. ¡Lárgate ahora!", pensando al mismo tiempo: "No puedo. No puedo", su mano mientras tomando por él la decisión, forzándola por decirlo así, llamando por propia iniciativa, antes incluso de que se lo ordenara y, en cierto modo, por simple tranquilidad de conciencia pues, sin ni siquiera esperar la respuesta, tomó el pomo y se puso a hacerlo girar violentamente en todos los sentidos, empujando y tirando a la vez, siempre por concesión a los ritos habituales, retrocediendo ya (es decir, alejándose su cuerpo de la puerta) mientras algo que no era ya ahora su mano (puesto que estaba fuera de sus alcances y colgaba inmóvil a lo largo de su muslo) y que se negaba a seguir su cuerpo, a abandonar la puerta (a menos que la puerta cerrada se

hubiera convertido también en una parte de sí mismo contra la que otra parte de sí mismo seguía encarnizándose), continuaba golpeando, tamboreando y sacudiendo la empuñadura mientras él verificaba el número inscrito en la pequeña placa esmaltada y oval, contaba luego las puertas (cinco) a medida que pasaba por delante, tomaba la curva en ángulo recto al extremo del corredor, dejando de contar, caminando deprisa ahora (no corriendo, simplemente caminando deprisa), girando por segunda vez a la derecha, llegando a la puerta de su habitación, penetrando en ella, cruzándola sin detenerse, inmovilizándose luego de nuevo, de pie ante el ventanal abierto, en el lugar donde había permanecido durante la noche, contando y volviendo a contar ahora las ventanas de la pared del patio frente a él, advirtiendo que la de la cortina verde agrisado (echada todavía) era la cuarta a partir del ángulo del muro, pensando: "Y sin embargo he contado cinco puertas...", pensando: "Pero entonces no estaba, ella no estaba, él no estaba..." y aunque él -es decir, su cuerpo- siguió inmóvil ante el ventanal abierto, ese algo de él que no tenía necesidad de un cuerpo, de miembros para moverse, cruzando de nuevo la habitación, saliendo, recorriendo de nuevo el pasillo, contando una vez más las puertas y verificando el número en la pequeña placa de esmalte oval mientras le parecía oír simultáneamente resonar el panel de madera bajo el furioso asalto de sus pies cuando, agarrado de nuevo con las dos manos al pomo, giraba y sacudía, giraba, sacudía, golpeaba, giraba...

Luego, en el piso superior, alguien abría una ventana y él se echó rápidamente hacia atrás, golpeando la mesa, despertado de pronto (o desembriagado) por el tintineo del cobre rebotando en el enlosado, de modo que la parte de sí mismo que, abajo, en el pasillo, se encarnizaba contra la puerta, se detuvo bruscamente, limitándose ahora a permanecer simplemente de pie frente a ella como hacía un rato, pero sin ni siquiera mirar el número, con sus ojos fijos en la puerta con una especie de desesperación, de rebeldía, pensando: "No, no, no, no, no, no...", mientras la otra parte de sí mismo, hecha de músculos, de carne y de huesos, a cuatro patas por el suelo, se encargaba de recoger febrilmente las colillas y los restos de cerillas dispersos (pero no los veía), devolviéndolos al cenicero, luego doblándose más aún, con la cabeza a ras de suelo, y soplando en las cenizas (pero tampoco las veía), luego se enderezaba, se agachaba para ponerse de pie, viéndolo entonces caído también en las baldosas, algo a la izquierda, con la primera página levantándose en torno a la charnela del pliegue, como animado de movimiento propio (como se dice que un cadáver puede, a veces, levantar lentamente un miembro, un brazo, bostezar), como si se desplegara por efecto de una bromista y sarcástica voluntad, inmovilizándose cuando la hoja superior hubo alcanzado un ángulo de unos cuarenta y cinco grados, con la primera parte del gran titular completamente visible, la cabeza puesta paralela al suelo, menos para leer que para

acechar los movimientos del irónico enemigo, con su rostro marcado ahora con esa especie de apacible desesperación, de resignación, que había comenzado a invadirle ante la puerta cerrada, pasando y volviendo a pasar su mirada con esa apesadumbrada amargura, esa expresión desolada de doloroso y mudo reproche dirigido a un antiguo conocido que una vez más os hace la misma broma sin gracia, fija en las tres primeras palabras con grandes letras negras:

### *¿QUIÉN HA MUERTO?*

sacudiéndose luego, terminando de levantarse, moviéndose ahora con una lentitud cauta, prudente, resultante no de un temor o un miedo cualquiera sino en la actualidad (pensando en los rostros del presidente y de los miembros del gobierno caminando tras el coche fúnebre) simplemente de fatiga, colocando de nuevo el cenicero de cobre sobre la mesa como si pesara casi cien kilos, luego inclinándose de nuevo (con todo el cuerpo dolorido y baldado crujiendo hubiérase dicho como los de esos ancianos a quienes se ve concentrándose mucho rato antes de iniciar el menor movimiento, luego, cuando se deciden, descomponerlo por decirlo así interrumpiéndose para recuperar el aliento entre cada una de sus fases) para recoger el periódico, que puso de nuevo sobre la mesa, al lado del cenicero esta vez, oprimiendo maquinalmente el doblez de la charnela, luego aguardando pacientemente, y cuando la hoja superior pareció querer levantarse una vez más, tomándolo de nuevo, doblándolo entonces de modo normal, con los mismos gestos tranquilos, aplicados, con el titular por completo a la vista ahora, y dejando sencillamente de mirarlo.

Bajo los plátanos de la avenida que subía del puerto, los buhoneros habían desembalado de nuevo sus muestrarios de pacotilla, alternando con los puestos de flores y los quioscos de periódicos provistos de su cotidiana ración de noticias con títulos enfáticos, perentorios, hoscos, victoriosos.

Pero no intentó leerlos: ahora avanzaba, medio corriendo, medio caminando, abriéndose paso entre la charlatana muchedumbre que parecía haber resurgido, haberse materializado al mismo tiempo que los puestos, como si se hubiera mantenido (o mejor como si la hubieran guardado) en alguna parte, ya dispuesta durante la noche, como esos conjuntos de marionetas, de autómatas inmovilizados en mitad de un gesto, de una sonrisa, y que de pronto, al poner en marcha el mecanismo, comienzan todos al mismo tiempo a moverse y a parlotear mientras surge una melodía de caja de música y se encienden las iluminaciones, como si el

día, la luz grisácea y húmeda poseyera alguna propiedad energética y misteriosa no sólo capaz de hacer visible la muchedumbre de personajes materializados con ella, sino también de insuflarles vida y movimiento, o al menos (al igual que en lo que hace a las marionetas, los autómatas condenados a repetir sin fin los mismos movimientos o recorrer el mismo itinerario sin esperanza de cambio ni de evasión) esa agitación, esa gesticulación; deambulando o discutiendo los grupos, subiendo y bajando los repletos tranvías con su ensordecedor estruendo de vieja chatarra, los coches pintarrajeados con inscripciones y rebosantes de tipos armados pasando y volviendo a pasar a toda velocidad ante las miradas meditabundas y graves de las hileras de bustos emperillados y de los profetas de largos cabellos, con inocentes ojos de miope y frente desmesurada, colgados en efigie por medio de pinzas para la ropa de los alambres de los puestos y balanceándose, pensativos y serenos, en el aire húmedo donde flotaban, entre las invisibles moléculas de agua, las sutiles partículas de hediondez que le parecía ver elevándose sin tregua (al mismo tiempo que el ligero vapor que subía del mar) como incansables enjambres de moscas escapando por las bocas de cloaca de las tinieblas subterráneas (donde continuaba descomponiéndose el cadáver del gordo general que se pudría entre los permanentes y macabros hedores de letrinas, de tronchos de coles, de sandías y pescados podridos) y acumulándose en una capa espesa, extensa, casi palpable hubiérase dicho, animada por imperceptibles remolinos, imperceptibles y viscerales contracciones que convergían, venían a romperse blandamente al pie de la fachada gigante erigida en la supuradora grisalla al extremo de la plaza, parecida a la alta muralla de un navío surgiendo de la bruma, rodeada (con sus hileras de ventanas superpuestas, sus complicadas superestructuras, sus pararrayos, sus antenas, sus mástiles) de esa especie de aura que emana de esta clase de construcciones, flotantes o no, tradicionalmente bautizadas con nombres tomados de una gigantomaquia marina o terrestre (Majestic, Titanic, Europa), como para aumentar ese aspecto de pecio abandonado (nave, palacio babilónico derivando por un océano de hediondez) y de presa que le conferían las orgullosas banderolas de estameña empapada por la humedad, extendidas, estirándose en flácidos festones desde un balcón a otro (y en ciertos lugares vueltas y enroscadas sobre ellas mismas por la lluvia y el viento). No levantó la cabeza, cruzando la calzada (siempre medio corriendo, medio caminando; ahora sudaba de nuevo, aunque advirtió que a decir verdad nunca había dejado de sudar en realidad -simplemente había distintos modos de sudar: inmóvil y en movimiento-, pensando: Sin embargo, yo tendría que comenzar a saberlo. Yo tendría que recordármelo de una vez por todas), sin aliento casi, mirando sus polvorientos zapatos que subían los escalones de la explanada, que avanzaban entre la fuga centrífuga y entrecortada de las palomas, los fotógrafos ambulantes y las matas de adelfas; podía sentirlo, avanzando, también él, o mejor derivando a su encuentro (pues tal vez no se había movido, él siempre

sentado en su mismo banco, con, en su estómago, no el café aceitoso y rancio, sino aquel vaso de cerveza demasiado pesada, imposible de asimilar), altivo, vertical, rococó, secreto, exótico, poblado por sus misteriosos fantasmas de millonarios negreros, de viejas ladies viajeras, de ricas brasileñas, de divas en gira y de evanescentes, suaves, perversas y rosadas apariciones de pastoras sorprendidas, semejante a algún monumental mausoleo, monstruoso vestigio de alguna civilización exquisita, bárbara y corrompida, desaparecida desde mucho tiempo atrás, absurdo, desmesurado, inutilizable, guardián (como esas tumbas sagradas de reyes de la antigüedad fatales para los exploradores que profanan sus secretos) de una especie de maldición (pensando -pero apaciblemente ahora, sin violencia, al igual que había terminado por doblar el periódico, con el título a la vista, demasiado cansado ahora para sentir indignación o desesperanza- diciendo, pues, en el tono de una simple advertencia, de una comprobación: "Pero tal vez hubiera bastado simplemente con hacerlo desinfectar. Qué tontería. Tal vez no han pensado en ello..."), como si las piedras talladas, transportadas, amontonadas y alquiladas luego a cambio de los beneficios extraídos de la venta del sudor cosechado en los campos de tabaco, las plantaciones de caña de azúcar o las minas de estaño siguieran devolviendo sin fin sudor y sangre y hubiese escapado de las cajas fuertes cuando las habían abierto, no los diamantes de la diva o verdosos paquetes de obligaciones, sino una pestilente y faraónica bocanada de veneno, pensando luego: "Pero es una precaución que debieran haber tomado antes. Ahora ha entrado y salido demasiada gente. ¿De qué sirve, pues?", mientras intentaba al presente explicar por tercera vez que tenía que ver sin falta al tipo que se llamaba Álvarez al hombre de guardia apoyado en una de las mesillas de café de la barricada y éste intentaba explicarle por tercera vez también, como respuesta, que no podía dejarle entrar sin un pase, y entonces él (el estudiante) renunció: estaba demasiado cansado para ello también, limitándose, pues, a examinar ahora con tranquila y apagada resignación la intercambiable carcasa enflaquecida, vestida o mejor flotando en el intercambiable mono marrón, con el intercambiable pañuelo anudado al cuello como un pañolero o un lavaplatos, la intercambiable cabellera ala de cuervo, la intercambiable cara de murciano (o de árabe, o de siciliano, o de indio, o de maltés -o de mezcla de todo ello-, es decir, de todo lo que un día u otro había sido expulsado de su casa por el hambre o la violencia y llevado, de grado o por fuerza, de una orilla a otra del Mediterráneo para empezar, del Atlántico luego, hasta que naciera por fin (no de los cruces de raza, sino de esa especie de constante, de común denominador: el hambre, a la vez motor, causa y efecto) una especie de raza única, de tipo humano suplementario e híbrido, a mitad de camino entre el perro flaco y el ave rapaz, de intercambiable rostro desecado, intercambiable nariz aquilina, intercambiable mirada a la vez ardiente, dulce, cruel, doliente y salvaje); por fin retrocedió, levantando la cabeza hacia el alto acantilado de piedra que se erguía por

encima de él con sus entablamentos, sus consolas, sus balcones, sus resaltes, como la concreción furiosa de algún delirio, de algún cataclismo mental, solidificado, lanzándose al asalto del cielo gris donde el flojo viento marino seguía empujando sin pausa sus capas de algodón sucio que desaparecían, arrastradas, por encima de los últimos balcones, de modo que al cabo de un momento éstos parecieron bascular, como si toda la fachada se inclinara, se derrumbara hacia adelante, arrastrada lentamente en una majestuosa caída a cuyo término les aplastaría a todos bajo un apocalíptico amontonamiento de bloques ciclópeos, de cornisas, de capiteles y de columnas entre las que los encontrarían, a él y a la especie de mastuerzo con cabeza de cascanueces, desecada por mil años de hambre, enterrados hasta la cintura y plantados de través como espantapájaros, y todavía discutiendo. Pero nadie apareció en la ventana sobre la palabra TRABAJADORES; permaneció, pues, allí (ahora el centinela había dejado de prestarle atención), registrando uno tras otro sus bolsillos hasta encontrar lo que buscaba. Estaban doblados juntos: los bonos de alojamiento con que pagaba su habitación, y el pase que le daba derecho a sentarse en el refectorio instalado en el antiguo comedor donde cenaban los millonarios, intentando cada vez persuadirse de que tenía apetito suficiente como para forzar a su gáznate a permitir el paso a los alimentos de imposible identificación y uniformemente cocidos, afirmaba el americano, en aceite de camión. Por fin se embolsó de nuevo los bonos de alojamiento, desplegó el papel y lo puso ante la nariz del centinela, con su índice extendido señalando ahora la firma del maestro de escuela mientras repetía varias veces su nombre en voz alta, pasando el centinela la correa de su fusil al hombro izquierdo, tomando a su vez la hoja de papel que sostuvo con las dos manos, apretándola como si hubiera sido no una simple hoja de papel sino un enemigo, un adversario a quien se tratara de sujetar y dominar (recordando entonces el estudiante el modo como el italiano había dibujado su plano, apretando con todas sus fuerzas el lápiz, trazando no ya sobre sino dentro de la página del cuaderno profundos surcos, como si el papel, el frágil, peligroso e impalpable soporte de signos, de abstracciones, debiera ser afrontado y dominado al precio de un violento esfuerzo físico) y manteniéndola como si fuera una tabla (ambos pulgares por encima, amarrados, con las uñas cuadradas no recortadas, parecía, sino rotas o mejor gastadas a medida que crecían, sin duda a fuerza de escarbar en esa cosa cuyos color y aspecto incluso habían terminado por tomar sus propias manos: no carne, piel, sino una materia resquebrajada, agrietada, seca, dura y polvorienta como la propia tierra) ante el rostro de águila lleno en este instante de una indecible y sombría desesperación, moviéndose lentamente de adelante hacia atrás mientras los ojos contemplaban sin ni siquiera fingir leerlos los caracteres alineados, el rectángulo blanco, enigmático que él agitó de pronto, volviendo la cabeza hacia el cabo (es decir, hacia aquel que hacía las funciones de cabo) medio tendido en los peldaños de la escalinata,

gritando al mismo tiempo algo salvaje, gutural, orgulloso (evitaba mirar al estudiante), el cabo (el que hacía las funciones de cabo) arrojando una colilla húmeda de saliva, levantándose, aproximándose maquinalmente, pero, cuando vio la hoja, cuidando mucho de no cogerla (sin duda tampoco sabía leer, pero no quería demostrarlo ante el centinela) al igual que no miró al estudiante, volviéndose a su vez y gritando también algo salvaje, gutural, una llamada de ave, como las que se oyen resonando y repercutiendo entre los roquedales, en la montaña. Luego el sargento: es decir, el que hacía las funciones de sargento, porque nadie llevaba galones ni nada parecido, y no sólo iban vestidos y equipados de modo casi idéntico, sino que también parecían salidos del mismo crisol, los tres espantosamente atezados, marrones o mejor terrosos, y con esa misma mirada dolorosa de hambrientos, de humillados milenarios, de modo que durante un corto instante (ahora el que hacía funciones de sargento había cogido el papel de las manos del centinela y lo leía con aplicación) el estudiante sintió la burlesca impresión de estar encerrado en el seno de uno de esos palacios de espejos en una combinación de varios de ellos que le enviaban por triplicado la imagen del mismo cadáver descarnado, donquijotesco y triste, disfrazado de mecánico. Tras de lo cual, sin advertencia, sin que hubieran visto caer nada, se produjo un a modo de débil y breve chasquido, como un picotazo, entre las manos que mantenían la hoja, como si la gota no hubiera caído encima sino que se hubiera materializado repentinamente en su superficie por una síntesis espontánea y ruidosa de hidrógeno y de oxígeno, enorme, con su regular corona de tentáculos y perlas, su núcleo ligeramente abombado en el que comenzaba a diluirse ya en ligeros filamentos la tinta malva de la firma: luego, antes de que pudieran levantar la cabeza, la cosa ocurrió una segunda vez, de modo que lo que ahora miraban los cuatro ya no era el papel (el frágil y temible enigma, el *Ábrete-Sésamo* representado en un pálido alineamiento de caracteres y sellos colocados en cierto orden) sino el cielo, el sempiterno desfile de las masas de algodón húmedo, gris oscuro ahora, deslizándose tras la más alta cornisa, que se puso de inmediato a caerles encima, de modo que eso les sorprendió por detrás, es decir, esa especie de silencioso ruido: arrancados a su contemplación, volviendo la cabeza, sólo para ver (mientras las altas y delgadas palmeras se veían sacudidas de pronto en todos los sentidos) cómo una cortina grisácea y monumental se extendía (echada de derecha a izquierda) por la plaza donde la gente corría ya, con las chaquetas como capuchas en la cabeza, como si fuera una desbandada de decapitados galopando sobre sus reflejos que se les echó encima al mismo tiempo que el borde de la cortina, gritando ya el sargento con los brazos abiertos (pero en realidad el estudiante no le oyó: todo lo que percibía ahora era la crepitación violenta de la lluvia tamborileando sobre la acera y las mesas, y el confuso tumulto de las voces) o intentando gritar sin duda algo como: "¡No! ¡Lárguese! Está pro...", retrocediendo ya, enmarcándole a derecha e izquierda el

cabo y el centinela, intentando por un momento, también con los brazos abiertos, contener si no arrojar más allá de la barrera formada por las mesitas a quienes las escalaban, luego, vuelta la espalda, renunciando, poniéndose también de cualquier modo la parte alta de su mono como una capucha sobre la cabeza y trepando a toda prisa por la escalinata mientras a pocos metros tras ellos el busto del sargento, con los brazos todavía separados, se elevaba oscilando y retrocediendo, llevado al parecer no por sus piernas sino, al igual que un cristo bendecidor en una procesión, por la aborregada masa de espaldas apretujadas y acéfalas que le sobrepasaba, hasta que se quedó solo, en lo alto de los peldaños relucientes ahora de lluvia, desconcertado, infeliz y furibundo, mirando un momento a derecha y a izquierda para buscar no ya un socorro improbable e inútil además, puesto que ya no quedaba ahora nadie a quien rechazar, sino tal vez a un testigo de su impotencia y de su indignación, o también un subordinado en quien descargar; y sin duda era eso, pues por fin, como último recurso, tomó su decisión, bajó la escalinata hasta la ametralladora, agachándose (el mono en su espalda inclinada acribillándose rápidamente de manchas, ocelado, luego por completo marrón oscuro al cabo de un instante, luego, al instante siguiente, mientras seguía viéndoselas con el trípode, reluciente, luego, cuando se levantó (con la ametralladora desprendida por fin de su soporte apoyada en su hombro) chorreante, la pechera de su mono punteándose a su vez y volviéndose también por completo marrón durante el breve instante que tardó en subir de nuevo los peldaños con su carga, furioso ahora, mientras corría, orgulloso y sombrío, sin gritar, con la pesada culata hacia adelante, entre el olor a sudor y a tela mojada que llenaba ahora, pesado, opaco e irrespirable, el vestíbulo del palace y a través del cual el estudiante, abriéndose paso con los codos y los hombros, intentaba en ese instante avanzar hacia los primeros peldaños de la escalera cuando un remolino (tal vez la irrupción de recién llegados -o la fuga ante la culata del arma que, como un ariete, empujaba ante sí el furibundo sargento en el tumulto vociferante, reidor y empapado- o tal vez también el contraataque del cabo y el centinela que, habiendo recuperado el dominio de sí, comenzaban ahora, devorados por el celoso ardor de los culpables y ayudados por el resto del piquete de guardia que había acudido en su ayuda, a reagrupar y expulsar a los intrusos) lo arrojó contra la caja del ascensor que rodeaba el hueco grasiento y vacío (bien porque la mecánica estuviera estropeada, bien porque hubieran bloqueado de una vez por todas la cabina en los pisos superiores) salvo el lecho de colillas, de papeles rotos y detritos de toda clase que cubría el fondo, el estudiante, pese a su incómoda posición, es decir, en este momento, arrinconado, apretujado contra o mejor incrustado en lo que había siempre tomado, sujetos a la reja, por simples paneles para colgar carteles (anuncios de mítines, resoluciones, comunicados, boletines, notas de servicios, directrices y decisiones tomadas, redactadas y mecanografiadas en los pisos superiores, como toda colectividad humana instalada

en oficinas se cree en la absoluta obligación de secretar y hacer colgar y que, evidentemente, nadie lee -de modo que nunca se había tomado el trabajo de mirarlos-), sacudido ahora por algo que no era exactamente risa, alegría (o al menos que era a la risa, a la alegría, aproximadamente lo que un fruto silvestre, ácido, áspero y duro es al mismo fruto cultivado, domesticado y dulce), mientras pensaba:

"De modo que los necesitaban para eso, por fin les han encontrado un uso...", pensando que pese a las chistosas e incoherentes apariencias, cierta oscura e imparable lógica preside siempre las acciones de los hombres, incluso hasta en esa burlesca necesidad que empuja a los nuevos ocupantes de un lugar a cambiar sistemáticamente cada cosa de sitio y de destino, mientras que pese a la dolorosa incomodidad de su posición, siempre medio aplastado, asfixiado y ahogándose, echando el cuello hacia atrás para apartarse lo suficiente, contemplaba con estupor a pocos dedos de su rostro y en los estrechos intervalos dejados por las hojas ciclostiladas y pegadas en los cristales, los fragmentos suaves, perversos y evanescentes (mejilla de melocotón, lomo y muslo desnudos, pie perdiendo su chinela) de los voluptuosos fantasmas de pastoras, de ninfas y marquesas desvergonzadas descolgados de las paredes forradas de los apartamentos para millonarios y que, colgados allí, servían ahora de soporte a los boletines victoriosos e ilegibles, como si algún pudibundo furor las hubiera condenado, tiernas, desnudas y palpitantes aún de orgasmos, a ser poco a poco cubiertas de engrudo y asfixiadas bajo los burocráticos amontonamientos de papel en que se resuelven toda violencia y toda revuelta. Permaneció allí un momento, respirando con dificultad, sacudido siempre por ese algo de lo que ignoraba si era una especie de risa silenciosa, fría, rechinante, o las incoherentes pulsaciones del magma humano con olor a perro mojado que se atorbellinaba en el vestíbulo, contemplando los fragmentos de carne rosada, tan cerca que le parecía poder sentir, respirar el fúnebre y melancólico perfume de almizcle que exhalaban las cabelleras y los pechos empolvados, como el lejano, sutil y premonitorio perfume de un siglo desencantado y agonizante, un pútrido y sutil mensaje de escepticismo y de elegante incredulidad, el amable testamento de una amable y filosófica inmoliación a las filosóficas y bárbaras necesidades de la razón. Luego, en la fase siguiente de uno de esos movimientos pendulares y viscerales de contracción, el magma de sudor, de telas empapadas, de gritos furiosos o chocarreros, reflujo, arrancándolo del enrejado, sus brazos y codos (todavía no el espíritu, todavía no la voluntad: rostro y espíritu vueltos aún hacia las mórbidas guirnaldas de flores marchitas y las lánguidas encarnaduras que ahora se alejaban de él a toda velocidad) poniéndose de nuevo por sí solos a agitarse frenéticamente, no contra la corriente, lo que no habría servido de nada, sino a su favor y algo oblicuamente para utilizarla como el nadador entre las olas, y no llegar a la escalera (hazaña imposible de realizar en

seguida) sino deslizarse por delante en diagonal (al modo de un navío que zigzaguea, dando bordadas) con la esperanza de aprovechar el siguiente reflujo en sentido contrario para, esta vez, en vez de ser precipitado de nuevo contra las ninfas y las marquesas, saltar hacia el primer escalón al paso: algo que logró hacer, luchando todavía unos instantes, agarrado a la barandilla, resistiendo, para extirparse del tumulto, abalanzándose por fin a la escalera, cuyos peldaños subió primero de cuatro en cuatro luego, reduciendo la marcha, a paso normal, e incluso bastante lento, mientras que intentaba recuperar como fuera su aliento, pero sin lograrlo por completo, de modo que frente a la puerta, de pie en el largo corredor viudo de alfombra roja ("Pero sin duda le han encontrado también alguna utilidad, pensó. Sin duda como colgaduras o como estrados en los mítines. No, sería demasiado lógico. Entonces, ¿qué?"), advirtiendo que ya no jadeaba en absoluto desde hacía un instante aunque siguiera plantado ante la puerta sin decidirse a entrar, y un instante después dándose cuenta también de que jamás podría decidirse a entrar, permaneciendo sin embargo allí haciéndose reproches sin poder tampoco decidirse a marcharse, luego (no la prudencia, ni el miedo, sino una especie de peso que le hubiera caído bruscamente encima; o pesando él (cuerpo y espíritu) de pronto cien veces su peso, imposible de mover, como si el cansancio o la postración que había olvidado (o combatido, o dejado de lado) mientras subía corriendo por la avenida, discutía con la guardia, utilizaba los codos en el vestíbulo, refluyeran ahora, en el silencio del corredor sólo turbado por el sordo crepitar de las máquinas de escribir que llegaba a través de las puertas, insuperables, aniquilando toda voluntad y toda veleidad de rebeldía, al tiempo que de nuevo algo en él, como un instante antes al ver los fragmentos de grabados, se ponía a reír ruidosamente, con demasiada fuerza, de un modo desordenado, e imposible de detener) disponiéndose a dar la vuelta (y entonces advirtió que al igual que no podía, no ya resolverse o decidirse a llamar, sino ni siquiera ver utilidad alguna en el hecho de llamar y entrar en la estancia que se hallaba detrás de la puerta, le era también imposible no ya resolverse a, decidirse a, sino simplemente reunir fuerzas bastantes como para sencillamente dar media vuelta y bajar de nuevo la escalera) cuando la puerta se abrió de pronto, inmovilizándose en el dintel un tipo en mangas de camisa, llevando unas hojas en la mano, con la izquierda puesta en el pomo, la parte alta de su cuerpo y el rostro vueltos de través hacia el interior de la estancia mientras concluía la frase iniciada en el momento de coger el pomo, cesando luego de hablar, siempre dando la cara a su interlocutor, aguardando, y ninguna respuesta, el silencio, dejando entonces el tipo de la puerta de mirar hacia el interior del despacho, volviendo la cabeza para ver lo que, más allá, miraba su interlocutor, descubriendo entonces al estudiante de pie en el pasillo (pero que tampoco le miraba), prolongándose el silencio todavía un instante durante el cual el tipo en mangas de camisa observó al estudiante de arriba abajo, luego de abajo arriba,

disponiéndose sin duda a recomenzar su examen cuando la voz del maestro de escuela brotó del fondo de la sala, de detrás de su mesa (como si desde la víspera no sólo no la hubiera abandonado sino que hubiera permanecido también en la misma posición, con los pies calzados con alpargatas puestos bajo su silla y cruzados uno sobre otro, sus dos codos apoyados en la mesa, los antebrazos planos, con el puño izquierdo cerrado rodeado por la mano derecha), diciendo: "Buenos días", callando luego, mirando sin cesar al estudiante, con su rostro absolutamente inexpresivo, neutro, sencillamente atento, sacudiendo el estudiante la cabeza, diciendo a su vez: "Buenos días", y de nuevo el silencio, el maestro de escuela, el estudiante y el tipo cargado de hojas y con la mano puesta todavía en el pomo de la puerta perfectamente inmóviles los tres hasta que por fin la voz se elevó de nuevo detrás de la mesa de despacho, diciendo: "Entra de una vez".

Consiguió entonces moverse, algo que había creído imposible un poco antes, algo que hizo sin embargo no sólo sin esfuerzo sino también, por así decirlo, sin advertirlo -como si algo distinto de su voluntad: reflejos, únicamente sus músculos, acudieran por sí mismos en socorro del desfalleciente espíritu-, de modo que mientras éste estaba todavía preguntándose cómo iba a hacerlo, él se veía ya franqueando el umbral, pasando ante el tipo en mangas de camisa y avanzando por la estancia con paso despreocupado, al mismo tiempo que podía oír su propia voz, despreocupada, desenvuelta también, hablando por así decirlo desde el exterior de sí mismo, autónoma, imposible de detener (como aquello que un poco antes reía inextinguiblemente, pareciendo funcionar todo en él por separado y como por cuenta propia, como en esa fábula que cuenta la aventura de un hombre cuyos intestinos, pulmones, corazón, brazos y piernas se ponen de pronto, en una especie de anárquica insurrección, a hacer cada uno lo que le parece), diciendo (sin duda hablando ya desde el instante en que sus piernas se habían puesto por sí mismas en movimiento): "...pero qué diluvio ese animal... (señalando con el dedo, en la pared, el cartel, el torso enflaquecido, los brazos descarnados y musculosos que blandían el fusil y las cadenas rotas)...de abajo quería impedirme entrar aunque le he dicho Venceremos pero nada que hacer como si pasara un carro y yo que creía que era la consigna que bastaba repetir para que todo funcionara bien en seguida qué ocurre hoy afortunadamente ha comenzado a llover entonces todo el mundo se ha precipitado al interior quinta columna y guardia comprendidas pero se habían dejado la ametralladora en pleno chaparrón afortunadamente siempre y en todas partes hay como quiere la tradición un héroe para dar la cara en las situaciones más críticas de modo que prestando oído sólo a su valor y despreciando el peligro ha acudido valerosamente ha conseguido desatornillarla del trípode y la ha llevado a hombros corriendo bajo la metralla lástima que hayan suprimido las condecoraciones hubieran tenido que dejar al menos una para casos como éste y he

aquí las últimas noticias de la mañana... (ahora estaba sentado con una sola nalga en el borde de la mesa de refectorio como lo había visto hacer la víspera al americano, tomando uno de los periódicos desparramados por la encimera de zinc, desplegándolo mientras hablaba, diciendo:)...y aparte de este importante hecho de armas qué hay hoy de nuevo en los frentes secundarios acaso esos puercos de generales han por fin...", luego se detuvo; o mejor consiguió detener su voz; o mejor intentó lograr hacerse creer que había conseguido detenerla pues, de hecho, se había detenido sola, no porque el maestro de escuela hubiera hablado más alto que él, ni sencillamente alto (manteniéndose su voz, por así decirlo, tranquilamente sentada como su cuerpo, y perfectamente inmóvil), sino porque él, el estudiante -a menos que fuera sólo su voz-, percibía desde hacía un rato -a menos que fuera sólo su sistema auditivo- una especie de monótona repetición de los mismos sonidos, de modo que por fin su garganta dejó de hacer ruido, las últimas palabras que resonaron en el silencio siendo esta vez pronunciadas por la voz del maestro de escuela repitiendo por cuarta vez y ahora apenas con un matiz de impaciencia (o ni siquiera impaciencia, mejor esa inflexión algo dura que resulta no de la cólera o de la exasperación sino de un violento esfuerzo por superar la fatiga):

"¿Qué quieres?".

Luego de nuevo el silencio. El estudiante siempre medio sentado en el borde de la mesa, balanceando negligentemente una pierna, bajo ahora el periódico que mantenía desplegado ante su rostro, descansando sobre su muslo, los otros tres (el maestro de escuela, el tipo que permanecía en el umbral de la puerta y otro a quien tampoco conocía, sentado tras una mesilla que no estaba allí la víspera y en la que había hoy una máquina de escribir) mirándole, luego (los cuatro esta vez) volvieron la cabeza, con un único movimiento, y esta vez pareció materializarse a partir del propio aire, violenta, ruidosamente agitado o mejor azotado, removido, sacudido, como por alguna operación mágica cuyo inicio se hubieran perdido, pero cuyas últimas fases podían ver sin embargo, es decir, ambas alas desplegadas como las de un pájaro heráldico batiendo el aire que parecían acumular, condensar entre ellas y que, oprimido, acababa, en el momento en que miraron, de solidificarse; el cuerpo vertical (garganta, vientre y ambos muslos cónicos), hinchado en su centro, suspendido, perfectamente inmóvil durante unos segundos como sujeto por algún invisible hilo entre el torbellino de las alas, con las patas abiertas, a pocos centímetros de la barandilla del balcón, luego, un instante después y sin transición, sin que hubiera sido posible seguir el paso de una posición (o mejor de un estado) a la siguiente (al siguiente), estuvo sobre el parapeto de piedra, inmóvil de nuevo, o mejor agitado sin desplazarse por minúsculos movimientos de rotación pendular en torno a un eje vertical que pasara entre sus patas, con sus largas alas replegadas,

apuntando hacia atrás, rígidas y horizontales, como la punta de un bisel, mientras con un débil ruido de garganta voluptuoso, inquieto, quejumbroso, pisoteaba estúpidamente su impreciso y negro reflejo en la piedra mojada y granulosa (había dejado de llover y comenzaba ya a secarse), luego, de nuevo, de aquel modo imprevisible, de pronto, emprendió el vuelo -es decir, que bruscamente estuvo de espaldas, alejándose con rapidez, casi horizontalmente y en línea recta, por encima de la plaza, achicándose muy deprisa, y desapareciendo-, advirtiéndole entonces el estudiante que los otros tres le miraban de nuevo, sentándose otra vez, reiniciando el balanceo de su pierna (tal vez nunca había cesado), oyendo de nuevo su propia voz levantándose, despreocupada, indolente e incluso insolente, diciendo: "Si tengo derecho a comer la sopa boba del refectorio y no puedo entrar en el cuchitril, ¿de qué me sirve? Me parece que necesito también uno de esos nuevos salvoconductos o no sé qué que exigen ahora, y así sabrán al menos que no soy el quinto de los cuatro generales que se invita a comer, ¿verdad?...". el maestro de escuela observándole aún sin responder, con sus ojos amarillentos, rodeados de arrugas en el rostro arrugado y agrietado, impenetrable, huraño, como si no le hubiera escuchado, ni siquiera oído, diciendo sin dejar de mirarle algunas palabras rápidas dirigidas al tipo sentado detrás de la Remington, retirando éste con un gesto seco el papel metido en la máquina, introduciendo otra hoja, haciendo girar el cilindro, regulándolo, comenzando luego a escribir, animándose por fin el rostro del maestro de escuela, pero no sus ojos, sólo los labios, la boca, sin que la posición de los demás rasgos se modificara, de modo que las palabras ("Vamos a hacerte uno") parecían pronunciadas por otro, recuperando luego su total inmovilidad, moviéndose también el tipo en mangas de camisa que seguía con la mano en el pomo de la puerta, hablando, abriéndose de nuevo la boca del maestro de escuela diciendo: "Sí", volviendo entonces el tipo la espalda, cruzando el umbral, cerrando la puerta, alejándose sus pasos por el pasillo, sonando ahora sólo en el silencio el crepitar de la máquina de escribir, el maestro de escuela siempre en la misma posición, un pálido rayo de sol, indeciso, inconstante, infiltrándose, mirando el estudiante cómo aparecía, se dibujaba difusamente en el suelo la sombra de las pilastras de la balaustrada, encajonándose, precisándose los contornos a medida que aumentaba su densidad como si se produjera una especie de división (al igual que entre el agua y la tierra al comienzo del mundo) de la luz y las tinieblas, como una doble migración de partículas o de moléculas dividiéndose, separándose, amasándose, reuniéndose cada vez más deprisa en sus zonas respectivas hasta que el dibujo deformado pero claro de las panzudas pilastras apareció en negro, francamente delimitado entre los intervalos de placas amarillas, luego, casi en seguida, palidieron, se difuminaron (en un nuevo tumulto, una segunda migración de las partículas, pero en sentido inverso esta vez, mezclándose) y desaparecieron, y de nuevo no hubo sino láminas de suelo, simplemente grisáceas, apagadas,

indiferenciadas, y esta vez se sobresaltó, pensando muy rápidamente esta vez, pensando: "De modo que lo he dicho. Está hecho", pensando: "¡Ya está!", pensando también:

"Bueno. Muy bien. Al fin y al cabo tenía que suceder", la voz tranquila, sin impaciencia, circunspecta y neutra del maestro de escuela diciendo: "¿Si he visto a quién?", balanceando de nuevo su pierna el estudiante, volviendo ruidosamente la página del periódico, pronunciando por segunda vez (como si se dirigiera al papel, a los caracteres impresos y vacíos de sentido que se alineaban ante sus ojos) el nombre del americano, con su voz indiferente, distraída, levantando por fin la cabeza, mirando esta vez directamente al maestro de escuela, escrutando el rostro arrugado donde sólo podía leerse esa cosa que tan bien conocía ahora el estudiante y que era a la fatiga, al cansancio, e incluso al agotamiento, lo que la desesperación a la duda, elevándose de nuevo la voz, siempre tan perfectamente uniforme, tranquila, pausada, diciendo: "No. Esta mañana no. ¿Por qué?", interrumpido también ahora el crepitar de la máquina de escribir, de modo que le pareció oír sus tres respiraciones suspendidas, cautas, luego su propia voz brotando de él, sorprendente, desenvuelta, mientras doblaba bruscamente el periódico, se dejaba resbalar de la mesa, se erguía de nuevo sobre sus piernas, se dirigía hacia el tipo sentado detrás de la Remington, diciendo negligentemente: "Oh, por nada", diciéndole muy rápidamente al secretario: "¿Es para mí? ¿Es mi papelucho?", oyendo a su espalda la voz del maestro de escuela, siempre tan tranquila, plácida:

"¿Tenías que verle?", apoyado ahora el estudiante en la mesa, inclinado sobre la máquina de escribir, con el cuello torcido, la cabeza gacha como para leer lo que había escrito en la hoja todavía puesta en el cilindro, volviéndola, horizontal, diciendo por encima del hombro: "¿Yo? ¿Por qué? No creo que necesite una niñera, ¿verdad?", la mirada del maestro de escuela fija todavía un instante en él, extenuada, apagada, e incluso muerta, apartándose luego, abandonándolo, sin vida ahora los ojos en la maraña de entrecruzadas arrugas parecidas a finas cicatrices, incisiones, como si alguna mano violenta, destructora, hubiera ya comenzado a borrarlo, tachando, haciendo desaparecer su rostro tras un enrejado de trazos rabiosos, profundos, implacables, rayándolo, suprimiéndolo, bajando ya el estudiante de cuatro en cuatro los peldaños de mármol blanco viudo también de alfombra roja y sembrado de colillas aplastadas, chocando con la gente, mascullando algo parecido a excusas, recuperando el equilibrio, bajando de nuevo los peldaños, luego, sin detenerse, como una pelota que bota (y en realidad, desde que se había levantado, abandonando todavía medio llena la taza de café aceitoso, y se había lanzado corriendo por la escalera del hotel, le parecía no haber dejado de correr y jadear: sacudiendo el pomo de la puerta cerrada, precipitándose hacia su

habitación, contando las ventanas, bajando de nuevo la escalera, pasando ante la iglesia incendiada, subiendo por la avenida, cruzando la plaza, discutiendo con el centinela, utilizando los codos en el vestíbulo, e incluso cuando se había mantenido, inmóvil, desenvuelto e indiferente, sentado a medias en la mesa del refectorio mientras se mezclaban en una especie de vertiginosa zarabanda los rostros de los ocupantes de la oficina, la paloma, los caracteres ilegibles del periódico, la sombra fantasmal de la balaustrada, luego de nuevo la máscara triste, gastada, pensativa del tipo que tal vez se llamara Álvarez, luego los peldaños de la escalera que volvía a subir ahora con el mismo impulso, como un ludió), gritando: "¡Eh!", lanzándose de nuevo, atrapando la espalda cruzada en diagonal por la correa de la pistolera, tocando el hombro, manteniéndose luego allí, sin aliento, con la cabeza levantada, contemplando el rostro del calvo inclinado ahora hacia él, con el cuerpo medio vuelto (una pierna puesta todavía sobre el peldaño que estaba subiendo), detenido en esa especie de inmovilidad repentina, vigilante, de los perros al acecho y que todavía es movimiento, velocidad concentrada, los labios algo crispados en el rostro blando, e incluso flácido, como si la fatiga lo hubiera por decirlo así encogido, o mejor como si lo que había tras el rostro se hubiera encogido, contraído bajo la piel demasiado ancha de pronto -como el cuerpo de un enfermo flotando en sus ropas de antaño-, sólo los ojos conservando (estriado el iris, la pupila clara y redonda como una cabeza de alfiler) un diseño preciso, no tan duro como agudo, minucioso, y moviéndose por fin la boca, diciendo: "¿Qué americano?", y luego, durante algunos segundos, el estudiante permaneciendo allí, mudo, estúpido, con su cabeza moviéndose débilmente de izquierda a derecha, luego de derecha a izquierda (como en un signo de negación, de rechazo, de incredulidad), mientras, con los ojos fijos, seguía escrutando la máscara estriada de nuevo inmóvil, hasta que, volviéndole bruscamente la espalda, se lanzó de nuevo por la escalera, con la voz del calvo corriendo, por decirlo así, tras él, gritando: "¡Eh!", volviéndose el estudiante, tropezando, agarrándose a la barandilla, inmovilizándose por fin, pegado a ella, con la cabeza ahora por completo vuelta atrás, leyendo más que oyendo en el móvil dibujo de los blandos labios (en la piel afeitada, sobre el labio superior, podía ver brillar minúsculas gotas de sudor) lo que ahora decían:

"No te había entendido. Creí..." (la voz blanda también al principio, luego afirmándose, fortaleciéndose, con el ritmo demasiado rápido tal vez, entrecortado, brusco) "Sí. Le he visto, yo...", y esta vez el estudiante gritando (y con demasiada fuerza, con mucha más fuerza, en cualquier caso, de la necesaria para hacerse oír a la distancia que les separaba): "¿Cuándo?", luego, enseguida (o tal vez al mismo tiempo: como si el calvo no le hubiera atendido, ni entendido, no hubiera dejado de hablar, o incluso se adelantara a la pregunta, se esforzara por pasar delante, por preverla, hablando muy deprisa ahora) la respuesta: "Hace un rato. Esta mañana.

Antes de que se fuera...", luego, también bruscamente, el silencio: sólo sus dos respiraciones, sus dos cuerpos asomados o mejor tendidos en sus respectivas posturas (bustos inclinados hacia adelante, piernas medio dobladas) de violencia, de enfrentamiento, como si, a través del confuso y lejano crepitar de las máquinas de escribir detrás de las puertas cerradas, el constante rumor de la gente subiendo y bajando por la escalera (pero ninguno de ambos, ni el calvo ni el estudiante, le prestaban atención, eran probablemente conscientes de ello), se abalanzaran furiosamente uno contra otro en una irreal ausencia de ruido y de movimiento, y cuando el estudiante se movió, aspirando el aire, de nuevo la voz del calvo se le adelantó, elevándose (como una pantalla, un muro), diciendo: "Al frente. Con unos americanos. Compañeros suyos. Había lugar para uno en un coche, y entonces él...", la voz del estudiante logrando esta vez brotar (demasiado fuerte todavía, discordante -sin embargo había procurado no gritar-): "¿Qué frente? ¿Dónde? ¿Dónde ha...", la mano que se aferraba a la barandilla soltándose entonces, elevándose en un gesto vago, impreciso, elevándose al mismo tiempo la voz del calvo, sin gritar tampoco, pero subiendo uno o dos tonos (tal vez sencillamente porque su cuerpo se había puesto de nuevo en movimiento -es decir, las piernas-subiendo otra vez los peldaños, mientras el busto seguía vuelto todavía hacia atrás, inmóvil, también el rostro, aunque los ojos no le miraran ya): "Con los americanos, con los tipos del batallón americano...", diciendo el nombre de una ciudad, no escuchándole el estudiante, escudriñando todavía el rostro blando, brillante de sudor, luego ya no lo vio, alejándose la voz, echando la cabeza más atrás todavía el estudiante, con el cuello torcido, siguiendo con la mirada el busto ceñido de cuero, llegado ya casi a la altura del rellano superior, desplazándose luego horizontalmente por encima de la barandilla mientras la mano se separaba otra vez de ésta, agitándose el brazo en su dirección, el rostro algo grasiento, de rasgos tensos, ofendido, triste y tocado con una gorra vuelto hacia él, luego la mano agitándose todavía, desapareciendo el rostro tras la barandilla, luego sólo las puntas de los dedos en la barandilla desplazándose a sacudidas por encima de su cabeza echada ahora por completo hacia atrás... ¿Pero cómo era, cómo era?; la barandilla de la escalera parecía enrollarse sobre sí misma en espirales cada vez más pequeñas, de rellano en rellano, hasta el último piso; cuando la mano hubo llegado al siguiente rellano pudo ver correr, inmediatamente por encima de la parte horizontal de la barandilla, ya no el busto esta vez, sino sólo la cabeza y la gorra; luego de nuevo sólo la punta de los dedos sobresaliendo de la barandilla, y él permaneciendo allí, con la cabeza echada hacia atrás contemplando el hueco de la escalera vacía ahora, luego, fuera, con la cabeza también levantada, es decir, volviéndose varias veces para mirar por encima del hombro la alta fachada, a medida que se alejaba de ella, la ventana del tercer piso a la derecha, detrás de la O del TRABAJADORES escrito en la pancarta de marchita tela de algodón, grisácea y

empapada por el chaparrón (pero nadie se asomó al balcón), el enorme edificio por completo parecido, ahora, en las furtivas apariciones del sol que hacían brillar las techumbres mojadas, cabrillar los cristales, a un monumental pecio, chorreante, arrastrado y abandonado por la tormenta y en cuyos salientes, al retirarse, las aguas hubieran dejado adosados los habituales restos (trapos, periódicos viejos empapados, algas blanqueadas por la sal) acarreados por el oleaje: un desecho, una de esas carrozas de carnaval en una cochera después de la fiesta, abotargado y burlesco, con sus collarines de guirnaldas, de cintas y serpentinas, ajados, abandonado por los humanos y ocupado sólo por efímeros fantasmas de pierrots, corsarios y colombinas; luego desapareció. Pálidos confetis de sol jugaban a través del follaje de los plátanos en el mojado terraplén, la muchedumbre vagabundeando, los puestos de baratijas donde los buhoneros secaban o colgaban de nuevo en sus cordeles los rostros de los profetas cromolitografiados que le veían pasar por segunda vez, bajando ahora por la avenida, volviendo a pasar sin verlos ante los puestos de flores, las panoplias guerreras, los gallardetes, los surtidos de insignias y retratos de los héroes muertos estampados en los fulares apilados también o sujetos con pinzas para la ropa a los cordeles, ondulando blandamente en el flojo viento, y que le miraban también con sus ojos apacibles, soñadores y ligeramente sorprendidos, no por la muerte, sino sin duda por el chasquido del aparato del fotógrafo, evocando, con su raya cuidadosamente dibujada, su traje de los domingos, su corbata, su expresión seria y pueril, menos a los legendarios dinamiteros o salteadores de bancos, hirsutos y descamisados, que (sin duda porque el dibujo del fular ha sido ejecutado sacándolo de la única fotografía hallada después, hecha varios años antes) a niños de primera comunión o al novio que viene, el sábado por la tarde, a recoger a la criada, y espera prudentemente sentado en una silla de la cocina, desprendiendo un decente perfume de sebo, de tristeza y de violeta (las jóvenes criadas vistiendo blusas blancas con rayas azul celeste, con sus almidonados delantales cuyos tirantes parecen alas, sus chillonas risas, indiferentes, fútiles, entre las matas de adelfas, la ronda de los tranvías pequeños y pintarrajeados y el brotar sin alegría de los surtidores ascendiendo como penachos blanquecinos en el sol y que las ráfagas de viento dispersan a veces ahuyentando a los paseantes bajo el arco iris que aparece un instante, desplazándose sin ruido los viandantes, los tranvías y las palomas, como en una necrópolis, un osario; y si hacían ruido, en todo caso él no lo oía, por lo que llegó a la conclusión de que se desplazaban realmente en silencio, al menos a partir del momento en que penetraban en la plaza (o tal vez simplemente en su campo de visión) a menos, tal vez también, que la cosa no pudiera hacer ruido, puesto que aparentemente siempre era lo mismo: las mismas palomas, las mismas palmeras, los mismos tranvías (salvo que ahora los habían pintado con anuncios), habiendo el viejo, sin duda, terminado de distribuir el contenido de la bolsa, pues ahora la mantenía boca

abajo, sacudiéndola con un gesto torpe para que cayeran los últimos granos, menos alto el sol aunque todavía ardiente, tal vez el cielo ligeramente menos blanco, aunque apenas, y sin todavía necesidad de moverse, pues la sombra de las lilas seguía protegiendo su banco, y cuando lo dejara siempre podría ir a sentarse en uno de los sillones de enfrente que estarían entonces a la sombra, a menos que entonces (levantó la cabeza, miró rápidamente en dirección al sol, luego a la cúpula de lilas) la sombra del palacio hubiera ya llegado hasta él, cubriéndole, dispensándole de moverse, absorbiéndole, extendiéndose como un sudario por encima de su cuerpo...); luego eso: él (el estudiante, el homúnculo, el joven botarate, el doble microscópico y lejano) jadeando, intentando por tercera vez durante la mañana apaciguar su respiración, de pie o mejor flotando, bañado en esa especie de puré húmedo, compacto, que no se parecía al agua ni al aire y que, ahora lo sabía, no era el sudor que chorreaba de su cuerpo por haber caminado demasiado deprisa (inmóvil, sentado siempre en su sillón entre las jóvenes criadas mañanas, los ancianos, los niños y los arbustos decorativos, era exactamente igual), sino como una especie de quinto elemento compuesto, al parecer, a partes iguales, por los otros cuatro (agua, tierra -polvo-, aire, calor), y de la misma densidad que su carne, sus músculos, sin gran diferencia de temperatura tampoco, de modo que su piel no constituía ya una envoltura, una separación entre el universo exterior y él mismo, sino que parecía englobar indistintamente, como las inseparables partes de un mismo todo, el cielo metálico, la monótona uniforme ganga amarillenta de las casas, la gente, los olores, y sus propios huesos; de pie, pues (es decir, la parte de sí mismo que era su cuerpo), ante una de las demás partes de sí mismo que de momento tenía la forma del personaje con cabeza de chimpancé que se hallaba sentado en un sillón de mimbre sacado a la acera junto a la puerta del hotel, repitiendo (esa parte de sí mismo que era el estudiante, el homúnculo) aún, por tercera vez en la mañana, la misma pregunta, callando luego, aguardando, ligeramente jadeante (es decir, que en alguna parte de esa vasta y confusa mezcla de formas, olores y ruidos, podía oír algo parecido a dos blandas bolsas llenándose y vaciándose rápidamente con un doloroso y ligero silbido a través del cual le parecía distinguir los mínimos crujidos que hacen, al hincharse y deshincharse, las grietas y las arrugas de vulgares vejigas), atravesado de pronto por la cómica idea de que se había equivocado, de que sin duda no era, como había creído, el encargado del hotel quien estaba sentado allí, sino algún personaje ficticio, como aquel maniquí del museo Grevin o los monos autómatas que tocan el bombo en la entrada de las barracas de feria, probablemente, pensó, una figura de cera del museo Grevin, puesto que, como el falso visitante sentado en el banco, tenía un periódico en las manos y los ojos puestos en él, aunque sin duda no leía, como no lo hacía el personaje de cera, como sus orejas de cera no le permitían tampoco, sin duda, oír, puesto que cuando hubo repetido por cuarta vez la pregunta ni siquiera parpadeó, aparentemente sordo y ciego; luego la

segunda hipótesis (es decir el mono autómatas de la barraca de feria) pareció la buena, no sólo porque iba vestido como sólo es posible vestir a un chimpancé, sino también porque, cuando se movió, lo hizo exactamente al modo y manera de esos autómatas, es decir, con un ligero retraso necesario para la transmisión de los engranajes: con un mismo movimiento sincronizado, ambos antebrazos bajaron, como articulados por los codos en los brazos del sillón, bajando el periódico al mismo tiempo que los párpados se levantaban, exactamente como los del cinocéfalo músico, es decir, sin que nada más (los pequeños pies reposando paralelamente en la acera, dentro de los zapatos amarillos, brillantes, el pantalón con la cintura alta, casi bajo los senos, conteniendo el enorme vientre al modo de un corsé rígido, la camisa con las mangas elevadas por medio de una goma, la corbata de recamada seda berenjena, el cuello almidonado sobre el que caían sus colgantes mejillas de simio) sin que nada más, pues, se moviera a excepción de las espesas cejas, levantándose al mismo tiempo que los párpados, descubriendo unos ojillos negros, hundidos, duros, que le miraban ahora con una especie de irritación, de furor frío, silencioso, a través de los invisibles barrotes de la invisible jaula, la jeta, los delgados labios del chimpancé moviéndose apenas sobre la enorme mandíbula:

"¿Un americano?", luego la voz ronca, gutural (exactamente como un órgano de simio), callándose, y ya sólo los ojillos furibundos, carbonosos, minúsculos, salvajes, bajo las enmarañadas cejas, a cada lado de la ausencia de nariz y bajo el chato cráneo en el que un mechón negro parecía pegado, trazado a pincel por medio de una pintura grasienta y brillante, la voz, especie de ronco gruñido, simiesca, repugnante, brotando de nuevo, como si eructara: "¿Y qué sé yo? Eso está lleno de extranjeros. Americanos. Alemanes. Italianos. De todo. Hay incluso tipos que probablemente nunca habían visto una cama ni sábanas antes de venir aquí. Vienen, enseñan un bono de alojamiento, tipos que...", se interrumpió, algo solapado y cobarde pasando, velando el brillo de sus ojillos carbonosos mientras lo escrudriñaba, lo examinaba, lo sopesaba, prosiguiendo con rapidez la voz: "Todo lo que yo tengo que hacer es darles una habitación, y nada más", repitiendo: "Nada más.

Nada más, ¿no?", callando luego, bruscamente, sin advertirlo, sin que nada anunciara el silencio como nada había anunciado que se disponía a hablar, con esa brusquedad de bestia, de perro que deja de ladrar, los feroces ojillos de cristal negro o de carbón clavados todavía en él, abrasándolo con un odio frío, insaciable, alegre, mientras el estudiante hablaba, interrumpiéndolo la voz (el ladrido, el eructo), dejándose oír de nuevo, antes incluso de que hubiera callado, feroz también, alegre:

"¿Un coche? Como si no tuviera otra cosa que hacer que fijarme en todos los

coches que se detienen y vuelven a marcharse en plena noche. Como si me levantara cada vez para ver quién entra, o quién se va, o quién está haciendo la puñ...", hablando esta vez también el estudiante antes de que hubiera concluido, diciendo: "¡Pero entonces lo ha oído! Entonces...", luego percibiendo o mejor contemplando su propia voz muriéndose, descendiendo, mientras los ojillos inmóviles y malignos fijos en él seguían riendo silenciosamente, llenos de negra alegría, y de nuevo la voz perruna diciendo: "Yo oigo muchas cosas...", callando luego, y una vez más los ojos, la especie de silencio donde algo se estrangulaba salvajemente de risa, triunfaba, se desencadenaba, y la voz aún:

"Pero sólo me meto en lo que me importa. No me preocupa de dónde viene la gente. No me preocupa tampoco saber adónde y cuándo se van. No me piden que llame un taxi. Buen viaje. Sólo tengo que darles una habitación a cambio de un bono de alojamiento. No dinero. Bonos de alojamiento. Y, luego, buen viaje...", inclinado ahora hacia adelante el estudiante, pudiendo oler el aliento de bestia, de cadáver, de cigarro frío, de perfume barato, gritándole casi en las narices ahora:

"¡Y su habitación! Tiene usted la llave, ¿no? ¿Ha dejado sus cosas, las ha...?", luego, de nuevo, callándose por sí mismo, es decir, faltándole esta vez la voz, traicionándole, esquivándose, o sencillamente renunciando, vencida (sin duda porque antes incluso de que el otro comenzara a hablar sabía ya lo que iba a decir, se lo había dicho ya a sí mismo), mientras que, aunque estuviese todavía en el mismo lugar, el encargado, la especie de cinocéfalo vestido, parecía alejarse de él, ya no separado ahora por los barrotes de una invisible jaula de zoo sino por infranqueables espesores de vidrio, de silencio, de tiempo, como si estuviera encerrado y reducido en una de esas jaulas encristaladas donde en los museos se conservan esos autómatas aterrorizadores y grotescos, con sus cortas manos de falanges velludas y anilladas en las que el periódico temblaba ahora de furor, su corbata de simio, su nariz truncada, sus ojillos, sus cejas postizas, su mechón de cabello trazado con pintura y sus deslumbrantes zapatos amarillos, la irónica y repugnante voz estomacal llegándole de muy lejos, como a través de espesuras de vidrio y tiempo también, diciendo: "¿Por qué me lo pregunta a mí? ¿Por qué viene a tocarme los huevos con sus malditas historias? No tengo nada que decir. No soy el patrón. Me han requisado el hotel y no me preguntan mi opinión. De modo que si tanto le interesa saber qué ha sido de su americano, ¿por qué no se lo pregunta a ese tipo que está en la entrada con su fusil? Todo su quehacer es columpiarse en la mecedora, fumar cigarrillos y pedir cerveza. Tal vez, además, se tome también el trabajo de mirar quién entra y quién sale, pues, en principio, para eso está ahí. Por lo tanto, ¿a qué espera para ir a preguntárselo? A él o al compañero suyo que estaba aquí la noche pasada. ¿A qué espera?", luego dejó por completo de escucharlo, de

oírlo (es decir, esa parte de sí mismo que disminuía, se achicaba, menguaba a toda velocidad, sólo tenía ahora las dimensiones y la irrisoria voz de una minúscula muñeca vestida de mono, una liliputiense y negra mandrágora furibunda, aojadora y maligna), oyéndose decir en voz alta (es decir, esa otra parte de sí mismo que estaba ahora sentada en un banco en medio de esa otra parte de sí mismo que estaba en la vasta explanada a cuyo alrededor proseguía la eterna ronda de pequeños tranvías): "Sí. Eso es. ¿A qué estoy esperando?", contemplando al anciano que se aleja a minúsculos pasitos, arrastrando los pies (había arrojado la bolsa vacía y tomado de nuevo la mano del niño); y como había pensado no había tenido necesidad de moverse, con la sombra encima ahora, desaparecido el sol tras la techumbre del palacio, el cielo, inmediatamente por encima de la cúpula de color de lilas marchitas, blanco, ligeramente azafranado, pero a medida que levantaba la cabeza azuleando poco a poco, francamente coloreado, vaporoso, por el lado de levante, hacia el puerto, luego (no por hambre, pues podía sentir todavía dentro de sí la cerveza rebelde a cualquier digestión, inasimilable) recordó que no había desayunado, luchando un instante contra el deseo de levantarse, de caminar hasta el urinario subterráneo, en un extremo de la plaza, para vomitar, desembarazarse (estaría allí, solitario y sacudido por espasmos, en la hediondez amoniacada, el acre hedor de excrementos, de cigarros fríos y de desinfectante, inclinado sobre la taza, doblado en dos, con las manos apoyadas en las frescas y babilónicas paredes de azulejos, aferrándose sus dedos a las juntas biseladas, oyendo por encima del tabique las idas y venidas del cojo provisto con una escoba gritando hasta desgañitarse para dialogar por encima del ruido de los depósitos de agua con el manco que recogía las monedas y los tres o cuatro limpiabotas alineados a lo largo del muro, al pie de la escalera, vestidos con camisas y pantalones negros, como (el jorobado, el manco, los limpiabotas) divinidades o mejor oficiantes contrahechos, cojeantes y macabros de algún culto subterráneo, servidores de un reino a la vez secreto, cavernoso e intestinal), expulsar de sí no sólo la cerveza sino también el persistente y tenaz hedor de aceite rancio o mejor de gasóleo, lavarse, liberarse, sólo que si se movía podía perderlo mientras que desde el banco donde estaba sentado podía ver a todos los que entraban y salían: ahora habían colocado de nuevo la ametralladora en su afuste, pero no era el mismo sargento el que estaba sentado en lo alto de los peldaños en el sillón de mimbre, de modo que por un momento se preguntó si no lo habrían degradado o castigado por lo que había ocurrido por la mañana, luego recordó que la guardia se relevaba a la hora de comer, y sin duda no había transmitido la consigna pues ahora nadie parecía pedir que se enseñaran los pases, arrellanados todos en los peldaños de la escalinata o apoyados en las mesillas de la barricada, fumando y escupiendo perezosamente, luego pasó un tranvía, ocultándolos, escamoteándolos tras el violento colorido de sus anuncios, saltando la polea del trole en la conexión de los hilos con una breve y crepitante chispa y

corriendo luego con un ruido sedoso mientras pasaba horizontalmente ante la inscripción en letras de cobre:

### *BANCA INDUSTRIAL DEL NORTE*

a lo largo de la fachada por encima de los vanos cuyas rejas de hierro forjado repetían en una placa redonda incrustada en medio de los barrotes (el estilo de las rejas sobrio, geométrico, frío, lisa la alta fachada del banco, regularmente perforada por las ventanas cuadradas rodeadas sólo por un marco de piedra sin molduras, fría, neta, como un diseño) las iniciales:

*B. I. N.*

que el trole inclinado cortó seis veces, de izquierda a derecha, en bisel, cada vez más deprisa a medida que el coche motriz tomaba velocidad, pasando y volviendo a pasar los autos y los camiones a toda marcha con sus perennes cargamentos de tipos despechugados blandiendo sus armas heteróclitas, como esos gladiadores de la antigüedad provistos por irrisión (para que su combate y su muerte tuvieran algo cómico, divertido, injurioso) con la mitad de una coraza, o una sola jarretera: algunos llevaban casco, otros iban con la cabeza descubierta, otros llevaban gorra de policía con una borla que colgaba sobre su frente, y tal vez fueran siempre los mismos (los mismos camiones, los mismos gladiadores) dando vueltas y vueltas alrededor de las manzanas de casas, como en esas óperas en que los figurantes apenas salidos del escenario se apresuran a galopar por detrás del decorado para entrar de nuevo por el lado opuesto, cruzar de nuevo la escena corriendo, galopar de nuevo entre bastidores y decorados polvorientos para precipitarse de nuevo en persecución de sí mismos, o esos campesinos que aquel como se llamara favorito de una emperatriz hacía desfilar varias veces ante ella, idiota, en los pueblos que visitaba; tal vez daban vueltas en redondo por la ciudad

en busca del inhallable enemigo, de esa cosa que no tenía nombre, ni rostro, ni apariencia, condenados a errar sin fin como el judío de la leyenda que no podía encontrar reposo, parecidos a esas bandadas de pájaros inquietos, quejumbrosos y silvestres que se ven revoloteando interminablemente mientras gimen por encima de algo invisible, alguna carroña, alguna bestia agonizante, algún monstruo, algún leviatán enfermo, comenzando ya, en vivo, a descomponerse, incapaz de dirigirse a ningún sitio, lentamente zarandeado a merced del oleaje, de las corrientes, azotando a veces las olas, el aire hediondo con poderosos e irrisorios coletazos; luego lo vio: es decir, el fusil, el largo cañón del fusil, y por debajo la bola, el abanico de cabellos rígidos, salvajes, sobresaliendo, subiendo y bajando al ritmo de su paso, por encima de la balaustrada que rodeaba la explanada, saltando entonces de su banco, poniéndose a correr, llamándole y tal vez en un momento le oyó, pues volvió la cabeza, aunque sin detenerse, perdido su estrecho rostro en medio de la crespada corona vuelta por unos instantes hacia él, grisácea, arrugada, parecida más que nunca (con el mentón rozando apenas el borde de la balaustrada, como si la cabeza hubiera sido depositada encima, separada del cuerpo) a una de esas máscaras humanas que los indios reducen hasta que quedan del tamaño de un puño, exangües, martirizadas, conservando más allá de la muerte la huella indeleble, imborrable, de la violencia y de la angustia, con sus pómulos salientes, sus hundidas mejillas, sus ojos muertos; pero estaba demasiado lejos todavía para ver su mirada: sólo el rostro, la máscara mortuoria, simplemente vuelto hacia él (durante tres o cuatro pasos), inexpresivo, vacío, luego apartándose, desapareciendo por la izquierda tras las matas de adelfas, reapareciendo luego (ahora había llegado casi a la esquina noreste de la plaza), de modo que, corriendo siempre, el estudiante avanzó en diagonal, dirigiéndose hacia la escalera que descendía por el ángulo cortado, bajándola de tres saltos, luego, llegado al pie de los peldaños, deteniéndose en seco, con las piernas separadas, zumbándole los oídos, respirando de nuevo con rapidez, mirando a su alrededor, comenzando de nuevo a correr luego a lo largo del lado norte, luego deteniéndose otra vez, inspeccionando rápidamente la avenida, luego regresando hacia la esquina de la plaza, pasando sin detenerse ante la escalera, girando a la derecha, aminorando la marcha, trotando ahora mientras mira a su alrededor, luego plantado otra vez en la acera, indeciso, volviendo la cabeza a todos lados hasta que, divisando la entrada del urinario, se metió por ella, bajando los peldaños y hallándose por fin allí, en aquella especie de silencio maloliente y acuático, entre el frío brillo de los muros vidriados, jadeando ruidosamente, pudiendo sentir de nuevo chorrear por él esa especie de cosa viscosa, tibia y pegajosa, solo ahora: entonces entraría, subiría a pie los tres pisos -porque el ascensor seguiría estropeado, o bloqueado de una vez por todas- y penetraría en la oficina, y entre las vigas calcinadas (y tal vez todavía estaría allí el burlesco canapé forrado de seda rosa, ajada, real, moribunda, y las

sillas de obispo, y la larga mesa recubierta de zinc) estarían todos allí, el maestro de escuela, el italiano, el calvo, el americano, con sus rostros indescifrables, cansados, tranquilos y apasionados -tal vez algo desecados, algo momificados, algo polvorientos-, pero que seguirían exhalando ese algo invencible, indestructible (no una creencia, una fe, ni siquiera una convicción y menos todavía la certidumbre de tener razón: sabiendo sencillamente que, bien o mal, las cosas no podían ir de otro modo), y le acogerían, sin sonreír, sin efusiones, sin ni siquiera un signo visible de simpatía: sólo una breve ojeada, inexpresiva, neutra, como si fuera natural que estuviera allí, se uniera a ellos, aunque con cierto retraso, como si siempre hubieran esperado, incluso después de tantos años, que fuera por fin a su encuentro, comenzando de nuevo a hablar de lo que discutían antes de que él entrase, taciturnos, lacónicos, el americano ligeramente sarcástico, desengañado, diciendo que no era extraño, que él sabía que eso iba a ocurrir, que siempre había dicho que el fusil se dispararía un día sin querer, porque mejor hubiera sido comenzar por enseñar a la gente a utilizar un arma, e incluso sencillamente a sujetarla, antes de permitirle llevarla todo el día encima como un mocosito con un juguete nuevo... Pero desde el interior del urinario la cosa no hace más ruido que la explosión de un motor y nadie se sobresalta, sólo las palomas asustadas (las palomas de un gris Pompadour, con sus buches hinchados, sus tornasolados collarines con reflejos de un rojo cobrizo, irisado, sus patas córneas, anilladas, provistas de garras, insensibles y de color coral, avanzando a sacudidas por la grava polvorienta de la explanada -o posadas en el contorno de las fuentes, en el brocal de los pilones de agua negra con paredes tapizadas por una vegetación canosa y verde, gelatinosa, flotando horizontalmente, agitada por imperceptibles ondulaciones al albur de imperceptibles remolinos-) emprendiendo el vuelo todas juntas en un múltiple ruido de aire agitado y de aleteos como irónicos e imbéciles aplausos, agrupándose, formando una especie de capa, un plano, imponderable, frenético y punteado que toma altura, se eleva girando (al modo de un avión inclinado sobre un ala), describiendo un vasto círculo por encima de la plaza -con sus fotógrafos ambulantes y sus escamosas exposiciones, sujetas por pinzas de la ropa, de fotografías grisáceas en las que posan farolones y solemnes tipos con cara de pastor o de campesino llena de esa dignidad algo circunspecta, algo arrogante y algo intimidada que confiere al hombre el hecho de apoyarse en un arma; y el anciano de las zapatillas llevando a un niño de la mano (y ahora detenidos -anciano y niño-, con la cabeza levantada, siguiendo con la mirada el palpitante techo de pájaros), detenidos los viandantes, levantando la cabeza también, abrazados los enamorados, sentados en los bancos los personajes decentes y gastados, sacando furtivamente algo de un papel de periódico y masticando vorazmente lanzando a su alrededor miradas rápidas, desconfiadas, negras (las hojas de periódico hechas una bola y arrojadas rápidamente a los macizos de flores por las manos terrosas y agrietadas, y

una vez caídas abriéndose, extendiéndose con una breve y corta sacudida, como un postrer sobresalto, una postrera respiración, luego no moviéndose ya, sembrando los matorrales de manchas grisáceas y desgarradas, como palomas muertas)-, el ruidoso vuelo de las palomas pasando por segunda vez, girando y aplaudiendo ante la fachada del palacio, sus ventanales con los cristales estrellados por las balas, sus ochenta ventanas, sus cúpulas rosadas, su encaje de pararrayos, luego la bandada de palomas surgió a pleno sol, por encima de las techumbres, es decir, que acaban de cruzar la invisible separación entre la sombra producida por el palacio (casi tan alta como él ahora, siendo casi horizontales los rayos del sol poniente) para emerger en la invisible capa de luz donde aparecen primero a contraluz, de un gris malva contra el cielo amarillo, luego, mientras cambian diagonalmente de dirección, regresan en sentido inverso, doradas, metálicas, elevándose siempre, con la ciudad por debajo de ellas, confusa y agonizante en el asfixiante atardecer de septiembre: todavía no es el crepúsculo, pero lo será pronto; ahora, y todavía por algunos instantes, su cuadrícula de calles y avenidas es esculpida en negro por la luz estremecida que cede poco a poco ante la marea de bruma marrón que se eleva del puerto, llenando las profundas y chorreantes trincheras de piedra hasta que, bruscamente, el sol desaparezca tras la línea de las colinas, al oeste, tras las carcacas descarnadas de las torres y las grandes norias del parque de atracciones abandonado bajo el cielo de color salmón ahora, abandonada también la ciudad, solitaria, bajo la invariable luz verde eléctrico de los globos de sus faroles complicados, que se encienden uno tras otro, como las candilejas de un teatro, parecida a una de esas reinas a punto de parir dejada sola en su palacio porque nadie debe verla en este momento, dando a luz, expulsando de sus lomos empapados de sudor lo que debía ser parido, expulsado, algún mínimo monstruo macrocéfalo (dice el americano), inviable y degenerado; y por fin todo se inmoviliza, cae, y ella permanece allí, yaciendo agotada, expirante, sin esperanza de que aquello termine alguna vez, vaciándose en una ínfima, incesante y vana hemorragia: ni siquiera destripada, apuñalada, sólo un poco de sangre fluyendo, corriendo sin tregua por una delgada, invisible fisura en el centro mismo de su cuerpo, una mancha, pronto un pequeño charco, extendiéndose, agrandándose lentamente en el enlosado del urinario subterráneo en cuyo corredor sigue estando, en el seno del sofocante hedor, con la espalda apoyada en la pared de azulejos, la ceremoniosa hilera de limpiabotas de cabellera ala de cuervo, por completo vestidos (camisa y pantalón) de negro, alineados, pacientes, disponibles, terribles y famélicos tras sus pequeñas cajas claveteadas parecidas a antiguos y misteriosos cofrecillos, minúsculos e irrisorios ataúdes para niños.

Este libro se acabó de imprimir en los talleres de Sirven Gráfico el día dieciocho de diciembre de mil novecientos ochenta y cinco

**12/07/2010**

## **Table of Contents**

Claude Simon El Palace

I INVENTARIO

II RELATO DEL HOMBRE-FUSIL

III LOS FUNERALES DE PATROCLO

IV EN LA NOCHE

V LA OFICINA DE OBJETOS PERDIDOS